

LAZARO
SANTANA
poesía canaria
antología

a Manuel Hdez.

de un cuerpo

líneo

Apto 69

**Tagoro, colección de poesía,
narración y ensayo, al cui-
dado de Antonio García
Ysabal y Lázaro Santana**

**BIBLIOTECA
MANUEL
HERNÁNDEZ**



LAZARO SANTANA / POESIA CANARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>294.328</u>
N.º Copia <u>453.890</u>

LAZARO SANTANA

Poesía
Canaria
antología

TAGORO

El autor agradece: a la Universidad de Wesleyan, la ayuda prestada en la preparación de este libro; a Manuel Hernández Suárez y a Antonio García Ysabal, su colaboración tan útil en el definitivo orden de algunas partes de la obra.

***Copyright by* Lázaro Santana, 1969**

Depósito Legal G. C., 221-1969

Imprenta Lescano. Paseo de Tomás Morales, 17

***A la memoria de
Alonso Quesada***

*La poesía es el diálogo del hombre,
de un hombre con su tiempo.*

Antonio Machado
≡ ≡ ≡ ≡

*Hacia mi pobre corazón venían
las cosas de la calle.*

Alonso Quesada
≡ ≡ ≡ ≡

Algunas precisiones

Considero útiles, y acaso necesarias, las siguientes precisiones que concreten la intención y alcance de este libro:

1. He dividido la obra en dos partes: la primera abarca el período 1908-1936 e incluye únicamente poemas de Alonso Quesada y Domingo Rivero. El propósito con relación a dicho período no fue antológico, sino inquisidor: se trataba de mostrar el pasado inmediato de la poesía canaria actual, librándonos de todo desviacionismo accesorio. Lo publicado en y alrededor de Gaceta de las artes (1932-1936) constituye un núcleo sugestivo, aunque extraño, que demanda libro independiente.

La segunda parte integra el período propiamente antológico del libro: 1937-1969. El método empleado para efectuar la selección ha sido el de seguir año tras año el curso evolutivo de la poesía canaria, tal como este se manifestaba en los libros y en los poemas que iban publicándose, incorporando a la obra aquellos que a nuestro juicio se ajustaran al ritmo del tiempo. De todos modos, no siempre ha sido posible trazar una línea recta. Hacerlo hubiera equivalido a desvirtuar el carácter específico de la poesía isleña, y a reducir sensiblemente la ya parca extensión de la presente antología. Aunque el centro de la misma lo constituyen poemas signados por la tendencia realista que ha predominado en la li-

teratura y el arte en el transcurso de los últimos decenios, se han tenido en cuenta también otros modos de manifestaciones poéticas, de manera que éstas formen contrapunto con aquella, mostrándonos en conjunto un ámbito suficiente de la poesía canaria.

2. El mayor o menor número de poemas con que cada autor figura representado en la antología no necesariamente se corresponde con su mayor o menor importancia. Los poemas han sido elegidos con independencia de ese criterio tan subjetivo y tan inútil para nuestro propósito. Tampoco los poemas seleccionados deben tenerse como los de más calidad dentro de la obra de cada poeta. Sin desdeñar su valor estético, se ha tenido en cuenta principalmente su significación en el momento en que fueron publicados, o, en algún caso, escritos. Esta es una antología de poesía canaria, no de poetas canarios.

3. En la Introducción se ha querido hacer un ensayo sintético de las vicisitudes por las que ha pasado la poesía canaria a partir de 1873, encuadrándolas en el contexto social en que han ocurrido. Para realizarlo he carecido casi de esa bibliografía profesoral, tan útil para evitar arduas rebuscas. Llegar a las fuentes no ha sido fácil, y a veces ha sido imposible. Esta circunstancia pudiera mitigar en parte los errores y ausencias que sin duda han de encontrarse en el trabajo. Pero no es necesario acudir a ella. La poesía —aunque sea como la nuestra, provinciana tantas veces, y con sólo un par o dos de buenos servidores— desarrolla un mundo tan vasto y complejo que el ingenuo intento de encerrarlo en un prólogo o en cualquiera

otra especie escrita y, por ello, limitada, está de antemano conducida al fracaso.

4. El término poesía canaria, tan gratamente usado, es sólo gratuidad. Alude a la poesía que escriben los poetas nacidos, o residentes por largos años, en estas islas atlánticas. No contiene —desgracia o suerte— ninguna otra significación.

**Las Palmas
Mayo, 1969**

Introducción

**DIEZ NOTAS SOBRE
POESIA CANARIA**

UNO

0. *Escuela de La Laguna*

En la segunda mitad del siglo pasado existió una llamada «escuela de La Laguna» que, según Domingo Pérez Minik fue «muy significativa» y estuvo bien dotada para «enunciar un mensaje». Este mensaje, implícito en el poema que sirve de consigna a los poetas de dicha escuela, tiene dos características notables: un regionalismo a ultranza:

*Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa;
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra.*

y un marcado deseo regresivo al primitivismo científico y a la inacción:

*A mí no me entusiasman
ridículas utopías,
ni hazañas infecundas
de la razón afrenta y de la historia.*

Dicho poema, titulado *Canarias*, aparece en 1878. Su autor es Nicolás Estévez (1838 - 1914) que entonces residía en París. Estévez había sido Ministro de la

Guerra en aquella singular I República Española, proclamada por los monárquicos como la salida más conservadora para cubrir la vacante de Amadeo I, y regida por una Constitución igualmente monárquica ¹. Esta antinomia política, cuyo juego sirve el Ministro, es, en cierta manera, reflejo de la personalidad de Estévanez, tal como se proyecta en su obra. Las ideas que podemos deducir del poema citado tienen su justificación en el desprecio que, al parecer, su autor sentía por el hombre y por la humanidad. Expresiones como «miseria humanidad», «castigo a su soberbia, (del hombre) ambición y necesidad» pueden encontrarse en un poema titulado *Mis Banderas*, fechado en París, en Julio de 1893, e incluido en el libro *Musa Canaria*, aparecido en 1900. Sin embargo, en el mismo libro se hallan otras ideas y sentimientos en oposición con los anteriores:

*La libertad no es un mito;
y aunque fuera un ideal,
la lucha por ella es lucha
por la propia humanidad.*

para poco más adelante volver de nuevo a reincidir en las que parecen ser sus convicciones más arraigadas:

*Yo no divago en lirismos
de amor internacional,*

1. Ramos Oliveira, Antonio: Historia de España, Cía. General de Ediciones, S. A. México, s/f.

*o amor interplanetario
y por una eternidad.
Todo mi amor, y aunque es mucho
quisiera que fuera más,
lo guardo para mis islas,
para el Teide y para el mar.*

La obra de Estévanez se somete a esta oscilación de péndulo, que más parece seguir la curva de un humor momentáneo que la de una creencia profunda y meditada, sujeta a dudas y retrocesos. De cualquier forma, es su poema *Canarias* el que logra difusión más amplia, creando un ambiente de reacción malsana que había de condicionar ideológica y estéticamente a todos los poetas de la escuela de La Laguna. Pérez Minik afirma que este poema fue reconocido por los hijos de la isla (Tenerife) como «un breviario... de sentir y de gozar» 1. Minik se refiere, naturalmente, a los hijos de la isla que tenían acceso a la lectura de *Canarias*, es decir: a miembros de la burguesía y de la aristocracia con afluencia feudal. El hecho nos demuestra hasta qué punto este arte halagaba los gustos de aquella sociedad introvertida, subordinándose los poetas a su estrechez mental, despreocupados de las inquietudes más vivas de su tiempo.

Dos años después de publicado *Canarias*, Tabares Barlett (1850-1921) escribe sus *Recuerdos de la patria*,

1. Pérez Minik, Domingo: *Antología de la poesía canaria*. I. Tenerife. Goya Ediciones. Santa Cruz de Tenerife. 1952

CVA.

una idílica composición que pondera los encantos de Nivaria, donde

*Es el ambiente puro
y recoge en sus alas
de hinojos y de incienso
las aromas más gratas.*

El poeta describe la isla feliz, la belleza del cielo y del mar apacible, la sosegada vida que transcurre en días radiantes y claras noches, los pájaros que cantan... etc. Tabares Barlett, a pesar de que en otro poema dice «Amar a Dios y aborrecer la vida», debió sentir por ésta un extraño fervor, no importándole incurrir en la alteración de la realidad con tal de dibujarla atractiva. Veamos algunos hechos a los que el poeta no alude en sus *Recuerdos de la patria*.

Desde 1810, a esta «feliz Nivaria» la asolan epidemias de fiebre amarilla y de cólera; los servicios médicos son insuficientes para atender a los enfermos; se acumulan los cadáveres y hay que abrir zanjas en cualquier sitio para enterrarlos; las islas permanecen incomunicadas, entre sí y con el resto del mundo, a veces por largos periodos (una de estas epidemias duró dos años); el pueblo, o la «chusma» como lo llama el General Martínez de Campos ¹, se amotina, rompe los cinturones de seguridad e invade los territorios acotados por el clero y la aristocracia para resguardarse del contagio. Por

1. Martínez de Campos, Carlos: Canarias en la brecha/El Gabinete Literario. Las Palmas, 1933 (La obra fue impresa en Tenerife).

otra parte, desde 1870 la economía canaria inicia un descenso vertiginoso: el principal de sus recursos, la cochinilla, es depreciado en el mercado internacional por la introducción de tintes sintéticos. La enfermedad se complementa con la miseria.

Toda obra de arte, incluso la más naturalista, supone una idealización de la realidad. El arte elige, elimina, concreta o abstrae hechos y circunstancias. La realidad, en conjunto, se enriquece contemplada desde diferentes ángulos. Pero ninguna obra de arte consciente puede ponerse en conflicto con la realidad, alterarla o mixtificarla. Sólo quien toma el arte como juego o entretenimiento de ocios puede hacer de su obra una simple gratuidad sin trascendencia histórica. Tanto Estévez como Tabares Barlett, y el resto de los poetas de la escuela de La Laguna, pertenecen a esta última clase de autores cuyos escritos se distinguen por su reaccionarismo y carencia de valores humanos. No están por encima o por debajo del mundo: están al margen de él.

Sin embargo, la culminación del evasimismo peculiar de esta escuela no ocurre en poemas como los citados, de una metafísica simplista, poco elaborada, sino en otros de pretencioso aliento épico donde los héroes y antihéroes aborígenes de la conquista de las islas polarizan la atención de los poetas. Estos no imitan a Browning, como a primera intención puede parecer. Sus poemas no nacen de una visión filosófica de la historia en función con la realidad social circundante; tampoco del deseo de objetivar en personajes o situaciones legendarias las propias emociones del poeta. La intención que los anima es precisamente la contraria. Pérez

Minik dice que «el tesoro de nuestros vates» lo constituyó el «recuerdo de la raza aborigen y su *idealización constante como oposición a la realidad vigente*» (subrayado mío). Y ello no podía ser menos, dada la conciencia histórica que tenían aquellos vates y que hemos comprobado en los poemas ya citados. De un período de hondas transformaciones estéticas e ideológicas sólo han quedado en los anales de la historia de la poesía canaria obras sin ningún significado actual, y no sólo por su situación al margen de toda problemática historicista, sino también por su nulo valor como simple obra de arte. }> [L

Formal y técnicamente, los versos de estos poetas son una transposición mimética de los de Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor. De los dos primeros toman su estilo retórico —mala retórica— y elocuente; del último su versificación prosaica carente de algún chispazo fugaz de poesía.

La escuela de La Laguna ¹ no tiene, hoy, ningún interés. Nos hemos detenido a precisar con los indispensables detalles algunas de sus características por el hecho de que orientó a la poesía canaria por más de treinta años, y porque necesitábamos concretar las peculiaridades literarias y sociales del período anterior a 1908.

1. Otros poetas de esta escuela, a los que no nos referimos por obvias razones, fueron: Domingo J. Manrique (1869-1934); Antonio Zerolo (1854-1923); Guillermo Perera Alvarez (1865-1926); Diego Crosa (1869-1942) y Luis Doreste Silva (1882). Aunque el último no haya sido relacionado nunca con dicha escuela, a ella pertenece, no tanto cronológicamente como por la identificación ideológica y estética que existe entre su obra y la de los poetas citados.

1. *El Modernismo*

Hemos visto que el predominio en la poesía canaria de la escuela de La Laguna coincide con un período de decadencia económica insular. Declarar puertos francos a los de Canarias (1852) supone un beneficio más teórico que práctico, dada la parcialidad con que, aún hoy, suelen interpretarse las leyes que regulan tal prerrogativa. En 1890, la exportación de la cochinilla es nula. En 1893, la última epidemia de cólera azota Tenerife. Pero a partir de esta fecha, el signo adverso que durante años se ha cernido sobre las islas parece cambiar. Tras realizar algunos experimentos se encuentran nuevos cultivos cuyo tráfico sustituye en la balanza económica los ingresos que proporcionaba la cochinilla. La agricultura resurge más próspera a como lo fuera en años anteriores a 1870. Las obras del Puerto de La Luz, aunque no se acabarían hasta 1902, se adelantan de manera que permiten desde unos años antes la normal maniobra de carga y descarga de los buques. Los ingleses desarrollan una extraordinaria labor instalando en las islas, en Las Palmas principalmente, bancos, casas consignatarias, servicios portuarios, etc. Con las exportaciones y el comercio, el tráfico aumenta, se hacen más fáciles y frecuentes las comunicaciones con Europa. Ya que no pueden acudir con regularidad a la Uni

versidad de San Fernando 1, en La Laguna, los mozos canarios, de situación próspera, naturalmente, tienen la posibilidad de cursar sus estudios en las Universidades españolas, Cádiz o Madrid, o en las de Inglaterra. Hay, en resumen, un intercambio más activo entre el mundo exterior y Canarias. Y este intercambio no sólo repercute en las islas mejorando su nivel de vida; mejora también su nivel intelectual.

16
Marx quizá no acertara cuando dijo que cuanto más desarrollado está un país, mejor preparado se encuentra para la implantación del comunismo. La experiencia parece indicar que el comunismo no es la etapa final de un proceso económico, sino una técnica de disciplina adoptada por los países en su primera etapa de evolución. Pero si no al comunismo, un período de prosperidad económica relaja la cautela tradicional en tiempo de penuria y predispone a la sociedad a la aceptación de nuevas ideas, aunque sea tan sólo para simular un barniz de cultura y civilidad. No de otra forma proceden los individuos llegados súbitamente a la riqueza. No obstante, es muy verosímil que un movimiento literario que se propusiera realizar conjuntamente una revolución estética con implicaciones políticas —similar al 98 español, por ejemplo— hubiera sido difícilmente aceptado en las islas, a pesar de lo dicho 2. Pero no ocurriría lo mismo con otro que se propusiera llevar a

- Cra.
1. La Universidad de San Fernando, fundada en 1817, atravesó por situaciones precarias, cerrándose en diversas ocasiones. En 21 años sólo registró la asistencia de 1601 alumnos.
 2. La obra de Alonso Quesada, cuya ideología tiene más de un

cabo únicamente reformas estéticas. Y como este era el objetivo preconizado por el modernismo, no se plantearon serias dificultades para su aclimatación en las islas.

«Darío —afirma José María Castellet— abrió caminos, abrió caminos y facilitó la labor de los poetas que iban a seguir, introduciendo el estilo modernista que, en su evolución, cubriría casi un cuarto de siglo de poesía española y culminaría en el gusto por el *Góngora enrevesado pasando por la deshumanización*» 1. Prescindiendo de la inexactitud que supone prolongar hasta 1927 la persistencia del modernismo de Darío en la poesía española —a pesar del ambiguo «en su evolución»— interesa dejar consignado que no todos los críticos, aunque sí la mayoría, han aceptado que dicho movimiento desempeñara en la poesía española papel tan preponderante como el que le asigna Castellet. Cernuda dice a este respecto: «Los historiadores de nuestra literatura asumen sin excepción que el modernismo influyó y renovó el curso de la poesía española. En dicha asunción hay una petición de principio pues se da por establecido algo que antes debería probarse: la renovación de la poesía española bajo la influencia del modernismo» 2. Salinas afirmaba que tal movimiento había obrado en

punto de contacto con la de la generación de 1898, apenas tenía audiencia, y, desde luego, ninguna comprensión.

- 1. Castellet, José María: *Un cuarto de siglo de poesía española*. (Seix Barral. Barcelona, 1966). La frase en cursiva es de Max Aub.
- 2. Cernuda, Luis: *Ensayos sobre poesía española contemporánea*. (Ediciones Guadarrama. Madrid, 1957).

el curso de la poesía española como «un cuerpo extraño». Las conclusiones de Unamuno y de Ortega no difieren de las arriba expuestas. Por el contrario: hay en ellas un tono de menosprecio hacia la obra de Rubén que desdice de su objetividad crítica.

Pero si en la poesía española es, en todo caso, materia de discusión la influencia que pudo, o no pudo, ejercer el modernismo, y hasta qué punto, de existir dicha influencia, fue ésta beneficiosa, no hay duda de que su adopción por los poetas canarios es un hecho cierto que les comportó un considerable beneficio. Y ello no podía ser menos si tenemos en cuenta cual era la situación en que se hallaba aquí la poesía, subordinada a la escuela de La Laguna. «Esparci entre la juventud... los principios de libertad intelectual y de pensamiento artístico que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y en el arte de escribir». Evidentemente, la afirmación de Rubén Darío responde a la verdad de un hecho, quizá no tan abarcador y totalitario como él lo veía. Pero puede concluirse que los términos de su manifestación tienen confirmación exacta en la obra de los poetas canarios, jóvenes en los años primeros de este siglo. Los propósitos renovadores del modernismo imponían una ruptura con un pasado provinciano y anacrónico que se nutría de sí mismo, sin vías de solución. Y aquellos poetas consumaron tajantemente la ruptura, alentados por la obra y la actitud del poeta nicara-güense.

El libro más importante, y también el primero en el tiempo, de esta primera etapa del modernismo canario es *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, de Tomás

Morales (1884-1921) aparecido en 1908 ¹. Morales era entonces estudiante de medicina en la Universidad de Madrid, y en aquella ciudad hizo imprimir su libro. Este no define aún la personalidad de Morales, que habría de manifestarse plenamente en su obra segunda y última. Es fácil advertir en él la subordinación del poeta a la norma seudo simbolista impuesta por Darío: princesas tristes, fiestas galantes, cortesanas, pastores y caballeros enamorados, etc. envueltos en la vaga bruma de Rodembach. Su estilo, retórico y decadente, transparente en ocasiones al admirable artifice del verso en que se convertiría su autor pasados unos años. Apenas hay en esos poemas cosa extraída de la propia experiencia del poeta. Incluso sus *Vacaciones sentimentales*, idilio campesino con una amiga de su hermana, idilio que bien pudo ser cierto, tiene un inconfundible aire literario que disminuye la supuesta verosimilitud. Más rigor y originalidad poseen sus poemas de ambiente marino en los que traza cuadros en ocasiones vigorosos del mar y de los hombres y las cosas que del mar o en el mar viven: el puerto, las naves, los marineros, la taberna. Abundan las pinceladas realistas, precisas, frutos de la observación directa:

*Es tarde de domingo: esta sencilla gente
la fiesta del descanso tradicional celebra;*

1. La obra de Manuel Verdugo (1877-1951), Luis Rodríguez Figueroa (1875-1936) y Lázaro Sánchez Pinto (1883-1913) tienen, por su escasa categoría artística, una significación muy marginal dentro del modernismo canario.

*son viejos marineros que apuran lentamente,
pensativos y graves, sus copas de ginebra.*

Estos poemas no nos hacen olvidar lo que deben a la *Sinfonía en gris mayor*, de Rubén Darío, ni a *El fin*, de Tristán Corviere; sin librarse de la carga retórica que es absorbente en el resto del libro, pierden en elocuencia lo que ganan en tono narrativo. El mar de Morales es todavía mar de orilla, cordial, humano, curioso del detalle pintoresco, pero real al cabo.

La publicación del libro de Morales no añadía nada nuevo al modernismo hispano, pero significó en las islas la consumación de una revuelta trascendente: los cerebros entelarañados de nuestros poetas se espabilaron; se suscitó en ellos un fervor por la poesía moderna, desterrando conceptos y formas caducas. La presencia de Morales en Las Palmas (ya médico, ejercía en un pueblecito del norte de Gran Canaria, Agaete) contribuyó a mantener vivo el entusiasmo primero, prolongándolo excesivamente. Las fórmulas modernistas adoptadas por los poetas canarios no eran del todo satisfactorias, y su persistencia en ellas habría de acarrear, como luego veremos, un grave inconveniente a la evolución de sus obras.

2. El lino de los sueños

A mediados de 1910, Miguel de Unamuno, bien afiladas sus armas ofensivas y defensivas, se dejó caer por estas islas. Venía a *mantener* unos juegos florales. «...uf, ya sabe Vd. la mala voluntad que les tengo —decía Unamuno a un corresponsal suyo en Las Palmas— pero los tomaré como otras veces he hecho, de mero pretexto» 1. En efecto, pretexto fue. Unamuno hizo lo que quiso, nunca en su vida se preocupó de hacer otra cosa. Mantuvo los juegos florales —para eso le pagaban— y, de paso, aprovechó para arremeter contra los isleños, reprochándoles sus rencillas domésticas, sus luchas kabileñas, su apoliticismo, su indiferencia para otros problemas que no fueran los suyos propios. No poco revuelo causó, y eso era lo que él quería. Mas, para nuestra historia, nos interesa el encuentro que aquí tuvo con Rafael Romero, nombre civil de Alonso Quesada. Aquel «jovencito endeble y muy movedizo» aprendió mucho del Rector. Su *amigo y maestro*, con estos dos adjetivos calificará Alonso Quesada a Unamuno al dedicarle los *Poemas áridos*, le enseñaría cómo el hombre es un zoológico político, un animal social, que dijo Aris-

Cra.

Cra.

ou

Cra.

1. Unamuno, Miguel de: Cartas a Domingo Doreste. Anuario de Estudios Atlánticos, núm. 9. Madrid-Las Palmas, 1963.

Ora.

tóteles, y que el hombre, el poeta, debe buscar dentro de él y a su alrededor los elementos más válidos para informar su poesía; cómo debía huir de las imitaciones tentadoras del momento aunque éstas trajeran consigo el aplauso inmediato. «Algo que non es música es poesía». Densos los versos, densos. No está ahí toda la verdad, claro. Pero Alonso entendería por dónde iba Unamuno, pues era buen entendedor como buen callado que era. Unamuno, por su parte, no se fue de vacío. Algo le enseñó aquel mozo taciturno: «Allí, en la Gran Canaria, en aquella isla, conocí toda la fuerza de la voz aislamiento, y no fue Alonso Quesada quien menos me ayudó a que llegase a conocerla» 1. Amor con amor se paga, y quien enseña lo que sabe enseña bastante.

Cinco años después de la visita de Unamuno se publica *El lino de los sueños*. Lleva una portada del pintor Néstor, barroca, simbólica, inadecuada; pero no importa. La portada no tiene nada que ver con el contenido. Tampoco la epístola en verso que Morales dirige a *Don Alonso*, incluida en el libro a continuación del prólogo de Unamuno. Los versos de *El lino de los sueños* no guardan relación con algo anterior de la poesía o el arte en Canarias. Es lo nuevo, lo auténtico, lo necesario. Sequedad, aridez, melancolía, sueño, crítica, burla, amargura, ingenuidad. Serenidad y locura, enfermedad y, poco, el goce de vivir; la visión nebulosa y el lúcido detalle; lo cotidiano y la fantasía; la desgana, el aburrimiento. El verso es preciso, como el lenguaje: con-

1. Unamuno, Miguel de: Prólogo a *El lino de los sueños*. Madrid, 1915.

versador inteligente, alejado por igual del retoricismo y de la pedestrería. Endecasílabos blancos, tan significativamente ingleses. Aunque Alonso Quesada llevará su técnica y su ética al límite en *Los caminos dispersos* 1, es *El lino de los sueños* su libro por excelencia. Con él emergen en la poesía canaria algunos elementos que van a serle característicos en el futuro; elementos que es posible encontrar en estado muy latente en obras anteriores, pero que sólo ahora alcanzan una dimensión humana y estética suficiente. El aislamiento y su desarraigo existencial, cotidianismo e ironía, condicionan a los poetas canarios posteriores a Alonso Quesada; su visión del mundo exterior, y el de la isla mismo, se supedita en mayor o menor grado a la intuición de aquél.

La crítica, en general, no ha prestado mucha atención a la obra de Quesada. (La crítica, en España, la ejercen miopes y profesores de literatura). Valbuena Prat le dedica unas páginas en su *Historia de la literatura española*. Dice de él que sus últimas composiciones están próximas a los «puros», «dentro de una técnica que se parece, entre los nuevos, al primer Salinas». No se equivoca Valbuena al señalar la afinidad, pero sí cuando establece el origen de la corriente. Es Quesada, quien influye en la, según Cernuda, mejor obra de Salinas: *Presagios*. Yo que también hago versos a veces

1. El libro estaba terminado en 1922, pero no apareció hasta 1944, diez y nueve años después de la muerte de su autor. La edición definitiva es de 1966, dentro del volumen de *Poesías Completas*, Colección Tagoro.

Cva.

Cva.

Cva.

Cva.

L 7

Cra. —escribe Salinas a Quesada— estaba preocupado y en caso de conciencia ante unos poemas míos, de forma algo libre, como yo necesitaba para expresar puramente lo sentido en íntima libertad. Y me dió mucha satisfacción y confianza ver que en esa isla lejana Vd. hacía cumplidamente lo que yo esbozaba»⁸ 1. Salinas encuentra

en Alonso el antecedente que justifique y anime sus audacias formales e incluso éticas. Aleixandre dice:

Cra.
Cra.
8 Alonso Quesada... resucita hoy porque su lírica sintoniza de modo vivísimo con el espíritu de nuestro tiempo. Es maestro de la lírica de lo cotidiano, de la expresión realista y simbólica a la vez 2. García Nieto, añade: De su actitud, y de la manera como era llevada esa actitud, y esa intensa y estrecha cotidianidad al fino verso de cada día, podrían tomar nota muchos de los poetas pseudorealistas de hoy:

*Hacia mi pobre corazón venían
las cosas de la calle* 3. 14

Cra. *Crónicas de la ciudad y de la noche* aparece en 1919 y recoge una selección de la labor periodística llevada a cabo por Quesada en años anteriores. *Crónicas...* es un libro duro, y, a la vez tierno. El poeta advierte y

- Cra.
1. Carta de Pedro Salinas a Alonso Quesada, fechada en 21 de Mayo, sin año, (seguramente 1915, pues en la carta Salinas habla a Quesada de *El lino de los sueños*, recién aparecido). En L. S.: *Cartas a Alonso Quesada*. Cartel. Octubre 1965.
 2. Aleixandre, Vicente: Alonso Quesada. Diario de Las Palmas, 10 de Abril 1965.
 3. García Nieto, José: *Soledad isleña*.

fustiga los vicios, los hábitos de sus paisanos; pero lo hace sin acritud, suavemente, como lamentando herir. Un crítico español ha dicho que a Quesada le faltó, para ser el gran precursor de la poesía social española, la intención. Más bien le faltó malignidad; comprendía al hombre, y un hombre que comprende difícilmente es extremo. La poesía social española —a veces— está hecha de rencor, de frustración. Alonso Quesada no tuvo rencor; sí frustración —su vida fue una constante frustración, atado al escritorio oficinesco de una Banca inglesa. Pero era también un nato humorista y veía su vida y la vida de los demás a través del saludable prisma del humor, llorando por dentro la derrota y la enfermedad. Vallejo procedió de la misma manera, y juntar ambos nombres no es capricho. *Poemas humanos*, incluso sus audacias lingüísticas, me parece el libro que Alonso Quesada podría haber escrito después de *Los caminos dispersos*. Todas las posibilidades de su poesía lo conducían a él.

CVA.

CVA.

CVA.

3. Las Rosas de Hércules y el retroceso

En 1920, cinco años después que *El lino de los sueños* llega a las islas el libro segundo de *Las Rosas de Hércules*, de Tomás Morales 1. Este nuevo libro de Morales supone, en cierta manera, una superación estética de su producción anterior. Pero aunque los temas que ahora trata difieren en parte de los tópicos del modernismo, ya apuntados al hablar de *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, no hay en absoluto ruptura con la escuela de Rubén; la alianza continúa siendo estrechísima, por más que algunos críticos señalen otras influencias que pudieran desviar o amortiguar la del modernismo 2. Díez Canedo ha apuntado hacia la poesía latina, en cuyos principales cultivadores, Virgilio, Ovidio, Cátulo, ve los antecesores de *Las Rosas...* Ven-

1. El libro primero de *Las Rosas de Hércules*, aparecido póstumamente en 1922, está integrado por el texto refundido de los *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, y otros poemas no publicados en la primera edición de este libro.
2. «...por lo que toca al influjo de Rubén: del maestro nicaragüense toma nuestro poeta la visión inicial y algunos procedimientos y temas; pero pronto el mar que le rodea, mar mitológico ahora y no el anterior de puertos y anclados buques, ensancha la voz de Morales y le obliga a buscar su personal expresión». Ventura Doreste: *Tomás Morales* Isla, Julio-Setiembre, 1961

8

14

14

Cora.

tura Doreste puntualiza que dicha influencia ^{no} se evidencia únicamente en la calidad de la dicción, y en la virtud de la elocuencia equilibrada, sino asimismo en la propiedad y en la construcción de muchos versos. Mas es lo cierto —o al menos así me lo parece— que el libro no es sólo modernista en su aspecto formal, sino también en la ideología del autor, en la imagen del mundo que éste refleja en su obra, en su toma de posición frente a la realidad; es decir: en todos aquellos elementos que, según Lukács, definen la situación de un artista. Morales, como modernista que es, no entra nunca en contacto con el mundo en que vive; sus temas los escoge invadido por una preocupación estética, no humana, a diferencia de Rivero y Quesada. Cuando el hombre aparece en sus versos lo hace en calidad de anécdota pintoresca:

*¡Honor para el que apresta los flotantes maderos,
 para los calafates, para los carpinteros
 de ribera, nutridos de las rachas eternas
 de la playa sonoral...
 ¡Y para aquel, más hábil, que trazó las cuadernas,
 la caricia del aura de la fama armadora:
 las condiciones náuticas del casco celebrado
 nacen de su acertado
 promedio entre la manga, el puntal y la esloral*

Su deseo de desembarazarse de la realidad circundante que hubiera podido quedar adherida a su obra, le lleva a suprimir versos completos y dedicatorias en algunos de sus poemas, conservados unos y otras entre sus manuscritos. Este hecho revela una lúcida disposi-

ción de su arte al servicio que más convenía al poeta.

La oportunidad con que *Las Rosas de Hércules* aparece en la poesía canaria no puede ser más contraria a su utilidad. Si diez años antes los *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar* habían significado un sustancioso adelanto en la evolución de aquella poesía, su continuación supone una regresión lamentable. Cuando procedía liquidar el modernismo, pues se contaba aquí, por vez primera, con un libro estética y problemáticamente a la altura de los tiempos y del que partir para ganar cimas más altas, Morales vuelve a polarizar la atención en aquel movimiento; atención que, en verdad, no se había eclipsado del todo en el ambiente literario isleño, pero que ahora se agudiza. Las revistas, cuando aparecen, y los periódicos, cada día 1, publican poemas de Darío, Villaespesa, Rueda, Santos Chocano, Amado Nervo. Unamuno y Machado son menos difundidos. Mientras tanto, Alonso Quesada trabaja en conflicto con los poetas de su generación, solitario y sin audiencia.

Cra.

Juzgado con una perspectiva de casi medio siglo, *Las Rosas de Hércules* se nos muestra hoy como la más grave interferencia habida en esa evolución de la poesía canaria que inicia *El lino de los sueños*.

1. Entre las revistas de más interés en la época, destacan: *Florilegio* (1913-1915); *Castalla* (Enero a Julio de 1917) y *La rosa de los vientos* (1927). De los periódicos, *Ecos* (1915-1919) era el más decididamente literario. Véase *Las revistas de Arte en Canarias*, de Juan Rodríguez Doreste. Ed. El Museo Canario, 1965.

4. Saulo Torón y Fernando González

Saulo Torón (1885) y Fernando González (1901) se dan a conocer por los mismos años. González, precoz, publica *Canciones del alba* en 1918, y Torón *Las monedas de cobre* en 1919. A pesar de su diferencia de edad, y también de formación, ambos poetas escriben un mismo tipo de poesía fuertemente influida por el modernismo (léase Morales) con matices intimistas, ligero acercamiento a la obra de Quesada. Los temas que uno y otro poeta eligen con preferencia —la isla, las vivencias familiares, los ensueños— y la manera como enfocan y desarrollan esos temas, es similar. Sus versos están teñidos —mejor: descoloridos— por una vaga melancolía, a veces dolorosa, por más que ese «dolorido sentir» se nos antoje, más que auténtico, literario. González, en ocasiones, intenta un verso de empuje, ampuloso, largo: quiere, si no emular, imitar más de cerca al maestro Morales. Su fracaso es, sin excepción, estrepitoso. Torón, más humilde, más íntimo, habla siempre en tono menor, usando el verso asonante, la canción. La respuesta que aún suscita en nosotros sus poemas se debe a esta falta de pretenciosidad. Torón y González mantienen a lo largo de sus obras futuras las características someramente esbozadas. Su línea de evolución es escasa. La problemática inicial continuará

CVA.

vigente para ellos, y los poetas la servirán fielmente.

Diversas son las causas que han contribuido a que estos poetas permanecieran al margen de los movimientos literarios de los cuarenta años últimos, y no ha sido la menor su propia voluntad. Refiriéndose a González, Joaquín Artiles ¹ advierte que se ha quedado voluntariamente «al margen de la generación de 1927» —a la que cronológicamente pertenece— y de los ismos siguientes. Su actitud —dice Artiles— fue la misma de Machado, quien, en un conocido texto afirmaba que se sentía «algo en desacuerdo con los poetas del día» pues éstos propenden a una destemporalización de la lírica, no sólo por el desuso de los artificios del ritmo, sino, sobre todo, por el empleo de las imágenes en su función más conceptual que emotiva ^{2/}

Sabido es que Machado alude con las palabras citadas a los poetas de la generación de 1925. Su actitud al respecto nos parece justificada, y no sólo por la auto-defensa que las mismas implican. Su experiencia de poeta, y más aún, su certero instinto crítico, le advertían del erróneo derrotero que tomaba el quehacer de aquellos poetas jóvenes, con los que no podía menos que mostrarse en desacuerdo. No hacerlo, hubiera supuesto la condenación de su propia obra. Como luego se vería, lo que en Machado suscitaba tal disconformidad eran

1. Artiles, Joaquín: Prólogo a *Poesías elegidas* de Fernando González. Las Palmas, 1966. Ediciones Cabildo Insular de Gran Canaria.

2. Machado, Antonio: *Poética*, en *Poesía española contemporánea*, antología realizada por Gerardo Diego. Madrid, 1932.

los elementos de una etapa más dentro de la evolución de dicho grupo. Pero, por lo que atañe a González, no implicado con un pasado propio y suficiente como el de Machado, más joven que Guillén y Salinas y sólo un año más viejo que Cernuda, su posición lógica parece que hubiera sido hallarse inmerso en el trabajo que aquellos poetas se empeñaban en realizar para aportar a la poesía española el aliento europeo que tan necesario le era. Sin duda, en la práctica de las nuevas formas y en la adopción de los nuevos conceptos —por equivocados que estos fueran— González habría al menos evolucionado de acuerdo con las exigencias estéticas del momento. No obstante, nada tenemos que objetar a su voluntario *apartheid*. Salvo, claro está, advertir cuán pernicioso fue. Más que las palabras antes citadas de Machado, González debió tener presente estas otras, también de don Antonio: La poesía es el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo.

1/a

119 114

Algo distinto del de González fue el caso de Saulo Torón. Este, mientras vivieron sus dos grandes amigos, consejeros y animadores de sus versos, Morales y Quesada, trabajó intensamente. Muertos aquéllos, fue disminuyendo su interés por la poesía, hasta retraerse totalmente. Su último libro aparece en 1932. En 1963 publica un breve cuaderno titulado *Frente al muro 1*, anticipo del libro de igual título que el poeta ha ido gestando en estos treinta y un años de silencio, y que nada añade, en ningún sentido, a lo ya conocido de su obra.

1. *Frente al muro*, constituye el número 1 de la Colección Tagoro, número significativamente homenaje al poeta.

Ora.

Pero tanto la poesía de Torón como la de González ¹, tan estimables por la honradez consigo misma con que fueron realizadas, carecen de suyo de la suficiente originalidad y vigor. Y es aquí, sin exclusión de las causas accesorias ya aludidas, donde debe buscarse el motivo de su persistencia en modos e ideas propias de sus años de aprendizaje. Este hecho no sería en sí mismo muy considerable si la muerte prematura de Alonso Quesada no hubiera dejado a la poesía canaria tan desasistida. Prácticamente, desaparecido Alonso, González y Torón quedaron como únicos modelos vivos de un grupo que tanta admiración causaba en otros poetas más jóvenes, e incluso de su misma edad. La mayor parte de estos poetas no poseían una cultura digna de tal nombre, por lo que su idea de la poesía de su tiempo, formada a través de lecturas dispersas, estaba condicionada al gusto de aquellos dos. De ahí que quedara a su merced la difícil contemporaneidad alcanzada por Quesada. Lamentablemente, ni Torón ni González poseían el talento poético necesario para continuarla.

Ora.

1. La bibliografía de Fernando González comprende: *Las canciones del alba* (1918), *Manantiales en la ruta* (1923), *Hogueras en la montaña* (1924), *El reloj sin horas* (1929), *Piedras blancas* (1934) y *Ofrendas a la nada* (1949). Y la de Saulo Torón: *Las monedas de cobre* (1919), *El caracol encantado* (1926) y *Canciones de la orilla* (1932). El segundo libro de Torón lleva un prólogo de Antonio Machado y el último otro de Enrique Díez Canedo.

5. Poesía al margen

Un hombre viejo, seco y enlutado, contemplaba el ir y venir de aquellos poetas jóvenes, trabajadores, polémicos. A veces, asistía a sus tertulias, oyendo más que hablando; escuchando atentamente los versos cuya lectura pública ninguno escatimaba. Admiraba profundamente a Morales; en secreto, también lo imitaba. Porque este hombre viejo, seco, enlutado, escribía versos, muy en secreto.

Domingo Rivero (1852-1929) es figura al margen en la generación de comienzos del siglo XX insular. Cronológicamente pertenece a aquella escuela de La Laguna de que ya hablamos. Pero ninguna afinidad lo relaciona con ella. Rivero es un solitario; un poeta marginado, a gusto y con gusto, de cualquier grupo, de cualquier idea, al menos públicamente. De joven fue un tanto aventurero. En París, en el año setenta, parece que conoció a Salvochea, el anarquista. Rivero evoca ese encuentro en un poema. Regresa a la isla, después de acabar sus estudios de abogado; se emplea en la Audiencia de Las Palmas, se casa: concluyeron unas aventuras y empiezan otras: las del espíritu.

Rivero publica sus primeros versos en 1911. Un soneto, dedicado a Tomás Morales. ¿Qué había hecho antes? Traducir a Shakespeare, a Byron, y quizá poemas propios. No lo sabemos con certeza. La familia del

poeta conserva algunos manuscritos, que no acceden a publicar. Dicen que porque Rivero no quería hacerlo. Sin embargo, muy a la fuerza, sí, Rivero confió a sus amigos varios poemas propios que se publicaron en periódicos. Esto, y poco más, es toda la obra que conocemos ¹.

Rivero era un gran observador, un buen psicólogo. Sus poemas están dentro de esa línea reflexiva, tan característica en la poesía inglesa y que en la nuestra es de difícil hallazgo. Algunos críticos apuntan una influencia de Unamuno. ¿Por qué no una mutua ascendencia inglesa? Si conociéramos la cronología de la obra riveriana, podría confirmarse nuestra intuición. Mas, por ahora, es sólo eso: intuición.

Intimismo y cotidianidad, dos polos bien próximos, atraen, llenan la obra de Rivero. La propia personalidad del poeta, sus estados de ánimo, sus experiencias juveniles y viejas; sus hijos, sus amigos; los objetos que le rodean: sillas, cama, percha; los sitios por donde pasa: muelle, campo. La temática de Rivero se identifica con la de Alonso Quesada, aunque carece de la ironía acerada del autor de *El lino de los sueños*. Rivero es un sentimental, un romántico de actitud serena y forma atemperada. Por eso el sentimiento nunca desborda sus versos. Se parece a Bécquer, pero no a Espronceda. Otra de las buenas cualidades de la poesía de Rivero es su tono comunal; su intimismo no perece en

Cva.

1. En periódicos y revistas de la época aparecieron unos 25 poemas. En *Cartel* he publicado otras composiciones de Rivero que permanecían inéditas hasta ahora: *Silla de junto al lecho*, *Túnel sombrío*, *La nave*, *El faro*, etc.

ella, trasciende. Siempre me ha parecido sospechoso el antagonismo entre intimismo y realismo. ¿Qué poeta puede alcanzar la expresión convincente de un sentimiento colectivo si no infunde en sus poemas un mínimo de vivencias propias? Por su parte, el lenguaje de nuestro poeta es particularmente valioso por su sencillez coloquial —cierta retórica modernista es muy de superficie— provisto de una depurada belleza expresiva. En ocasiones usa del símbolo: «La nave». La nave que nunca alcanza el horizonte es el alma, peregrina nunca llegada a ninguna parte. Pero estas ocasiones son escasas. Prefiere Rivero el concepto realista: las cosas como son, y no de otra manera. El uso casi continuo del soneto no favorece mucho la intención del poeta; pero algunos de tales sonetos son ejemplos de poesía narrativa:

11

*Yo conocí en París, en el año setenta,
a Fermín Salvochea, entonces emigrado.
Allí, siendo apacible... etc.*

Precisamente en el soneto cuyos primeros versos quedan transcritos Rivero define su posición ideológica, su fe republicana, para decirlo con propias palabras del poeta. Es Rivero, aunque reservado, un hombre comprometido con la capa más profunda de su tiempo, un hombre «preocupado» como le llamaría Salinas. Distinto, en vida y obra, a los poetas modernistas, entonces en boga, a quienes interesaba sólo «la belleza sonora» de las palabras y «reimitar lo peor de la tramoya romántica», según Ortega. Por eso hoy, Rivero, sin ser un poeta de excepción, nos interesa y estimula.

113

6. Otros poetas

Ova.

Cva.

La generación formada por Alonso Quesada, Domingo Rivero, Tomás Morales, Saulo Torón y Fernando González, cumplió su cometido en la poesía canaria hasta 1929, fecha en que fallece Rivero, aunque ya desde 1925 (muerte de Alonso Quesada) su influencia benéfica había quedado muy reducida. Fernando González y Saulo Torón sobreviven, pero, como ya vimos, al no aportar sus nuevos libros ningún valor positivo a lo que ya habían escrito, su supervivencia es vital, no artística. La poesía insular, en manos de mediocres poetas, sigue deslizándose por el cauce modernista a donde la lanzara Morales. Luis Benítez Inglott (1895-1966), Claudio de la Torre (1895) y Félix Delgado (1903-1936), cultivan una poesía influida por Morales, con algún toque ultraista (Claudio de la Torre) o de Juan Ramón Jiménez (Inglott y Félix Delgado). Ninguno de estos poetas tuvo posteriormente una dedicación intensa a la poesía por lo que sus obras publicadas pueden considerarse como libros primerizos, sin personalidad propia. Ignacia de Lara (18 ? -1940) y Montiano Placeres (1885-1936) trabajaron con más constancia que los anteriores, si bien sus resultados no fueron más satisfactorios. Su obra adolece de exceso de sentimentalismo doméstico, sin la sobriedad de *El lino de los sueños* a cuyo autor

quisieron parecerse, no perdiendo de vista a Morales. Josefina de la Torre (1910) comenzó a escribir siendo casi una niña. Su obra acumula ingenuidad y delicadeza. Su verso es corto, generalmente asonantado, en forma de romance o canción. El mar de la orilla, los niños que saltan y juegan en la arena, los vestidos, las ilusiones... son sus temas. Pequeñas visiones del mundo de una provinciana, expresadas con gracia, sin mayor trascendencia ¹.

Fueron estos, en resumen, años de tono menor. Se escribía y publicaba bastante en Canarias, pero amorfo todo. Modernismo y deshuesado sentimentalismo socavan el avance de algunas posibles personalidades. El poeta canario vuelve a ser localista, y no respirará de nuevo aire europeo hasta 1932.

1. Claudio de la Torre y Benítez Inglott son autores, cada uno, de un sólo libro de versos. El primero publica en 1918 *Canto disperso*. Inglott no colecciona en libro hasta 1966 sus poemas juveniles. *Poemas del mundo interior* tituló Inglott a esa colección. Félix Delgado publicó *Paisajes y otras visiones* en 1923, y cuatro años más tarde *Indice de las horas felices*. La bibliografía de Montiano Placeres comprende: *El remanso de las horas* (1932); la de Ignacia de Lara, *Para el perdón y para el olvido* (1924) y *Entre paisanos* (1940). Josefina de la Torre ha publicado hasta la fecha *Versos y estampas* (1927) y *Poemas de la isla* (1930).

7. Gaceta de las artes

Desde el año veinte, las estéticas de vanguardia habían invadido la poesía española. *Gaceta de las artes* 1 incorpora a las islas, principalmente a Tenerife, donde se publicaba, al mundo alucinante del experimentalismo. En dicha revista tuvieron expresión la mayor parte de las literaturas y plásticas de vanguardia en Europa. Bretón, Moreno Villa, Picasso, Guillermo de Torre, Gómez de la Serna, Paul Eluard, Gertrude Stein, Gerardo Diego, etc., colaboran con poemas y ensayos críticos sobre pintura, poesía, escultura, etc. El arte nuevo es insolente con el arte viejo. Le da una patada o le pinta bigotes a la Monna Lisa. ¿Qué es más bello: un automóvil lanzado a su máxima velocidad —velocidad de aquellos años— o el David, de Miguel Ángel? ¿Qué es más real: el caótico paraíso de los sueños o el mundo cotidiano que nos cerca? Capricho, audacia, violencia, protesta, reivindicación. Los poetas canarios se forman e informan de esta corriente renovadora. Las condiciones sociales, económicas, políticas, difieren entre el ámbito europeo y el isleño. Pero ambos están enlazados

Cra.

1A

Lj

1. El primer número de *Gaceta de las artes* aparece el 1 de febrero de 1932. El último en junio de 1936. La revista estuvo dirigida por Eduardo Westberdahl, excelente crítico de arte.

1f

19
8
por una consciente intención de libertad. Los poetas canarios identifican con los españoles y los europeos su concepto acerca de la función de la poesía y del poeta.

«Arte es selección —dice Pedro Perdomo en 1927, adelantándose unos años a sus compañeros de generación— búsqueda arriscada de expresiones. La relación del mundo real sólo satisface a los obtusos, pues la realidad llega a ser poemática cuando a fuerza de eliminaciones ha logrado acercarse al artista. El arte es algo esencialmente distinto de la vida y ésta no puede, por tanto, aspirar a ser una obra artística»¹. «Donde acaba el mundo real empieza el mundo poético» decía Pierre Reverdy. Y Pedro Perdomo, sabiéndolo o no, glosa las palabras del poeta francés. Se siente, pues «la indiferencia más absoluta por la vida», para decirlo con la frase de Juan Ramón. El poeta construye con ingenio, imaginación y casualidad mundos de alucinante onirismo donde él es un pequeño dios que crea la palabra y la rosa.

Así lo hicieron los futuristas, los dadaístas, los cubistas, los ultraístas. Sin embargo, algunos de estos movimientos tenían un carácter social, al menos teóricamente. El futurismo preconizaba «el valor, la audacia y la revolución» opuesto a la «inmovilidad del pensamiento, al éxtasis y al sueño». En realidad se mordían la cola: sustituían mitologías.

Los poetas de *Gaceta de las artes* conciliaron en su obra una especie de síntesis de todos estos ismos. Y es

1 = 1. Perdomo, Pedro: Prólogo a *Índice de las horas felices*, de Félix Delgado, 1927.

que su diversidad es sólo aparente: todos ellos entrañaban una misma reacción contra la poesía, el arte, el mundo anterior de tradición simbolista y modernista; contra la sociedad y sus normas poco gratas. Quizá pueda reprocharse a aquellos poetas que la forma elegida no fuese la apropiada para expresar su protesta. Su *mensaje* era ininteligible. No alertaba: asustaba o daba risa. Pero no es equilibrado el desdén con que algunos críticos niegan todo valor estético y aún histórico a las vanguardias de esos años. A pesar de su desviacionismo, significaron más que una moda, aunque tuvieran de esta su efimeridad: establecieron una «corriente espiritual entre la juventud de una época»¹ predisponiendo el futuro a la aceptación del realismo.

Emeterio Gutiérrez Albelo (1905) es quizá el poeta más importante de la generación de *Gaceta de las artes*, al menos en su primera etapa creadora. *Romanticismo y cuenta nueva* (1933) y *El enigma del invitado* (1936), aún respirando en el aire de *Sobre los ángeles*, de Alberti, son libros de acento personal, de atmósfera dramática y lírica, viva imaginación y lenguaje bello, fulgurante de metáforas, a media ruta entre gongorismo y neo-romanticismo. De calidad e interés no inferior es la obra de Pedro García Cabrera (1906) cuyo libro *Transparencias fugadas* (1934) evidencia ya el humanismo que va a darle a su autor la pauta de su evolución futura. El ya aludido Pedro Perdomo Acedo (1897) no reuniría sus poemas en colección hasta 1943, pero publica por aquellos años en las revistas de la península y de las islas.

1. Cernuda, Luis: *Poesía y literatura* / Seix Barral. Barcelona 1965.

Su poesía se caracteriza por la frialdad conceptual que convierte sus versos en ejercicio de retórica inteligente. Culto y desprovisto de pasión, ha sido el único poeta de su tiempo que ha mantenido vigente el significado de sus propias palabras, citadas más arriba.

La vanguardia cumple en las islas su oficio de transición de 1932 a 1936, aproximadamente. En esta última fecha desaparece *Gaceta de las Artes* y comienza la guerra civil. Concluida la guerra, los poetas se verán obligados a reordenar sus teóricas, tal como luego veremos.

Finalmente, para concluir la revisión de este período, apuntemos: continúan escribiendo y publicando libros o poemas, poetas como Manuel Verdugo, Luis Rodríguez Figueroa, Diego Crosa, Luis Doreste y otros. Su obra nada tiene que ver con el orden que sigue la poesía canaria, por lo que no insistimos en hablar de ellos. Si alguien siente curiosidad por saber de su vida y versos, consulte la *Antología de la poesía canaria*, tomo I, de Pérez Minik. De todos ellos, a excepción de Doreste, se encuentra allí amplia noticia.

8. *Nuevos fines, nuevos medios*

En 1934, la *Elegía cívica* de Alberti da comienzo al fin de la etapa surrealista en la poesía española. Este poema es la primera manifestación de una conciencia politizada, es decir: puesta al servicio de una causa política. El signo popular de esta toma de posición trae consigo la adopción de normas realistas, única manera de que el mensaje o consigna de que aquella poesía es portadora llegara a quienes iba dirigido: el pueblo. La *Elegía cívica*, no está aún tratada con los supuestos realistas de más posibilidades comunicativas; pero los elementos que la integran y que hacen de ella una pieza subversiva son claramente perceptibles.

El comienzo de la guerra civil aceleró esta evolución de la poesía española hacia el realismo. Los poetas se vieron precisados a usar con urgencia un lenguaje sencillo y utilitario que sirviera a sus fines, y ello los llevó a abdicar apresuradamente de ideas y actitudes cuya vigencia hubiera prolongado más tiempo una situación normal. Es también Alberti quien lleva a mayores consecuencias lo iniciado con la *Elegía cívica*. En *El poeta en la calle*, libro aparecido en 1937, se prescindió ya totalmente de metáforas elaboradas intelectualmente; sus imágenes están ahora enraizadas en la conciencia y el vivir popular. La canción, con su rima ágil y

suelta, musical, retozona, sirve de vehículo idóneo para expresar las intenciones que animan al poeta y que éste quiere comunicar a sus oyentes o lectores. El poeta no es ya, como en la época superrealista, un exquisito orfebre de la palabra ni un explorador automático de intrincadas ideas. Es, primordialmente, el hilo conductor de ideas básicas, y su lenguaje y formas expresivas se hacen funcionales a aquéllas. Ello no significa que los poemas pierdan calidad y belleza estética, aunque en muchos casos así ocurra. Pues aunque no es éste el fin primordial del poeta, tampoco lo desdeña. Vicente Gaos, que no se distingue precisamente por su simpatía hacia Alberti, dice que «en esta dirección (la social y la política) Alberti ha escrito bastantes de los mejores poemas que salieron jamás de su pluma» 1. El mismo juicio puede ser aplicado a Miguel Hernández, Vallejo o Neruda, entre otros. Antonio Machado vivió lo suficiente para advertir cómo los poetas españoles hacían puente sobre la vanguardia y retomaban el hilo de la poesía allí donde él lo dejara, llevándolo hacia el futuro que él mismo había dejado abierto con sus escritos teóricos.


Pero si el comienzo de la guerra civil precipitó, como decimos, la evolución de la poesía española hacia el realismo, la conclusión de dicha guerra dejó en suspenso su continuidad natural. Pues si es cierto que algunos poetas, en el forzado exilio de la postguerra, pudieron avanzar por el camino iniciado en 1934, en los límites

LG/LC

1. Gaos, Vicente: *Antología del grupo poético de 1927* / Biblioteca Anaya. Salamanca, 1965.

geográficos de España esta evolución quedó detenida en 1939, y no se reanudaría hasta 1944, año en que aparece *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso. Mas, aún reanudada, dicha evolución existe durante muchos años y sin un claro predominio junto a otra corriente distinta y opuesta de la poesía española: aquella que de una manera simplista y resumidora puede considerarse representada por la obra publicada en la revista *Garcilaso* (1943-1946), y por los poetas que más se distinguieron en ella.

En Canarias, la guerra civil supuso un paréntesis. (Y no sólo artístico, para los escritores, sino vital, para los habitantes todos de las islas). Ninguno de nuestros poetas tuvo parte activa en la lucha, o, de haberla tenido, no se ha hecho evidente en su obra. Los horrores de la guerra, al menos en su forma directa, no llegaron aquí; se vivía, por tanto, en una relativa, aunque insegura calma. Por obvios motivos no fue aquella época propicia para actividades intelectuales. Por otra parte, ante los cambios bruscos y radicales que se habían producido en la poesía española, se imponía un período de reflexión, adaptación y, si procedía, de cambio, al menos para los poetas formados plenamente antes de iniciarse la contienda. li

De los tres poetas mencionados en la conclusión de la primera parte de este trabajo, el primero en publicar un nuevo libro fue Emeterio Gutiérrez Albelo. *Cristo de Tacoronte* (1944) vino a engrosar el enorme caudal de poesía religiosa que se escribía entonces en España. 

Parece evidente que aquella poesía supuso una

reacción frente a las circunstancias en vigor, reacción cuyo propósito era, según creo, soslayarlas. *Cristo de Tacoronte* participa de las características comunes a esa poesía: irrealismo, vaga angustia existencial; Dios es aquí un pretexto, el «interlocutor a quien se dirigen poemas y poemas», la muralla tras la que el poeta esconde no sólo su impotencia, sino su conformismo disfrazado de rebeldía. Por otra parte, el tono de esta poesía dista de mostrar un fervor religioso auténtico. Como advierte Castellet refiriéndose a la poesía española en general, «tenia {de religioso} sólo la invocación». Con *Los Milagros* (1959) Albelo continúa la mística de *Cristo de Tacoronte*. En 1964, un nuevo libro suyo, *Geocanción de España*, se suma, con algún retraso ciertamente, a la lírica patriótica e imperial, tan reconocida por *Garcilaso*. En los últimos tiempos, Albelo ha publicado numerosos poemas en diversas revistas españolas y de una manera constante en *Gánigo*, fundada por el Círculo de Bellas Artes de Tenerife en 1953, y que el mismo Albelo dirige. Por lo que puede deducirse de la lectura de esos versos, su autor parece que se ha convertido en el panegirista de cuanto Juego Floral y actos de paralela significación se celebran en Tenerife, siendo aquellos versos producto de estas ocasiones. (Uno de los libros que Albelo anuncia se titula *Musa de ocasión*).

Como en el caso de González, nos interesa dejar claro que no nos interferimos en el deseo del poeta de hacer con su poesía y de su poesía lo que a él se le antoje; ejercita así su derecho a la libertad y al compromiso con lo que cree o le interesa. Pero nosotros, en

el mismo ejercicio de iguales derechos, no podemos menos que lamentarnos de la frivolidad que ha arruinado una obra cuyo futuro parecía considerable si nos atenemos a sus muestras anteriores a 1936.

El siguiente poeta en orden de publicación es Pedro Perdomo. Data de 1947 su libro *Ave breve*, primero que el poeta edita, ya que no pueden considerarse libros las dos exiguas colecciones de sonetos aparecidas con anterioridad: *La muerte imaginada* (1943) y *Epitalamio sin fin* (1945). Tanto en aquel libro como en las colecciones mencionadas, su poesía no parece haber evolucionado, sujeta a las ideas estéticas que el autor formulara en 1927, ya comentadas. Es posible que la fecha de redacción de muchos poemas sólo ahora publicados sea muy anterior, lo que aclararía la falta de evolución. Pero en otras composiciones dadas a conocer recientemente y cuya fecha de creación es presumiblemente contemporánea de la de su publicación (*Rumbo a la soledad del año cero*, 1966 y *Oda a Lanzarote*, 1966) continúa observándose su persistencia en los módulos de vanguardia de los años 20, en especial del ultraísmo, por lo que debemos concluir que su obra no ha experimentado ningún cambio notable, situándole como un poeta de no poco interés, pero al margen de la poesía viva de estos años.

Mayor fortuna ha acompañado a Pedro García Cabrera, quien ha logrado para su obra una adaptación plena y responsable a las nuevas corrientes, sin una brusca ruptura con las formas de su primera etapa surrealista. Subsisten en sus nuevos libros (*Día de alondra*, 1951 y *La esperanza me mantiene*, 1959) algunas carac-

terísticas propias de ese movimiento, y ello puede observarse especialmente en el lenguaje, que aún no ha perdido definitivamente su gusto por la metáfora elaborada o el símbolo oscuro. Es en los asuntos que ahora trata donde puede advertirse con claridad el cambio a que nos referimos. Aquel humanismo cuya presencia señalamos en Transparencias fugadas preside ahora la concepción y ejecución de sus poemas. La fecha tardía en que da a conocer García Cabrera algunas de sus obras de postguerra (las más permanecen inéditas) le han impedido alcanzar mayor difusión e influencia en la poesía canaria.

Cva.

9. Mensaje

Confusión me parece el término más preciso para calificar la situación de los poetas canarios con respecto a la poesía durante la década del cuarenta. Y decimos esto no por los poetas de más edad, pues ya vimos como cada uno realiza su tarea con relativa seguridad, sino por los más jóvenes que comienzan a publicar a partir de 1943.

De las dos antagónicas maneras, *social* o *garcilacista* —valga la imprecisión de uno y otro concepto— que polarizan la atención de los poetas españoles en dicho tiempo, los canarios no parecían decidirse resueltamente por ninguna, vacilando entre ambos extremos. Lo que no debe sorprendernos habida cuenta que el primer libro de Blas de Otero, *Cántico espiritual*, supone una aportación al segundo de los dos tipos de poesía mencionados. Quiero indicar con esto que la confusión que aquí se refleja no es más que una prolongación de la que también se advierte en la poesía española.

De cualquier manera, hasta 1947 la lírica canaria parece discurrir más próxima a los conceptos garcilacistas que a los sociales. Y a ello no creemos sea ajena la aparición en 1945 de la revista *Mensaje*, patrocinada por el Círculo de Bellas Artes de Tenerife y fundada por un grupo de mediocres poetas procedentes del

superrealismo. Abundan en esta revista los sonetos, décimas, romances (lorquianos con motivos isleños), es decir: toda una muestra de la poesía gratuita y ahistórica prohijada por *Garcilaso*, sin que falte alguna voz de protesta —en soneto, claro— más provista de retórica que de autenticidad.

Igual desorientación se percibe en las publicaciones individuales de cada poeta. Casi sin excepción, los cuadernos que aparecen en esa década están integrados enteramente por sonetos. Y aunque este hecho no nos pueda, en definitiva, llevar a una conclusión absoluta acerca de su contenido, sí nos hace entrar en sospecha sobre cual pueda ser. Este, a pesar de todo, es vario: amoroso (*Sonetos a Josefina* —1946— de Ventura Doreste; *En la paz de tu cintura* —1944— de Diego Navarro); existencial (*La sangre que me hierve* —1946— de Agustín Millares; *Sombra sin forma* —1946— de Manuel Castañeda) sin que pueda establecerse entre estos y otros temas una línea divisoria fija, pues cada autor se inclina por unos u otros, indistintamente, según la apatencia del momento.

Mayor interés tiene *Poesías* (1946) de Juan Mederos, breve colección de ocho poemas, completada el mismo año por una *Elegía a Miguel Hernández*, las dos únicas muestras que tenemos de la poesía de este autor, quien no ha vuelto a publicar desde entonces, y *El volcado silencio* (1944) de Chona Madera, primer intento de conseguir una lírica narrativa de lo cotidiano, fuertemente influida por Alonso Quesada, que culminaría en otro libro suyo: *Las estancias vacías* (1961). Es Chona Madera, según creo, la poeta que de una manera

Lisa

com.

Cris.

suficiente eleva el nivel de la poesía canaria contemporánea hasta el punto de que con su obra enlaza, en nuestra antología, con el pasado inmediato que figuran Rivero y Quesada, después de casi veinte años de vacío.

10. *Antología cercada y otros años*

Si Chona Madera es el punto preciso de nuestra poesía contemporánea con el que enlaza la narrativa cotidiana de Alonso Quesada, la *Antología cercada* (1947) recoge y continúa el hilo de aquella otra faceta de la poesía del autor de *El lino de los sueños*: la irónica y preocupada social según la acepción de más uso. /;

Para los poetas jóvenes el libro supuso una clarificación de propósitos (directamente para los que intervenían en él; por extensión para los que se beneficiaron de su influencia y del ambiente que creó); una inmersión en la problemática del hombre engranado a una sociedad que ha desterrado de sus hábitos los principios más elementales de la vida en libertad y respeto mutuo; el soliloquio amargo de una voz amurallada por esa no razón contraria a la dialéctica y que es obvio citar. Sin embargo, no todos los poemas incluidos en la *Antología cercada* responden a lo que cabía esperar de una toma de conciencia semejante, acaso por la inmadurez de sus autores.

Cuando hablaba en los anteriores términos de la *Antología cercada* pensaba concretamente en *Edicto*, de Pedro Lezcano, poema que, según creo, resume y justifica lo dicho. Lejos del tremendismo puesto en boga por *Hijos de la ira* y la revista *España*, el poema de

U². Lezcano se resuelve en un clima de sobriedad discursiva gracias al fondo de desenfado humorístico que atempera la tragedia que denuncia. ¿Cómo no conectarlo con Alonso Quesada y con lo dicho sobre él en la primera parte de este trabajo? Para Lezcano, como para Quesada, el ser excéptico que subyace en todo humorista no le impide participar en la lucha. Al contrario: generalmente van en vanguardia, al menos con su obra. U²

En años sucesivos, varios de los libros publicados en *Planas de poesía* (1949-1951), colección que orientaron los hermanos Millares Sall, llevaron a extremas consecuencias la postura inicial de la *Antología cercada*, politizando peligrosamente a la poesía. Decimos *peligrosamente* porque en dichos libros se descendía en calidad literaria lo que se conquistaba en aureola, no en eficacia, «anti-algo»; este «algo» extrapoético, desde luego. Su labor más positiva fue contribuir a mantener alerta la inquietud de los escritores más jóvenes que se iban incorporando al trabajo de la poesía.

Algunos de los poetas a que aludimos publicaron las primeras muestras interesantes de su obra en *San Borondón*, pliegos de poesía dirigidos por Manuel González Sosa, y de los que sólo aparecieron seis números entre Febrero de 1958 y Junio de 1960. Se caracterizó esta revista por carecer de una concreta exigencia prejuzgada, como no fuera la estricta calidad de sus colaboradores. Dado tal carácter aséptico, su labor no fue tan significativa como la de *Planas de poesía*, *Antología cercada*, e incluso *Mensaje*, publicaciones más extremistas y por ello más polémicas y removedoras. Cumplió *San Borondón* con una etapa transitoria den-

tro del contexto de la poesía canaria; y la obra de los tres poetas que más se significaron por la abundancia y continuidad de sus trabajos allí publicados, Manuel Padorno, Felipe Baeza y Arturo Maccanti, puede considerarse igualmente como estación de tránsito entre las tendencias garcilacistas y sociales de los años anteriores y las nuevas formas que adquiriría la poesía insular mediada la década del sesenta. No obstante, y a diferencia de la obra de Baeza o Maccanti, cuyas muestras últimas difieren escasamente de las publicadas en *San Borondón*, la de Manuel Padorno debe entenderse no sólo como transición entre terceros, sino como un estadio más dentro de su propia evolución.

Finalmente, en 1966, aparece el volumen colectivo *Poesía canaria última* que agrupa a doce poetas jóvenes cuya «obra lírica —dice Ventura Doreste en el prólogo a dicho libro— se distingue por el tono y la intención de la que han producido o aún producen los poetas de más edad». En efecto: estos poetas, y singularmente los cuatro o cinco que constituyen la parte más considerable del libro, sin abdicar en su obra de ciertas actitudes de inconformismo, han rechazado lastrarla con preocupaciones éticas y estéticas heredadas y ya ajenas a su propio sentimiento y convicción sobre la poesía y sus funciones. Cada día nuevo trae su propio afán y su búsqueda.

*Las Palmas-Wesleyan University.
Febrero y Diciembre de 1967.*

ANTOLOGÍA

Primera parte

LA ORACION DE TODOS LOS DIAS

¡Bendita la pobreza de mi casa!
Hoy la comida ha sido más humilde...
Mi madre ha sonreído tristemente,
pero había una paz en su mirada...

Yo gano el pan de una infeliz manera
porque yo no nací para estas cosas:
hago unas sumas y unas reducciones;
y así me consideran y me pagan...
Hoy hace cinco años que mi padre
me dejó este gobierno; cuando era
más amplia la ilusión, y la locura
pasaba por mi mente a enamorarse...

¡Bendita la orfandad, las privaciones,
el amargo dolor, y los caminos
por donde, sin oficio, voy andando,
profeso caballero de la Noche!...

Las seis mujeres de mi casa, dicen
que esta resignación me dará el cielo:
verdad será, porque lo dicen todas,
y ellas en esas cosas saben mucho...

Conformidad de toda pesadumbre:
¡Mañana moriremos!... [Los gusanos
todo nos quitarán menos la risa
petrificada en nuestra calavera!...

L!

¡Bendita sean las amargas horas,
la pobre compasión de los mayores
y esta inquietud de no saber mañana
dónde tendré el hogar y los ensueños!...

.....

Serenamente el mar viene a mi alma
en estas lentas tardes del verano;
sobre la arena de la playa aguarda
mi corazón la sombra que lo envuelva.
(¡Mi corazón de noche!... ¡Es esa dulce
y tenue claridad, que no es del cielo
ni de la tierra, y que en la noche tiembla
como una huella de la tarde ida!)

Y mi alma, tiende sobre el mar dorado
una esperanza de mejores tiempos,
en ese instante en que las cosas todas
por demasiado ciertas nos engañan...

¡Las venideras horas serán buenas,
y buena la verdad de mi reposo!
—digo, y bendigo la infantil creencia
de este mi pobre corazón, tan niño...

EL BALANCE

a Tomás Morales

Estos cuarenta ingleses esta noche se juntan
para hacer un balance porque termina el año.
El trabajo nocturno, si es trabajo de números,
tiene para estos hombres un voluptuoso encanto.
Van llegando puntuales. Sobre las altas mesas
van uniformemente los libros colocando;
luego sacan sus pipas; reposados encienden
y antes de dar comienzo beben un whisky agrio. Cva.

La oficina está plena de luz, y yo he venido,
como todos los días, con bastante retraso...
Ellos, que no toleran la indiferencia mía,
en su lengua, a mis modos, ponen un comentario...
Y el más viejo de todos, el tenedor primero,
—¡jaranero divino!— a mi entrada alza el vaso
y con una postura de orador de Hyde-Park
grita: —¡Brindo, señores, por el amigo Byron! Cva.

Los demás se sonrien —una burla británica.—
Yo sigo a mi pupitre y empiezo mi trabajo...

EL SÁBADO

a Domingo Rivero 1/A #

Son las tres de la tarde. La oficina está envuelta
en el oro marino que nos trae el verano:
ese oro que viene de estos mares los días
luminosos... ¡El oro del desierto cercano!... #

Dva.
El gerente ha salido para toda la tarde
a jugar la partida de foot-ball porque es sábado.
Los demás, como menos, seguimos la tarea:
¡el eterno pan nuestro, de tan eterno amargo!

Lentamente, las hojas de los libros, las mueven
estos ingleses jóvenes, tan hermosos, tan castos,
que el rubor los abrasa si contáis aventuras
que corristeis vosotros en los más locos años...
Yo tengo el pensamiento puesto en una columna
donde una araña teje... ¡lo que yo voy pensando!
Este decir lo ha dicho el cajero que sabe
mucho Dickens y tiene presunción de flemático...

Cva.
¡Oh, este mister Quesada con sus ensueños locos.
—Como el cojo poeta, es violento y romántico...
—¡El quisiera ahogarse como Shelley un día,
y ser pasto de hoguera frente a su mar atlántico!...

Yo siento este rocío de ironía, que cae
mansamente en mi alma, mientras reviso un cálculo.
Ellos, de suma en suma, van poniendo sus burlas
con esa suficiencia sonora de hombres prácticos.

—¡Oh las horas rurales de mi vida, perdida
en la evasión de un humo muy azul y lejano!...
¿Qué será, de este modo, cuando al umbral sereno
de la vejez arribe, sin haber comenzado?...

—El poeta no dice una palabra ahora,
que tiene el pensamiento de loco aprisionado.

—¿Por qué no dice nunca las trovas que ha lucido esa testa que odia el mayor y el diario?...

Como un presuntuoso brindador, el tintero alzo en mi mano y digo, conceptuoso y romántico: —¡Oscar Wilde fue el primer corazón de Inglaterra!; brindo, pues, por sus labios y sus ojos extraños, y por la complicada ternura de su alma y el ensueño sonoro de sus celestes años...

Ellos se ruborizan... Inclinan las cabezas y tornan, silenciosos, de esta vez al trabajo...

TIERRAS DE GRAN CANARIA

Tierras de Gran Canaria, sin colores,
¡secas!, en mi niñez tan luminosas.
¡Montes de fuego, donde ayer sentía
mi adolescencia el ansia de otros lares!...
Campos, eriales, soledad eterna;
—honda meditación de toda cosa—.
¡El sol dando de lleno en los peñascos
y el mar... como invitando a lo imposible!
¡Todos se han ido! Yo, desnudo y solo,
sobre una roca, frente al mar, aguardo
el mañana, ¡y el otro!...
¡Horas amadas
no nacidas aún! Ansias secretas
de esa perfecta orientación humana...

Tierra de amor, en lejanía —siempre
llena de luz para mis ojos crédulos—,
en estos campos sin color, mi alma
tiene el eco engañoso del Desierto...

En el azul están mis ideales
tan invisibles como las estrellas
en este atardecer... ¡Y sin embargo,
allí brillando están eternamente!

Campos de Gran Canaria, sin colores,
¡secos! en mi niñez tan luminosos...
¡Montes de fuego, donde ayer sentía
mi adolescencia el ansia de otros lares!...
Soledad, aislamiento, pesadumbre...
El corazón siempre en un punto misterioso
y el alma sobre el mar ¡blanca!... ¡El velero
que no pasa jamás del horizonte!...

(El lino de los sueños, 1915)

6

ISLA DEL BUEN CLIMA

Ciudad de mar. Buen clima.
Lo dice un libro y el diputado de la ciudad.
Buen clima: ingleses tuberculosos,
magistrados que se nutren sin cesar.
Estación de extranjeros,
de extranjeros de tarjeta postal.
Turistas de ida y vuelta. Diez y seis guineas

en barcos fruteros: gentes sin posteridad
con una familia lejana y honesta que aguarda
estúpidamente un telegrama con abrazo final.

Clima sano. Pasan las inglesas flacas.
Un sol tabarrista cae en la plaza comercial;
y los labios ingleses se tiñen de buen clima,
de clima rojo, llameante, sensual.
Los indígenas cruzan, hechos de clima bueno
como una acreditada pasta dentífrica mental.
(El hombre inteligente se avergüenza
de esta mediocre brisa del mar.)

Buen clima.

Clima oficial.

Cortesía del cielo, discreción de la Rosa
de los Vientos... ¡Cordura zodiacal!
Buen clima. Uniforme clima
como la estupidez. Clima ideal,
económico, sin gabanes sobre los montes
y sobre la eternidad
de las cosas vacías; clima vacío,
de una perenne y templada vaciedad.
Se piensa en calderilla. El pensamiento
—noventa y cinco céntimos lo más—
es otro clima cálido y benigno
que eterniza la siesta intelectual.

Buen clima. ¡Oh la atracción del turismo,
bigardonería de presidentes de sociedad!...
Fe del patriota terruñero que hace
de su Baedexcker, alfalfa espiritual...

14

ava.

**Yo estoy en medio de este clima localista
con una irremediable temperatura universal...**

(España, 1920)



POEMA TRUNCADO DE MADRID

(Parfleto)

CANTO TERCERO

**El territorio nacional
es una piel de toro extendida y curtida.
(Curtida de dolor).
Estoy en el centro de esa piel, un mediodía,
un mediodía bruñido de sol.
La calle de Sevilla tiene una gracia loca.
Todo el mundo se ríe menos yo.
Un títere andaluz con las nalgas pulidas
cruza sonando el ripio de su tacón.
Es una gloria. Da gloria verlo.
Una culebra que es un lagarto (superstición)
se espiraliza por la cintura
que es el secreto de su ovación.
Ovacionado. Lleva el aplauso
perennemente. Hay un rumor
que lo acaricia constantemente.
—Halo sonoro de la «afición».
Camina. ¿Acaso camina? Es lindo
como un extravío civilizador...
Alguien en la esquina sonríe y lo mira**

la mirada es un traje de luces
que roza las ancas. (La seda es mejor).
La calle de Sevilla. Un café afeitado.
Hombres afeitados. Voces sin pudor.
Un sombrero redondo
como un eléctrico ventilador.
Da el aire y la gracia. El pensamiento nacional
como una coleta, se cobija a la sombra
de este sombrero picador.
Diálogo. Un señor Belmonte,
negro, como el hambre, surge de la conversación.
Y un señor gallito —una serpentina humana—
pasión,
arte y ciencia,
álgebra superior,
astronomía, cálculo infinitesimal,
¡Dios!
aparece en la puerta lleno de luz celeste,
y su aparición,
serena la crisis del hambre,
la crisis de la revolución.
Se estremece la calle de Sevilla
con un profundo temblor
que repercute en México.
¡Triunfo! ¡Aproximación
hispanoamericana! ¡Novela
de Ricardo León!...
¡Oratoria de Maura! ¡Real orden de Cierval...
¡Nuevo Gobernador
en Barcelonal... ¡Apoteosis!
Función de Gala en el Español.

Cra.

¡La Niña Boba en la Princesa!
¡Retrato en ABC de Camprodón!
¡Excursión cinegética a los Picos de Europa!
¡Foot-ball!

Cra.

Cra.

¡Los reposteros nobles adornan La Bombilla!
¡Hace una crítica ~~Don~~ Julio Cejador!
¡Estreno de polainas en la Castellana!
¡Blasco Ibáñez se vuelve a Nueva York!...
¡Joselito es la patria! ¡El día vibra!...
¡En Flandes no se ha puesto el sol!

Ld

(España, 1920)

AMANECER DE OCTUBRE

Amanecer de Octubre.
La playa tiene
la vanidosa gracia
del arco iris.
Ha caído del cielo
esa lluvia infantil y tímida
que no quiere llegar al invierno
porque aún tiene rayos de sol que la acarician.
Todo el amanecer
es de una extraña pureza antigua.
El arco iris
con una brillantez de alegoría
curvaba con su seda el vientre enorme
del agrio nubarrón que encadenaba al día.
El mar es como un sueño de mañana

—tal su borrosa paz íntima—
como ese sueño blanco y breve
del hombre de oficina
que quiere dormir siempre
un epílogo de sueño
antes de la ablución sacrílega.

Mi corazón que es ya apenas
importante en la línea
sentimental de las cosas,
sin embargo sentía
una discreta emoción marinera
y casi una tentación metafísica.
Pero quedóse al pronto
tan turbado y triste
porque volvieron los pasados días
a recordar las horas solitarias
frente a esta playa perdida...
Y entonces fue como una sombra extraña
entre la turbia claridad dormida.
¿Era el recuerdo?... ¿Mi camino, entonces,
mayor dolor y soledad tenía...?

EL VIEJO MAYORDOMO

El viejo mayordomo,
Juan, el de Guayedra,
ha venido a traernos
las doradas uvas de su viña...

Las muchachas pequeñas
lo han sentado a la mesa familiar
y el viejo ha recontado nuestra infancia
de la que apenas hay recuerdo cierto.
Lleva el viejo en la frente,
que es como un campo antiguo y sosegado,
ochenta años de piedad agraria;
y aún sabe, como ayer, nuestros caminos
que su mano leal guió mil horas.
Y dice, pacíficamente,
como una sorda campana
de mediodía caluroso y turbio,
que una tarde lejana,
camino de la ermita
de la Montaña
rugió la tierra como un dios herido
y el hombrecito —yo— todas las mozas
temblamos de pavor, menos la hermana
de los ojos de mar, la más pequeña,
esta que tiende sobre el hombro mío
las dulces manos de la madre muerta.
Todo lo aviva el viejo
pero lo más perdido
mejor le nace en su memoria y dice:
«Esta es Paulina, la recuerdo ahora
porque está junto a tí. Yo le cuidaba
sus cuatro años de oro... El nieto mío
era moreno como el pan de trigo
que nutrió en casa una salud de árbol...
Perdióse el nieto por el valle dilatado
del silencio... Decías cada hora:

**Este mozo galán
será mañana el bello novio mío.
¿Te acuerdas? ¡Ocho años! Ocho años de amores
sin saber que no es paz la muerte niña...!»**

**El viejo cuenta. Y como el día es corto
y la noche se acerca y él es viejo
se duerme en el sillón de antigua leña
lugar de todos los abuelos muertos.
El oro del sol
en las campiñas remotas se extiende.
Luego, busca refugio en los cabellos
de Paulina. El campesino amigo
espía en el sueño nuestra infancia entera.
Y la moza, en los surcos de su frente,
le siembra la semilla de sus besos...**

UN JESUITA PASA POR MI LADO

**Un jesuita pasa por mi lado.
Mira punzante y se va.
¿Me conoce? No importa.
Soy el gran enemigo local.
El sordo enemigo que no saluda
al obispo. La impiedad
corporizada.
Un mudo corolario
de pedantería liberal.
Demagogo, como el barbero de la esquina,**

**ateo espectacular.
Sanguinario, como un persa;
sindicalista, como un catalán...
Luego
mi celebridad
es sencilla.
En este lugar de ultramar
uno puede ser ilustre
con facilidad:
no saludando al obispo
y dejando la testa cubierta
cuando cruza su Divina Majestad.**

**Luchemos. Una tarde, un letrado
dice: ese idiota me revuelve el mal
interior, cuando lo veo
pasar.
Como un taladro, su memoria
desde la coronilla al corazón me va.
Y ya véis, uno pasa
sin luchar,
pacíficamente,
como un anciano fiscal
y está luchando sin saberlo
con un abogado astral.
Corren los años. Uno no ha sido nada.
Se muere, sin variar,
después de haber fumado
su pipa
como un viejo marinero
a la orilla de la mar.
Y ha acabado su lucha.**

¿Cuál?

La lucha de una sombra
con una posibilidad...

Orgullo. Llega la muerte del mes
y uno no tiene dinero. ¿Qué más da?

Pero compra un libro... uno...

Los *Ensayos* del Sr. Montaigne.

Y la vida solloza entretanto...

Vamos camino de la ciudad
hojeando el libro,

como un número humano más.

Pero el médico obstétrico

o el especialista en el sendero intestinal
cruza con el hongo de sus aprobados
sobre la sombrera craneal.

Mira y —¡vanidoso!— exclama
desde el fondo de su ciencia de hospital.

Y uno va leyendo el libro
sin sospechar nada, en paz.

Y después viene esa cosa, oscura y fría,
que llama la Intrusa

el excelso poeta

don Polidoro María Bernard

y uno se vuelve hacia arriba

con una hinchazón lívida y teatral...

Y ese es el orgullo insospechado
de nuestra magnificencia terrenal.

El ojo psíquico del clínico
no falla jamás.

Y luego... necrófagos
y esqueleto final.

á

Ha pasado sobre nuestra vida
la estulticia de la historia provincial.
Pero hasta el mismo fondo del osario
roe la carcoma de la gris igualdad.
Y los huesos romos
luchan con la tierra vanamente.
¡Oh! si pudieran taladrar la tierra
ellos, infinitamente más
que un rayo celeste
hasta hallar
el hoyo más profundo
de la única entraña solitaria...

Y AL FIN LLEGASTE CON AMOR DISTINTO

...Y al fin llegaste con amor distinto,
con el único amor de mi trabajo.
Eres dorada y fina, pero tienes
un moreno valor dentro del ánimo.
Hemos hecho el camino
hacia los montes; a pie: camino áspero.
¡Sol y silencio! Un leñador te mira
porque eres viva y tu mirar es claro
y las pupilas leñadoras tienen
lentitud luminosa y mirar más hurafío.
¡Yo vi entonces en tí
que se nutría tu espíritu
de mayor claridad...!
Tu corazón es como un árbol.

**Y tu ensueño
como las pensativas noches de estos campos.**

**Te vuelves de pronto hacia mí,
—vas como una corza, delante, guiando—
te vuelves hacia mí
y tu amor maravilloso
de natural maternidad rociado
me lleva cuidadoso
de tu delgada mano...
¡Amor eterno, reflexivo y serio
como el silencio del arado en tierra!**

**Cuando acaba el camino,
sobre la cumbre azul, el viento azota
el rincón aldeano de tu alma
y sobre el amplio llano verdecido
me siembras la verdad de tus palabras.
¡Día primero del amor! Mujer,
toda mujer para una vida. Sana
compañera perfecta de una idea
más mía cada vez: escucha y calla.
Escucha el agua del arroyo, escucha
su remoto rumor. De la montaña
viene un eco profundo y sensitivo...
¡La emoción de la tierra es el agua...!**

**Al retorno, el crepúsculo de oro,
de acero y de fuego,
la quietud de tu asombro amoroso decora.
¡Es más que silencio!
El olor del hogar cercano**

—leña y aroma de tu alegre limpieza—
se pone contento.

¡Contento está el olor! Llega a tus labios
y se hace un punto de color en ellos.

—¡Abre la puerta, igual que tus brazos!
Y la casa tiembla igual que tu pecho.
Y ahora es tu aroma de mujer intacta
que alquitara mi amor imperfecto...

¿Mi corazón será este hogar sencillo?
¿Lo harán tu mano y tu piedad eterno...?

EN EL SENDERO ESTÁ LA MISMA PIEDRA

LÁ

En el sendero está la misma piedra
de ayer. ¿Quién ha pasado
en la tarde tranquila sin mirarla,
si ella espera la luz de las pupilas
para ir haciendo un caminito humano?...

¡Mañana ya estará en la encrucijada
con la humildad de esa mendiga eterna
de los caminos solitarios!...

(El silencio
se aquieta, como un viento, porque brote
con infinita claridad de oro
la mirada cordial de mis pupilas.)

(*Los caminos dispersos, 1915-1925*)

○

DOMINGO RIVERO

A TOMÁS MORALES

/ A

Apolo te conserve la fuerza y el reposo,
nieto de labradores, que en tus estrofas juntas
el pulso del yuguero y el ritmo poderoso
con que en el campo avanzan las sosegadas yuntas.

Por ti surgiendo van, en amplios medallones,
los viejos campesinos de continente austero
y trajes que dejaban holgar los corazones
tejidos toscamente en el telar casero.

Allá, entre sus montañas, cumplieron su destino;
profunda fue su huella y corto su camino...
Tu pluma los evoca junto a la fuente clara

con que regar solían en lo alto de la sierra,
y, atávica, tu mano, en vez de escribir, ara...
Trazando sus figuras sobre la misma Tierra...

(El Apóstol, abril 1911)



DE LA ERMITA PERDIDA

De la ermita perdida
en la falda del monte solitario,

imagen de mi vida,
entre ruinas se eleva el campanario.

Mi vida fracasó; desvanecidos
contemplé mis anhelos; y mis hombros
siento que ya vacilan, doloridos
de sostener escombros.

Pero en mi pecho se conserva sana,
como en mi fuerte juventud lejana,
la recóndita fibra
donde, cual entre ruinas la campana,
el ideal aún vibra.

(La Pluma, enero 1914)

A MI VIEJO BARBERO

Quando en el bosque de mis crespas canas
ves una hebra oscura, buen viejo, te alegras,
pensando que antaño sus blancas hermanas
—¡mentira parece!— también fueron negras.

A manos más ágiles, la tuya prefiero
que en días felices me afeitaba el bozo;
y a charla moderna tu hablar de barbero
antiguo que evoca mis tiempos de mozo.

Mi vida conocen tus viejas tijeras,
que entre mis cabellos —¡hace tantos años!—
cuando aún eran negros cortaban quimeras,
y hoy entre mis canas cortan desengaños.

(Pro. Díaz Quevedo: El Libro de los Poetas 1925)

mayo, 1920

Lú

TÚNEL SOMBRIO

Túnel de mi dolor, senda escondida:
te empecé a recorrer cuando era fuerte
y viejo me aproximo a tu salida.
Lo andado entre tus sombras es mi vida,
y el llegar a la luz será mi muerte.

(L. S.: Domingo Rivero. Cartel/ enero 1922 octubre 65)

YO, A MI CUERPO

¿Por qué no te he de amar, cuerpo en que vivo?
¿Por qué con humildad no he de quererte,
si en ti fui niño y joven y en ti arriba
viejo a las tristes playas de la muerte?

Tu pecho ha sollozado compasivo
por mí en los rudos golpes de mi suerte;
ha jadeado con mi sed, y altivo
con mi ambición latió cuando era fuerte.

Y hoy te rindes al fin, pobre materia
extenuada de angustia y de miseria.
¿Por qué no te he de amar? ¿Qué seré el día

que tú dejes de ser? ¡Profundo arcano!
Sólo sé que en tus hombros hice mía
mi cruz, mi parte en el dolor humano.

(El Tribuno, 4 agosto 1922)

EL HUMILDE SENDERO

Nunca aspiré a la gloria ni me atrajo
de la fama el estruendo,
ni soñé que mi nombre
pueda en su libro recoger el tiempo.
De esa ambición mi corazón no sabe...
Pero cuando contemplo
por la noche, del campo en el retiro,
el humilde sendero
que hollaron pobres pies que ya descansan,
borrado en parte, blanqueado a trechos
a la luz de la luna, y que condujo
a un apartado hogar, ahora desierto,
mi terrena raíz se reverdece
y acaso a veces pienso
con humana emoción: así quisiera
que en la tierra quedara mi recuerdo.

(La Pluma, octubre 1922)

G

SALVOCHEA

Yo conocí en París, en el año setenta,
a Fermín Salvochea, entonces emigrado.
Allí, siendo apacible, forjaba la tormenta:
de sus ideas fue apóstol y soldado.

Gastó en luchar, sereno, su vida turbulenta;
su frente ungió el presidio y al fin murió olvidado.

En medio de esta España sumisa y soñolienta
a mi memoria vuelve surgiendo del pasado.

Y acusarnos parece su fe republicana,
que generoso amor por los humildes era;
y el alma entumecida mira ondear, lejana,

la señal redentora de su roja bandera
que un día vio la hambrienta campiña jerezana
flotar como en el viento la llama de una hoguera.

1925

(L. S. / Poesía canaria. Caracola, octubre-noviembre, 1965)

L: O

SILLA DE JUNTO AL LECHO

Silla de junto al lecho que la figura adquieres
de mis cansados hombros al sostener mi traje:
sostén de mi fatiga paréceme que eres;
tú me hablas en silencio; yo entiendo tu lenguaje.

La lámpara agoniza y tu piedad escucha
entre la ropa aún tibia el palpitar del pecho.
Yo pienso que mañana ha de volver la lucha
cuando de ti recoja mi traje junto al lecho.

Y en la callada noche, humilde silla amiga,
mientras de ti pendiente parece mi fatiga,
siento crecer la fuerte virtud de la paciencia

mirando de la lámpara bajo la triste luz,
tu sombra que se alarga, y evoca mi existencia,
y alcanza los serenos contornos de la Cruz.

(L. S. / Domingo Rivero. Cartel, octubre 1965)

L: O

Segunda parte

JUAN MEDEROS

Lí

ELEGIA DE LAS COSAS

Como muerta materia sumergida
en olas de silencio siempre inmóvil,
hay seres casi mudos, casi ciegos,
que junto a nuestro cuerpo su callada
verdad dicen. Avanzan como ríos
de llanuras, y un tiempo sin horario
pone sobre su clara superficie
una corta fatiga, una negrura
indefinible, como muerte rápida.
Son las cosas: paredes blancas, grises,
eternamente quietas, aguardando
al sol de la mañana o tarde lenta:
gracia leve del oro o de la seda;
es la dulce madera de la silla,
de la mesa; el metal de la campana
que a veces suena sin que nadie quiera;
la ventana asomada a los caminos,
abierta siempre como fiel sonrisa
al llanto de las horas, a la lluvia.

¡Oh, el oscuro hallazgo de las cosas!
La sangre gris del tiempo, detenida,
pone bruma de tarde, pone sombra
de muerte por su rostro que adivina
el vuelo de las horas, el hallazgo
sin nombre de la muerte en nuestra frente.

(*Luces y sombras*, n.º 2, marzo 1946)

G

CHONA MADERA

AUSENCIA

El día que te deje, definitivamente,
tú tendrás este aire de todas las mañanas
cuando yo me levanto para empezar el día,
cama que me cobijas, blanda, mullida cama.
Y pensar al mirarte así, desarreglada,
que tú serás quien diga más de la ausencia mía.
Porque, ¿habéis visto algo que más hable de un muerto,
que al entrar en su cuarto, ver la cama en desorden, ver la
[cama vacía?

Nada tendrá la fuerza que tú en ese momento.
Ni la caja en que yazca —que será cosa nueva—.
Ni todo el aparato de los paños mortuorios.
Ni la luz amarilla que difunda la cera.
Por eso este beso ahora, esta larga mirada,
que una ternura siento por ti, de despedida...
Por la paz, y el descanso, que eres para mis noches.
Porque no podrá ser, en el último día,
la mirada, y el beso, y este íntimo instante,
y la flor de mi verso con la ternura mía...

(El volcado silencio, 1947)



EDICTO

Ciudadanos: seguid gallardamente
de pie sobre la acera.
Y vestid a ese muerto
de etiqueta.
Columnas sois, pilares
de la ciudad moderna.
Sostenéis en los hombros
las altas chimeneas,
y no podéis moriros
como un hombre cualquiera.

Queda prohibido terminantemente
morir en calles céntricas.

Amad, sufrid, llorad privadamente,
bajo la axila de las escaleras,
en las lejanas tapias,
en las cunetas.
Cuando al mandato de la noche alumbren
simultáneas estrellas,
llorad, sufrid, amad, matad acaso,
calladamente y en tinieblas.
A oscuras, en el hueco designado,
donde nadie os vea,
gesticulad, gritad ante un espejo,

**acuchillad muñecos de madera,
pisotead los códigos civiles,
desnudaos de las telas.
Pero al regreso de la luz se exige
vuestro antifaz, vuestra antialma puesta.**

(Antología cercada, 1947)



VENTURA DORESTE

PALABRAS DE AGUSTIN

15

Vosotras las palabras libremente nacidas
que traéis todavía la sonrisa de la aurora,
con las breves cinturas desceñidas
y los pies derramando sigilosos
el rocío de flores intangibles:
vosotras sois las dueñas de este mundo cansado.

(¿Dónde vuelan las sombras, el silencio mordido,
cuando la luz sonora se derrama?)

Apenas la dormida y triste sangre
—el río del deseo—
recibe vuestro soplo inesperado,
vuelve a sentir su calidez dorada,
la permanente lluvia de verdad y belleza.

Y el amor y la muerte son de nuevo posibles.

El amor y la muerte todo lo encierran,
pero desaparecen helados, invisibles,
hasta que retornáis
como salidas del aliento puro,
inextinguible, necesario y dulce.

Oh palabras nacidas libremente,

tan libremente puras que el aire y vuestro cuerpo
son idéntica cosa;
tan libremente puras,
que podéis ascender sin llevar alas.

Y para nada cuenta
el raudo transcurrir del leve tiempo;
palabras que iluminan, relámpagos del sueño.

La libertad del hombre sois vosotras,
palabras sin cadenas, puros cuerpos de luz,
palabras de desnudas alas blancas.

Libertad y palabras: sois una misma cosa
cuando la luz sonora se derrama,
cuando al fin se repliega
el silencio mordido
y del sueño renace la aurora presentida.

(En) / La estrella y el corazón, (de A. M. (1949))
L y L y

HORIZONTE

**No es verdad que el momento no tenga una salida
es mentira que el hombre camina hacia la muerte
y que ya no es posible darse al mar de otra vida.**

**Existe un horizonte que cambia nuestra suerte
un espacio infinito que nos abre sus puertas
y un eterno futuro de esperanzas abiertas.**

**Existe todo un tiempo de vírgenes canciones
de júbilos que aguardan en estado salvaje
de terrenos propicios para audaces acciones
y de cumbres que cambian de continuo el paisaje.**

**El día va cediendo mas el sol no se apaga.
Un nuevo día habrá se hará pie en otra orilla
cuando la noche lenta por la acción se deshaga
de la luz que en las alas de los pájaros brilla.**

**Montaremos el viento mensajero del alba
viajarán nuestros ojos en la rápida estrella
llegaremos a tiempo de ver cómo se salva
la humanidad que en ríos adversos se atropella.**

**Se va a marchar el miedo definitivamente
y el peligro no puede resucitar mañana.
Vamos a disfrutar la vida inmensamente
el cielo siempre azul la tierra toda llana.**

(La estrella y el corazón, 1949)

0

I PEDRO GARCÍA CABRERA

COMPAÑERA TE DOY #

A Sebastián Mora Mora y Julia. #

El aire del hogar
no es aire a la intemperie;
está domesticado, tiene anillo
y se frota el hocico en el espejo
donde te anudas la corbata.
El aire del hogar, su blanco aliento,
es una primavera de color,
el perrillo faldero de tu compañera.
Piénsalo ahora en su trajín. La sigue
hasta las puntas de sus dedos,
donde los frutos de los movimientos
maduran lo que tocan:
ya sea el libro en que se acuestan a dormir las ideas,
ya el juguete que ríe en los zapatos de los niños,
ya el jazmín que florece la mata de salvia de su cabellera,
ya el hornillo en que canta el agua hirviendo.
¡El aire del hogar! Míralo, óyelo
como sigue, por veredas de sangre,
el decir de sus manos,
viviéndole por dentro crisálidas de tactos,
madrigueras de coyunturas,
mariposas de ademanes,
madreselvas de ternura,
cuando trafica cacerolas y porcelanas,

**o le pega un botón a la camisa,
o le da de beber a los pollitos.
¡El aire del hogar!
Allí te espera y sale a recibirte,
meneando la cola como un perro,
la sonrisa del pan sobre la mesa.**

(1949)



EL NUMERO 3

A vosotros me dirijo, pobres aeronautas de la rutina,
a vosotros que nacisteis con un número enfermo en mitad
[de vuestras miserables pupilas,
que ceñís al cuello sudoroso una palabra almidonada,
ya dicha en ese tono entre severa y patriarcal;
a vosotros que respetáis la morbosa ondulación de un vientre,
o el pulgar trabado en las axilas de un chaleco,
o bien el oro dulce que encadena la hora exacta de vuestro
[vulgar trabajo.

Bajo la luz eléctrica,
bajo la gran pantalla que ilumina vuestros cálculos,
bajo la espesa atmósfera de las horas que se pudren
naufraga la matemática de los estómagos,
cuando ya reventados vuestros cerebros de mosca en-
[venenada
por la enorme factura de una suma repetida año tras año
regresáis a un hogar sin manteles, de huesos de aceituna y
[arenques putrefactos.

Si, a vosotros me dirijo, pobres aspirantes del pupitre.
Sois como el número tres, consumidos y jorobados,
danzantes apresurados de una hora exacta,
navegantes dormidos por estrechos corredores de saliva,

**anémicas moscas de una sociedad endomingada, ya revoloteando, mendigando,
por entre las mesas una suma que resta vuestros bolsillos,
una suma que multiplica vuestras miserias.
Por vuestros sudorosos cuellos de algodón endurecido
se deshace la masa gris de vuestras mensuales inteligencias,
de vuestras terrenales opiniones.**

**Sí, a vosotros, que sois como el número tres, me dirijo.
Quisiera poder deciros
cómo aborrezco cada latido de vuestros corazones de perro
[con librea,
porque no tenéis la sangre suficiente para dirigir una palabra
hacia esa altura desnuda en la paloma,
sin que se acobarde y se estire como una lengua babosa
por las ensortijadas manos que os consume;
porque carecéis de espíritu,
porque habéis nacido como un número,
como el número tres,
débil y rastrero, sin voluntad de hombres, sin voz,
con los pies ya arrastrados por la loza oscura de vuestros
[pensamientos,
de vuestras voluntarias amarguras.**

**Sí, a vosotros me dirijo,
a vosotros porque era necesario hablaros duramente, pobres
[aeronautas de la rutina,
para que de una vez sepáis qué pienso
cuando dulcemente os inclináis sobre los números,
cuando dulcemente os rebajáis ante un chaleco bien planchado;
qué pienso de vuestras dormidas lenguas de pájara,**

de vuestros dormidos corazones de lagarto,
de vuestras incansables reverencias,
de vuestros estériles vientres, muertos de frío en esa escala de
[vuestros oscuros nacimientos.

Sí, duramente quería hablaros,
hacer ceniza cuantas opiniones encabezáis rectamente,
hacia la desvergonzada razón de vuestros amos.

Sí, pobres aeronautas de la rutina,
qué dura será siempre para vosotros la sonrisa,
si no sois más que un número,
el número tres, el más terrible de todos,
porque nació con esa breve inclinación hacia el pupitre,
jorobado y anémico, exactamente a una hora en punto,
ni más ni menos. Como el número tres.
A las tres en punto exactamente.

(Liverpool, 1949) G

ROMANCE DEL TIEMPO

Hace veintiocho años
un carpintero en mi pecho
—martilla que te martilla—
está construyendo un féretro.
¿Hasta cuándo? me pregunto,
pero nunca me contesto.
Vivimos para ganarnos
la vida, mas la perdemos.
Viviendo, para vivir
apenas tenemos tiempo.
¿Tiempo? ¿Y qué es el tiempo? ¿Oro
o plata sobre el cabello?
El mercader ríe y canta:
Oro o plata, al fin dinero...

Setenta latidos míos,
ciento veinte de mi perro.
Esto es el minuto. El alba
se acerca siete mil metros,
da un solo paso la muerte
y Dios acaso un bostezo.
Un perro, la aurora y yo,
pasos de la muerte, metros...
Minuto, insondable arcano.

Dios, la aurora, yo y mi perro.

**¡Oh tiempo, tú en todas partes!
Verde o gris sobre lo negro.
Terrible huracán de garras.
Tú, constelación de insectos.
Tú, los limadores mares.
Tú, los corrosivos vientos.
Tú, la lepra de la esfinge
y el telón del pensamiento.**

**Aire de nuez, gota de agua,
cuenco pequeño del pétalo,
dulce hexágono de abeja,
alto nido, hondo hormiguero...
¿no hay un rincón olvidado
en la memoria del tiempo?**

**El gusano alcanza al águila
sin levantarse del cieno.
Para el hilván de la muerte
la cana es hilo perfecto.
Surco de siembra es la arruga
y el tiempo es el cosechero.**

**¡Ay moribundo impaciente,
no pidas urgencia al péndulo
ni quieras que se detenga
la sombra que está cayendo!...**

**De sueños es el futuro.
De suspiros el pretérito.**

**¿Qué mutación milagrosa
me hace decir «Yo soy Pedro»
no siendo ya quien lo dijo,
porque quien lo dijo ha muerto?
Yo soy Pedro y ya no soy.
Ahora soy otra vez Pedro
y ya no lo soy por ser
el Pedro del otro verso.**

**A veces se encharca el agua
y en un charco cabe el cielo,
y nacen larvas durables
—eternidades del cieno.
Pronto el agua rompe el dique
para seguir transcurriendo.
La blasfemia de lo erguido,
de lo astado, de lo eterno,
la rebeldía del mármol,
la hoja perenne, mi verso,
la fama, la idea, el yo...
Sueños de sueños de sueños.**

**Yo por dormirme he contado
las flores de un bosque entero,
las gotas de un oceano,
y me he quedado despierto,
marchando al compás que ordena
este tambor de mi pecho.**

**Cruzar el espacio es fácil
desde este a aquel universo.
Yo iría a la luna, amada,**

sobrevolando luceros;
sencillamente al espacio
se le asesina en un beso.
Pero volar sobre un día,
saltar en vilo un momento,
ni las alas de la música,
ni el ave del mal agüero,
ni los éxtasis dulcísimos,
ni los puentes del recuerdo.

¡Más deprisa, más deprisa!
No hay grito que apremie al tiempo.
El corazón y las sienas
son dos relojes latiendo.
Una clepsidra es el mar,
un reloj de sol el cielo,
la playa un reloj de arena,
el hombre un reloj muriendo.

¡Oh tiempo, oh cambio, oh destino!
Oh: interjección del misterio.
Cero y hache, glosa huera,
vaciedad del boquiabierto.

Antes, ahora y después.
Tres personas de un dios. Creo.
No entiendo y, como soy hombre,
adoro lo que no entiendo.
Leo en los libros más sabios:
«Primeramente era el verbo».
Pero antes del verbo, antes,
era el adverbio primero.

**Primero el primeramente,
el orden dentro del tiempo.**

**¡Tiempo, tiempo, un dios que muere
eternamente cayendo
desde la cima del cosmos
al hondo pie del misterio...!**

**Soñar no es pecado, amigos.
Soñemos que el tiempo ha muerto:
El sol, un péndulo inmóvil,
queda suspendido y yerto.
El film de Dios, detenido,
fijo en un único gesto.
Los pájaros, de veleta,
cesantes de trino y vuelo;
las nubes de lienzo antiguo,
los ojos sin parpadeo,
los puñales en la carne,
la fronda sin voz ni viento,
las mentes en una idea
y los pies en un sendero.
Todo el orbe es una lápida
dormida en un cementerio.
Merced al tiempo vivimos
como por él moriremos.
Vivimos porque morimos,
vivir es nacer muriendo.**

**Tiempo, inmortal moribundo,
la vida es tu eterno duelo.
Lefía humana en tu dolor.**

Arde el universo entero,
en luz, en sangre, en canción.
El mundo es tu cirio ardiendo.

No me agobian novedades;
lo implacablemente viejo
me atormenta como a Sócrates
o a Diógenes Laercio.
¡Oh Aristides de Cirene!
¿Cómo pudiste creerlo?
¿Cómo quisiste pintar
rosas en rosado lienzo?
Si la rosa con el rosa
o la pena con el duelo
desaparecen cual perlas
junto a los ojos de Venus.
Enlutar al mirlo blanco
es sueño de mirlo negro.
Pero lo blanco es tan blanco
porque lo negro es tan negro.
La vida es daño y placer
hermanados en secreto.
Hay lágrimas en la risa
y risa en el sufrimiento.
El negro carbón da luz
y el resplandor deja ciego.
La rosa sobre el sepulcro
y en mi corazón mi féretro.

Todo es vida, hasta la muerte,
que es filo de lo concreto.
Todo es vida, llamada

del esplendoroso incendio.
El tiempo, inmortal agónico,
contempla su cirio ardiendo.

¡Quién vive! he gritado yo,
y me ha respondido el eco.
Y he puesto el oído en tierra,
pero el mundo estaba muerto.

Roja es la sangre, bien roja,
como la aurora y el fuego.
Igual que el fuego es la sangre
y ha de incendiar como el fuego.
¡Oh Lázaros de la Tierra,
levantaos ya del sueño,
que el miedo ponga a los hombres
en pie como los cabellos!

Ay si los hombres quisieran
salvarse salvando el tiempo.
Sacudir de sus miradas
el letargo de viajeros.
Tener tiempo de escuchar
el crepitar del incendio.
No dormir en la vela.
Escuchar y tener tiempo.
Oirse vivir, oirse,
con el oído en el pecho,
zarpas fieras en los ojos,
uñas de felino fiero
sobre la reliquia en fuga,
sobre el huyente recuerdo.

**Clavos clavados, arpones...
¡Ay si los hombres quisiéramos!
Plasmar cada sombra en mármol,
grabar cada nombre en verso,
frenar con los pies el mundo
apretándolos al suelo.**

**Henchir de vida el instante
en un insomnio frenético.
Encinas atornilladas
al suelo y al firmamento,
cerrando el libro del mundo
en un obligado beso.
Chorros de savia, de rabia,
locos de vela y de vuelo,
anclas al mar y a la estrella...
¡Ay si los hombres quisiéramos!**

**Pero no queremos, no.
Viajeros, siempre viajeros...
Huye el monte atrás, el río,
la casa, el valle, el otero.
Y en el último recodo,
un niño de niebla y sueño
tiene los ojos en llanto,
sus ojos que son los nuestros,
ojos que pronto serán
dos madrigueras de miedo.**

**Tiempo, tiempo, tiempo: Dios,
la aurora, mi alma y mi perro.
Arde el cirio. Cae la rosa.**

¡Hay que vivir! Yo me muero.

El verso se está acabando.

Qué lástima de mi verso.

Luz, más luz. Rima, más rima.

Prosa. Tiniebla. Silencio.

(Romance del tiempo (1950))

C

COMO TODAS LAS COSAS

Como riega la planta el jardinero
Como forma el tipógrafo la masa
Como conduce el carro el carretero
Como elabora el pan el panadero
Como construye el albañil la casa

Como alimenta el surco el campesino
Como los hijos cada padre engendra
Como pulsa los mares el marino
Como la uva se traduce en vino
Como se pone a madurar la almendra

Como alumbra el poeta la palabra
Como se obtiene lana de la oveja
Como se ordeña el ubre de la cabra
Como la caja el artesano labra
Como liba las flores una abeja

Como viene del sol la golondrina
Como surgen la col y la algarroba
Como el carbón se extrae de la mina
Como se pule en el taller la encina
el cedro el palisandro y la caoba

Como la aguja hilvana los vestidos

Como se extrae azúcar de la caña
Como el amor despierta los sentidos
Como el pájaro vuela y hace nidos
Como remonta el alba la montaña

Como escala el cristal la enredadera
Como alumbra aceitunas el olivo
Como esparce colores la bandera
Como crece indomable la palmera
Como florece el llanto colectivo

Como siembra la voz la melodía
Como en tiempo de paz se esparcen granos
trabajo por crear un nuevo día
movilizando el aire y la alegría
con la lengua los ojos y las manos

Creando estoy un mundo donde el hombre
goce la libertad que no se cierra
vea la luz solar sin que se asombre
y halle el amor sin pronunciar su nombre
en un lugar cualquiera de la tierra

(Ofensiva de primavera, 1931)

G

PINO OJEDA

DESEO INALCANZADO

Cuando esta tarde contemplaba el cielo que se mueve, que
[tiembla

cada vez que lo cruza una nube.

Cuando lo miraba desde abajo, sobre esta tierra tan llena de
[pisadas,

de bruscas pisadas de hombres, de niños que patalean,
de mujeres que le clavan despreocupadamente el alfiler de
[sus tacones.

Cuando cara al cielo deseaba asirme a una nube y descolgar-
[me en otro paisaje

donde pudiera saltar con la punta virgen de mis dedos sobre
[el verde vientre

como una nube más.

Cuando pensaba todo esto, aquí abajo aprisionada por la gris
invención de los hombres,

ahogada como el seno caliente de la tierra, he gritado.

He gritado hasta el último rincón del espacio,

hasta las últimas esquinas de estrellas rezagadas.

Y he gritado, porque no quiero seguir aprisionando mis pies
[con la piel

de secos animales.

Porque no quiero seguir cubriendo mi cuerpo con el alma
[desflecada

de los vegetales estoicos.

He gritado, sí, porque empiezo a sentir sobre mi cabeza, so-
[bre mi cuerpo,
sobre esta carne despreciable,
todo el aliento contenido de mis ángeles fracasados.
He gritado, porque quiero estar inesperadamente bajo el
[azul del cielo,
vegetal de campos sin huella, sin mi carne de hoy.
Como una fruta madura sobre la inalcanzable sencillez de
[la tierra.

(Como el fruto en el árbol, 1953) 0

JULIO TOVAR

1E

ME HABEIS QUITADO TODO

Me habéis quitado todo;
y ahora no tengo sino un muro,
una calle, una tarde de odio.

Un muro alto y hondo para escribir mi rabia,
para gritar mi lucha,
para nombrar las cosas que han quedado,
después de estar vacío;
de saberme tan sólo amargamente hombre.

Una calle tan larga, tan ancha, que no puedo
encerrar con mis manos,
recorrer con mis ojos;
decirle las palabras que ahora me quitásteis,
las palabras vestidas con la yerba del campo,
con el musgo vencido de los bosques,
con las huellas de barro,
con las pisadas,
con el rebelde grito del pastor,
con el odio de estar vacío, seco,
de esas otras palabras.

Y yo quisiera ser
doblado amargamente por la brisa;
vencido por los aires, .

por las piernas que olvidan los caminos;
no vacío porque me habéis quitado el alma,
porque tan sólo tengo las palabras prestadas,
el corazón prestado,
las ideas vendidas,
porque creí en todas vuestras cosas.
Por eso quiero estar lleno de odio,
rebotante de odio en esta tarde,
para saberme libre,
para poder gritar mi rebeldía,
y poder, otra vez, como si fuera niño
gozar el sueño de los olmos,
el júbilo del alma;
recorrer vuestras calles,
hundirme por las noches, gris y solo,
por mi soberbia soledad de hombre;
de hombre viejo y nuevo,
con mis caminos ciertos,
con mis ojos, mi sangre;
con las palabras mías, tristes y esperanzadas;
repetido mil veces en mí mismo,
libre, con esta libertad,
profundamente cierta,
sin saberme vendido para siempre.

(La Tarde, (1934))

0

AGUSTÍN MILLARES

ELEGÍA A LA VOZ DE MI PADRE

El tiempo se va y no espera
que yo le diga mi amor.
Me abandona toda estrella
—incluso la que orientó
mis pasos sobre la tierra—
y, hasta de tanto dolor,
el mismo dolor me deja;
mas no
el mensaje de tu lengua
que, aunque vuela el ruiseñor,
en mi corazón se queda.

Me dejan de dar calor
las ilusiones, se alejan
de mí los rayos del sol,
los sueños cantan su ausencia
y todo me dice adiós;
mas no
tu voz
que, aunque vuela,
se queda en mi corazón.

Me dicen que tengo hoy
que comprenderte en silencio
y no lo comprendo, no.

**Haría falta primero
para que no te oiga yo
que dejara, vivo o muerto,
de ser, padre, lo que soy.**

**Niño fui, y aún sigue siendo
de un niño mi corazón.
Todavía tu canción
me abre las puertas del sueño
y, a la salida del sol,
entre dormido y despierto,
aún me despierta tu voz.**

**Si mis labios florecieron,
si a mi ser condecoró
con una herida de amor
la justa mano del tiempo,
a ti, padre, te lo debo;
a ti, el mejor labrador,
ayer, de mis sentimientos
y, más tarde, jardinero
de mi palabra aún en flor.**

**Hoy por mi vida interior
corre el río de tu verbo.
Con encendida pasión
como la sangre lo llevo
en la carne y en los huesos,
y a su música me doy
como las llamas al viento.**

Si entre las fauces de un trueno,

**tu garganta se quebró,
mi corazón sigue lleno,
rebotante de tu voz
para que siga bebiendo
la luz de tu corazón.**

(Caracola) núm. 59, 1957)

6

15

FERNANDO GARCÍA RAMOS

EL TIEMPO EN MI CALLE

Mi calle es gris, recta y desolada.
Mi calle es una tarde monótona
y antigua.
Vecinas tiene disecadas
de no esperar a nadie
y ventanas sin nadie,
opacas y aburridas.
Mi calle es una tarde gris,
o una lluvia gris,
más bien unos pasos
de alguien ignorado.
Se oyen las horas de un reló,
y el tiempo no camina.
¿Fue ayer o hace un montón de años
cuando mi calle
era igual que siempre
a las siete de la tarde?
Se oyen voces de niños
confusas y redondas.
Y son niños antiguos
del tiempo de la guerra,
con cometas perdidas
y trompos olvidados.
Mi calle era antes de tierra

y piedras lentas
y tenía jardines y rosales
que han muerto
y tenía sueños, caracoles y hierbas.
Cuando llego a mi calle
no sé si es mi calle
este asfalto sin flores,
gris y silencioso.
Las ventanas me miran
asombradas y viejas
cuando llego distraído
de otras calles.
Y cuando entro en mi casa
—en mi casa de siempre—
me encuentro a mí mismo
escribiendo un poema.

(*San Borondón*, núm. 5, julio 1959)

G

FELIPE BAEZA BETANCORT

POEMA PARA LOS NIÑOS DE ESPAÑA

I

**Niños,
hijos de los guerreros, entretanto,
bajad la voz.**

CESAR VALLEJO

**Hijos de los guerreros, entretanto,
decid, niños de España, vuestro sino
del trigo y la llanura y el camino,
de vez en cuando un chopo. Alzad el canto.**

**Os crecerá en las manos, entretanto,
una dorada espiga, tibio el vino
de España colorado y campesino,
y la fúnebre cruz de un camposanto.**

**Esta es España, nuestra y honda, antigua:
la muerte que se sube a la cabeza,
un hombre que lo ha visto lo atestigua,**

**de vez en cuando un chopo, y la llanura
solemne y castellana, y la tristeza
cansada y española que me apura.**

(San Borondón julio, 1959)

G

|E

¿QUIEN RECONOCER PUEDE?...

En esta que ahora eres desde tus noventa años, desde tu prolongado sueño del que a veces despiertas y nos hablas; inexpressivo, ya quieto el dulce rostro, ¿quién de reconocer capaz es, la que conocí yo en ti y aún brillaba?

En tantas noches de teatro y salones en fiesta, qué esbelta tu figura destacaba. Gracia e ingenio eras, ¿dónde ahora? ¿Adónde van, oh Dios, el alto pensamiento, el vigor de los cuerpos y la gracia? ¿Hacia dónde para siempre huyen?

De cuántas bellas cosas tú el motivo.
De mis adolescentes años tú el recuerdo.
Cuánta juventud compartí contigo.

Sólo unas tardes hace, acariciando tu fina mano ya seca, todo un pasado se agolpó en mi frente; un pasado largo, en el que apenas un débil asidero —tu mano— le bastaba.

Cuánto no haría por así conservarte

de delicada, así de tibia, así de frágil,
casi sólo respiro, punto de luz, casi sombra ya...

De nuestra sangre —la tuya de la mía
no demasiado lejos— ya que sólo tú, dulce
Virginia, quedas, una generación desaparece...

Quiera Dios por aquí tenerte, y en otras
muchas tardes más y otras aún lejanas,
de nuevo pueda recibir de ti tanto recuerdo,
tanta vida; la que sólo tú, así de delicada,
así de tibia, así de frágil, casi sólo respiro,
punto de luz, casi sombra ya..., darme puedes.

|
|
|

HASTA ALLÍ NO FUE NADIE...

A Juan Sosa Suárez

I

—¿No sabes? —dijeron—
el tonto ha muerto
sólo
en unos días;
como era tonto nada decía,
nada sabía el médico...

II

Hasta allí no fue nadie.
Pero aquel día —ya
sin su voz,

sin el paso tardo de sus rotos caminos
de sonámbulo eterno—
le dio importancia el pueblo.
De él
se ocupó la tertulia del casino,
los de la plaza,
el barrio nuevo;
de pronto el pueblo
descubrió en su perfil de tonto
algo serio,
con carácter;
un no sabía qué
de elemento representativo:
como si en parte fuera el Ayuntamiento.
Y pensaron
con ligero sentimiento
en el hueco que dejaba su ausencia...
jamás sospechado
fuera así de notable...

III

Uno, de mezquina cabeza,
forastero,
no se sabe de dónde recién llegado,
como si de una rara planta
se tratara, dijo: —«Ahora
a esperar que nazca otro
¡quién sabe el tiempo!...»

IV

Siempre que el pobre tonto

pasaba por mi calle
—hoy triste—,
¡con cuánta piedad miraba
su enorme invalidez;
y una densa sombra (como la que
proyectan los árboles
de la vuelta del Molino)
oscurecía mi corazón
acongojado por su pena.
Por su pena..., que él no comprendía;
que él... no podía comprender.

(*Las estancias vacías*, 1961)

G

ARTURO MACCANTI

EL TIEMPO Y UNA CIUDAD

Tantos días pasando por aquí.
Triste o alegre, con la vida
pasando por aquí, o con la costumbre
de la vida —es igual— pero pasando
siempre por esta calle y esta plaza
con árboles; y siempre el oro viejo
del otoño dorándome la pena,
y siempre yo pasando,
pasando y despidiéndome de todos,
aunque nadie perciba en el adiós
que me voy alejando con la vida.

Tantos días pasando por aquí.
Tantos días, y un día sin quererlo,
al doblar una esquina, al ver al pobre
en su sitio de siempre, al cielo igual
con sus nubes dispersas me descubro
de pronto el alma envejecida o un hilo
de purísima plata.

Tantos días pasando por aquí.
Pasando a diluirme sin ruidos
en el ruidoso río de la vida,
que prolonga la lluvia cuando cae
de las oscuras gárgolas sin tiempo,

y yo pasando siempre,
pasando lentamente
o con prisa —es igual— no sé a qué parte,
si ya todo mi mundo es un pañuelo,
si ya le eché la llave al horizonte,
si ya puse mi sueño a ras de tierra
por donde voy pasando con la vida
o su mansa costumbre.

Tantos años pasando por aquí.
De pronto, sí, los años, y el adiós
que hasta ayer fue esperanza,
santo y seña del hombre,
se me muestra al decirlo con un sabor amargo
de desnuda palabra,
de trágica verdad.

Tantos años pasando por aquí.
Los árboles y el viento.
La tarde con campanas.
El amor encontrado, los rumores
de la marea humana y entrañable,
por donde, alegre o triste, estuve yo
tantos días pasando,
viviendo tantos años
—es igual—, y muriendo.

(*La Tarde, junto,* 1961)



MANUEL PADORNO

CUANDO ERA NIÑO

**Quando era niño tenía que jugar forzosamente,
saltar, correr mañana y calle,
arena y tarde.**

**Tantos como éramos por allí
donde tuvimos que vivir mañana y tarde y noche.**

**Todos juntos crecíamos,
tuvimos más edad, unos más altos,
otros más bajos,
se nos crecía la columna, el fémur, la ceguera.**

**Jamás faltaba nadie por allí,
tardaba poco;
éramos veinte o treinta,
de catorce a veinte años,
jamás faltaba nadie mañana y calle,
arena y tarde:
se nos reconocía,
se nos reconocía por el habla, el deje,
el salto, el mismo traje, por la piedra,
el clavo,
se me ponía la mano sobre el hombro,
se te ponía a ti,
se nos hablaba de tú a tú porque este era el trato.**



**Por aquel tiempo algunos fuimos callados,
otros listos, otros brutos, otros tramposos,
pero pensando que todo era temporal,**

**que pasaría todo aquello,
que habría que vernos luego convertidos en hombres,
en personas serias, en gentes respetables.**

**Ahora, luego: ese luego, hoy, aquel luego,
se nos reconoce, da pena, por el habla;
es terrible ser hombre,
buscar sitio,
salir de aquel muchacho,
pensar qué es esto.**

**Quedamos unos cuantos,
pero otros nos llamamos, seguimos unos cuantos,
otros se han marchado,
se han ido lejos, definitivamente,
también se han ido lejos pero viven muy cerca;
cerramos los ojos,
es terrible ser hombre,
salir de aquel muchacho para esto en que quedamos,
algunos rutinarios, otros locos, otros lejos,
otros heridos, otros muertos,
otros irreconocibles,
otros acechando.**

**Cuando éramos niños teníamos casi que jugar forzosamente;
luego —ahora—,
tenemos casi que recordarnos cómo éramos
para seguir a ver qué pasa con nosotros,**

qué habrá de sucedernos,
dónde clausurarnos,
en qué nicho enterrarnos.

Luego —ahora—,
esto de aquí es ser hombres, cada sueño está hecho,
cada cual sigue —ahora—,
sin excusas
mañana y calle,
arena y tarde,
pasando a ver, siguiendo a ver,
pensando a ver qué pasa con nosotros
en esta vida,
en esta tierra,
si esto también
habrá de ser por poco tiempo o ya
por todo el que nos queda,
a ver qué pasa con nosotros,
dónde parar,
qué habrá de sucedernos,
unos callados, otros locos, otros rutinarios,
otros acechando, otros muertos.

(*Juegos Florales*, 1961)

0

LUIS FERIA

LA ESPERA

a Marita y Ernesto Pérez Castro

Salía con el alba. Llevaba
ojos de sueño,
las manos azulosas, ateridas
con el viento delgado de noviembre
que se le entraba
por los guantes baratos de algodón gris.
Al andar, iba siempre con el paso tranquilo
acompañándolo a quien ya sentía.
Bordeaba los charcos sonriendo, cuidando
de no romper la imagen de su vientre.
En la fábrica, mientras colocaba
cajas, pegaba etiquetas,
iba absorbiendo el sol que entraba pálido,
lo convertía rayo a rayo en miel
que enviaba con presteza hasta su centro.
Cuando comía el bocadillo, a veces
se miraba pensando en los cristales
y se arreglaba el pelo deslucido.
De vuelta por la calle, a solas con dos vidas,
se iba convando casi sin quererlo,
ganada por tantísimo futuro
que de pronto se hacía demasiado,
miraba agradecida a otras mujeres grávidas
que la entendían.

En las tardes templadas, ya próximo el verano
que traería el grano para ella,
como temía a los coches y a los novios brillantes
que gritaban su dicha largamente,
se iba a casa cortando por el campo,
conformaba los brazos a la forma del vientre
y con las manos cóncavas
que velaban constantes sobre la llama débil
hablaba con su hijo mientras miraba al cielo.
Después corría un poco
para que el hijo conociera el aire,
se paraba asustada por si acaso,
les tocaba a los árboles la corteza, las hojas
tiernamente, una a una, y
preguntaba qué nombre le daría.
Si encontraba una flor entre la hierba,
la cogía con cuidado, se sentaba despacio,
la colocaba sobre el vientre, la miraba
como si fuese la primera flor
que hubiera visto
y casi lo sentía ponérsele de pie
para besarla.
Vino el tiempo de moras y exprimiéndolas
en el vaso de cobre que llevaba en la falda
quiso así asegurarle sangre roja, que fuera hombre seguro
el gozo que le andaba por la entraña.
Ya en la casa, con el puchero hirviendo sobre el fuego,
se cosía las medias, pelaba las patatas
apurándolas, regaba su geranio,
sorbía con cuidado la sopa,
masticaba despacio el pan moreno.
Se acostaba después, se palpaba los senos

**comprobando
que ya estaban dispuestos para darse,
en su punto la leche y el remate de miel.
Con la luz apagada sonreía tranquila,
recogida.
Primer hijo, pensaba.
Esperaba confiada. Respiraba. Dormía.
Sólo la luz del hijo iluminaba el cuarto.**

(*Conciencia*, 1961)

G

LO QUE A SOLAS NO FUERA SINO EL SUEÑO

Lo que a solas no fuera sino el sueño,
el silencio del aire, la serena
paz de este campo nuestro, tan inmenso,
que nada mueve al álamo ni al agua;
así, ahora, tan sereno
el pensamiento, la palabra recién dicha,
esta palabra que sirve para el nombre,
para tu nombre en piedra redivivo.

Aquí, tranquila ya. Tan hecha mármol,
norma o quietud. Resbala por tus formas
una luz ya tan nueva que la pátina
se hace rosado abismo, rosado mundo prodigioso,
mujer, al fin,
por mano de hombre conseguida.

Y luego, ¿el dolor, la angustia y las ideas?
Todo se ha remansado entre los diques
—bahía del retorno o del olvido—
para saber el mármol, el corazón que late
al ritmo de esa hora de la tarde,
en que todas las voces
parecen recién dichas.

Nada podrá romper esta armonía.

**Nada podrá quebrar el mármol ni las ondas;
espejo el agua, pupila del barranco
navegando por cauces; en las orillas
la tierra se humedece de ternura,
la tierra es tibia piel tan prodigiosa
como las manos de ayer en la caricia.**

**Aquí, cerca, junto al álamo encendido,
donde serenamente está mi sangre,
latiendo en este tiempo,
soñando en este tiempo en que ahora vivo,
tú, mármol, mujer, arcilla prodigiosa,
tiembles serenamente, te eternizas.**

**La tarde quietamente se ha quedado
así en mi corazón, así en mi vida.
Y, arriba, el río, los álamos, los ojos
besados por un rayo del estío.
Tu nombre: el mármol, corazón del tiempo,
agua de la ribera, agua tan limpia
como este pensamiento que me llena,
donde tú, humanamente, te eternizas...**

(Hombre solo, 1962)



LLANTO SOBRE LA NOCHE

No es de un niño esa queja,
no puede ser de un niño aunque del pecho
de un niño se derrame.
Este nocturno llanto salta
desde otro odre de dolor más viejo.

Sube desde la cueva
profunda donde el tiempo
va atesorando lágrimas,
congojas, sangres, zumos
de agonías, lamentos,
cada pena incubada
bajo la piel del hombre.
Del pozo adonde afluye
todo el dolor del mundo,
que allí lento fermenta
en el vasto sollozo
que ahora inunda la noche.

Sólo gárgola, cauce, leve arcaduz apenas,
es la carne del niño.
Ella cruje y se agita,
pero un enjambre amargo

**de ajenas voces viene
a sonar en su boca.
Así una rama tierna
tañida por un viento gemebundo.**

(La Tarde, 1962)



MANUEL PADORNO

ALGUIEN SIEMBRA LA LUZ ENTRE LOS SURCOS

Alguien siembra la luz entre los surcos.
La tierra candeal se queda quieta,
y aquí, allá, se ve azorado el grano
ardiendo; florecen llamas, lenguas:
alas de luz es lo que da la tierra.
Ardiente brisa orea los sembrados,
el oleaje de los trigos encendiéndose,
el cabeceo de las brasas altas.
Arde el pan sobre la era solitaria;
huele el aire a pan, la piedra, el agua.
¡Campos de luz! La arena bulle, rompe
contra los muros blancos, se despeña
desparramada por el suelo, vuelta.
Posados pájaros volando. Crece
la luz a golpes, luminosos tallos:
árbol de luz que sólo da la tierra.
Desde mi puerta veo arando calma hasta
la orilla, arar silencio hasta la cima,
la bestia erguida lenta, al sembrador,
al que siega, los altos pajonales;
el aire huele a pan de luz; florecen
ascuas, llamas: es lo que da la tierra.

(A la sombra del mar, 1962)



RAFAEL AROZARENA

NO SABEMOS POR QUÉ NOS PLANTARON /É

**No sabemos por qué nos plantaron en el huerto.
Alguien puso nuestros pies en la tierra
y una capa nos echaron sobre los hombros.
Así fuimos en la noche para espanto de los buhos,
inmóviles, inmóviles
hombres de paja.**

**Nos hacía mucha gracia después de todo
que nuestros brazos en cruz fuesen señalados
y pensarán algunos
en la inútil pantomima del vuelo.
Algunos dijeron: os perdonamos
creyendo
que pedíamos clemencia. Otros
nos amaron tontamente
y pregonaban
el valor del sacrificio.**

**La noche era fría y se hizo necesaria nuestra quema.
Y nos hizo mucha gracia cuando nos prendieron fuego.
Ardimos toda la noche.
Ardimos como seres vivientes.
Alumbramos el contorno del huerto,
dimos calor
y los gallos**

creyendo el alba
cantaron toda la noche.

Y tenía gracia para nosotros
inmóviles, inmóviles hombres de paja,
que cantaran los gallos.

(Caracola, num. 128, 1963)



TENGO UN AMIGO MARINERO

Tengo un amigo marinero,
sus palabras suenan a hombre
y si no es coloquial está callado.
Se sienta siempre contra el viento.
Lía su cigarrillo de tabaco de hoja
y lo enciende con su mechero de martillo.
Ahora, vedle simplemente.
Acaso ya tan sólo diga buenas tardes
al tomar el camino de su casa.
Fumar juntos es también conversar.
Y es grata la hombridad de su silencio.

VOCES DE SERVIDUMBRE

Estas mismas palabras con que ahora,
aquí dentro,
en la confianza del hogar, decimos:
tengo sed,
la paz ha de tener vida como un caballo,
sin libertad no puedo tratar de tú a mi sombra,
todos estos ademanes profundos,
se están mixtificando desde afuera,

desde los trajes impecables
de las frases condecoradas,
que prefabrican huracanes
sobre interiores campos desolados.
Aquí dentro, en la casa, las palabras se muestran
con esa claridad del fuego en las cocinas,
con el sabor directo de la sal y del vino,
conservan todavía
virginidad de pájaros cantando,
tienen la virtud de ser doncellas.
Pero fuera de aquí, en la calle, en los salones
que prolongan sus largas galerías de espejos,
todo lo adueña un antifaz que obstruye
el que nos encontremos y abracemos
en el redondo corazón del día.
Aquí dentro, en la casa, edificamos
la ternura y los hijos
y las palabras nos aprietan
de amor labios y manos.
A veces nos hundimos tan al fondo de ellas
que casi no podemos regresar a nosotros,
hacer pie en nuestra orilla,
tan perfil de esperanza nuestra efigie
colmada de sus luces.
Pero brazos oscuros penetran nuestro sueño,
quieren anochecerlas con visillos de duda,
les saquean la intimidad,
las toman en rehenes para juzgarlas al capricho,
dejan la dinamita del miedo en sus umbrales,
y ya, por las palabras,
cuando creemos besar los labios que nos aman,
se nos pone un fusil entre las manos

para que asesinemos a mansalva
el viento de las cumbres,
los terrenos resecos de una tierra de nadie
en la que nunca hallamos domicilio ni agua.
Ahora las palabras verdaderas
—dame un beso, hijo mío; madre, cógeme en brazos—
aquellas que de niños siguieron nuestros juegos,
alas de nuestra sangre,
son unas desterradas que no pueden
regresar a la patria en que nacieron.
Vedlas pasar con el costado herido,
mendigas de la pena y la nostalgia.

(*Poetas de las islas,*

1964)

6

POEMA A JOSÉ

LE'

Dime, José,
por el aire:
¿Nuestras vidas son iguales?
No, José.
Tú lo sabes como nadie
porque lo quieres saber,
porque el que quiere lo sabe,
porque el que lo quiere ver
lo ve, lo sufre y lo expande.
Mi muerte está en todas partes.
Sí, José:
Mi muerte en pie,
sin doblarse.
No pocas veces, José,
te tengo dicho en el parque,
en la playa y en la calle:
Cansado estoy de no ser
vida que enseña su sangre,
pasión que dice su fe.

La palabra no me sale
como a cualquiera que es
hombre de cualquier parte,
hombre a secas que hace bien
en no morderse el coraje.

**Sí, José:
Soy un hombre puesto al margen.
Soy un fue
que a veces halla un escape
cuando dice: Es lamentable,
este mundo no anda bien.
Mi muerte está en todas partes.**

**Sí, José:
Mi muerte en pie,
sin doblarse.
Mis arterias son alambres
cuando acusan el caer
de la canción que me nace
como el sudor en la piel.**

**Sabrás ahora, José,
por qué el dolor no me cabe
en este cuerpo, y por qué,
aunque se apague,
mi sol se vuelve a encender.
Es la esperanza, José,
que a veces se va de viaje
pero que tiene del ave
las alas para volver.**

**Si, José:
Mi aliento que está también
dando aliento en cualquier parte,
mi aliento en pie,
sin doblarse.**

Comprende ahora, José,

por qué no hay cruz que me pare,
ni silencio ni pared
que me detenga en el hambre
de crecer;
por qué viviendo distante
del mejor amanecer,
no se me apaga la sed.

Dime, José,
por el aire:
¿A pesar de los pesares,
no está mi aliento también
en todas partes?

Algo te dice esta vez
la verdad que es lo que vale:
La vida nubla su imagen
cuando no sabe qué hacer.
Sí, José:
España en pie,
sin doblarse.

(Habla viva, (1964))



RAFAEL AROZARENA

lí

ABR| LA VENTANA

Abri

la ventana.

Vi

latiendo el mundo,
encendido corazón de todos.

Estaba

sostenido por los hombres.

Yo sólo era en la ventana

Rafael Arozarena.

Mirad qué poco.

A diario me veía

trozo de vidrio, cristal

de puro vacío

donde la luz del mundo, por caridad, dejaba
una brasa encendida.

(La vanidad no cuenta entre el hombre y la nube).

¡Rafaell! ¡Rafaell! me gritaba el viento,

grano de arena que aventar.

Y en la noche sali de mi casa

sin vendarme los ojos, sin atarme

las manos. Me puse

delante de la tapia

y al viento le di en un grito

la orden de mi muerte.

**Latiendo el mundo, encendido,
grandioso corazón de todos
sostenidos por nuestros hombros
para siempre.**

**Aprendí la palabra
somos.**

(Aprisa cantan los gallos, 1964)



|É

JUAN JIMÉNEZ

|Í

DÍA DE RECUERDOS

Hoy recuerdo que tuve un año quince.
Recuerdo que hace cinco tuve un sueño,
y también que hace veinte
nací con esta edad de veinte años.
Yo nací cuando todos
comenzaban a quemar su propia sombra.
Hoy recuerdo que tuve una esperanza
de no sé qué,
para morirse luego y enterrarla.
Hoy recuerdo que tuve tantas cosas
metidas en un sueño,
y que el sueño era bueno y que tenía
la serenidad con que se unen dos caminos.
Recuerdo mi humildad de pan moreno
camino de la escuela
y las cosas aquellas que venían
de la mano del sueño y de los libros
a mi simpleza de ser niño pobre.
Recuerdo, la verdad, que me moría
a cada día, igual que ahora me muero
con el recuerdo dulce
del tintero robado y escondido.
Caminando siempre así, lentamente,
por esta acera vieja de la infancia,

tiene bueno el recuerdo
ésto que deja a uno amargo y triste y solo.
Es aquí donde apenas si comienza la vida,
desde estos campos chicos
de un ayer de esperanza que gotea
coagulado en el vaso y en el surco.
Es aquí donde apenas si comienza la vida
que yo digo
que no es tarde dialéctica la tarde de mi alma.
Hay un triste y familiar gris de camiones
que ayuda a recordar.
Y hoy recuerdo que tuve un año quince,
y también que hace veinte
nací con esta edad de veinte años.
Y hacia dentro me pesa lo vivido.
Que es que tengo (hoy más que nunca),
el corazón local latiendo en la mirada.

(La Tarde, 1964)

6

LUIS FERIA

10

SALÓN «LA TAURINA»

**El metro, a la una y media,
llevaba a «La Taurina». Atrás
quedaban las monótonas
horas, la severa actitud
del encerado, el sopor
de las aulas: vida neutra.
A la llegada, el callejón sombrío
se abría al patio lívido; entonces
aparecía el tuerto barracón,
la noche acumulada en las paredes;
dentro, el mundo.**

**Según los vasos se vaciaban,
la vida era una noria donde a gusto
rodábamos, guiados
en los giros por luces mortecinas,
por el humo animal, la fosca sangre
que rauda rebotaba en el bullicio.
Puertas que se abren: paso a las reinas destronadas.
Los cansados paréntesis, el tedio,
costumbres herrumbrosas,
se olvidaban,
y en la madera de las mesas se encendían
los vinos peleones, sus vivas crestas rojas,**

**el paisano aguardiente: eh, compadres,
qué broncas vuestras uñas en la lengua.**

**Al avanzar la noche cundía la amistad.
Comenzaba la fiesta: la florista candonga;
Felisa, de hospital y cárcel;
el fotógrafo, curda y tristón como un tango;
Marta la bruna, buscando todavía
alguien que la quisiera, palabras
rotas
entre el rumor del agua y de las sábanas;
Lolita la cubana, libertadora
de fuerzas comunales, siempre
propicia al diálogo gachón.**

**Sí; según los vasos se agotaban,
la densa sangre iba
por los ávidos pechos abriendo falsas puertas.
Una intensa amistad viciaba el corazón,
mancillaba los vidrios belicosos,
los inocentes vasitos de menta.
La orquesta rucia arreciaba
chocando, rechinando, traicionando
en la lengua procaz de los metales
lo que remotamente fue creado para música.**

**Apagadas las últimas
llamaradas del vino, la luz se difundía
por el patio lluvioso y ya el amor tiraba
hacia el sabio desorden que dasatan los cuerpos.**

Amigas mías: ¿quién de vosotras preguntó a mi lado

por nuestra soledad? ¿Cuál
de vosotras me enseñó una noche
que basta un corazón para llenar la estancia?
Sólo fuimos
un millón de proyectos sin sentido, turbia luz,
cualquier fecha, alguna madrugada.
No culpemos a nadie: todos éramos
acusados y cómplices del juego.
¿Os acordáis? El metro,
a la una y media,
llevaba a «La Taurina».

De todo esto hace ya mucho.
Ahora brilla otro rótulo de siniestro neón.
Damas de baja sociedad, tantas amigas mías,
donde quiera que estéis os abrazo y evoco.
Antes de separarnos tomemos otro vino:
salud y suerte por cuanto me disteis.

LOS FRUTOS

Forastero, no cruces esta puerta
si no es en son de paz:
contra ti la defiendo. Un día estuvo
abierta para todos, pero nunca
debió estarlo, porque el tiempo
andaba merodeando y con pie ruin
entró para robar lo que era nuestro.

Al hogar y a la mesa se sentaban
Jacinto, el hermanastro del cardón,
la afamada Felipa, postinera del puerto,

**Candelario el Pardillo, Silvestre el de los trasgos,
con Froilán y María Montaña. Cada uno
en su hatillo traía
su verdad y sus fábulas, fundamentos
de la tierra enmadrada.**

**Quien, volcaba inocencia,
palabras germinantes que la vida les dió;
quien, labios sentenciosos,
providad, levadura
de sus campos sin guerra.**

**Al abrir los zurrone, ¡qué alegría
de foscos chumbos, dátiles melados
calentaba la mesa! Manos tesoreras:
arcas de mercader son menos que vosotras.**

**Anchas pámpanas
protegían la sombra morada de las brevas,
las uvas tempranillas.**

**María, humilde, rehusaba nombrarnos
tantas yerbas mullendo el delantal:
no tienen mérito, decía, no merecen
las gracias. Y esparció por el ámbito
la agreste manzanilla, el malvavisco
montañés. De las huertas
trajeron calabaza oronda,
laurel galano, cobriza
patata, berenjena nocturna.**

**¡Cuánta selva de bien y qué inminente
la trinidad de olor, color, presencia!
Y entera, sobre todos, la amistad
ritual, fragante murallón
contra el asedio de la melancolía.**

Nunca fuera el olvido tan ajeno
de todos como entonces: no existían
su noción ni su nombre; sólo tiempo
para vivir era el instante.

Grande estaba la tarde, y como oliendo
a despedidas, porque nuestra era
y a la vez se iba yendo.
Las dádivas crecieron como el mundo;
hermanamos membrillo y pan arriero,
yerbabuena con vino:
los dones que la tierra otorga
piadosamente a quien la suda.
Corrieron fuego y agua, la creciente
rebelión, invasión de verdes,
amarillos litúrgicos,
rojos de entraña pródiga,
hasta que entró la luna en los pajares
ahuyentando las ánimas medrosas.
Mirad que va a caer, que ya se vence
sobre el día: sólo faltaba
aquí el pomelo ruano y ya ha venido.
Y allí, sobre serones y canastas,
sumó su compañía al ofertorio
de la varia república de frutos,
consagró las materias
que redimen del hambre al inocente.

(*Fábulas de Octubre*, 1964)

6

BALTASAR ESPINOSA

MAS NUESTRO Y OLVIDADO

**Las que para abrigaros
tan blandas hoy se ven.
LOPE DE VEGA**

**Bajaban hombres de otros pueblos, bien recuerdo, sentábanse
a la mesa
hermanos todos, hogar
parecía el mundo, las múltiples hogueras de la fe
no nieve derretían
y si los miedos animales, el torvo rostro
del rencor, el ruín desánimo.**

**Bien recuerdo, fiesta Aunadora, y,
sin embargo, ¿cómo referir
el día, abrir el tiempo, la memoria,
el movedizo corazón?
¿Qué decir,
qué nombres, qué única palabra
podrían ayudarme
todavía,
ahora,
aquí,
a revivir de nuevo,
si es que parece como si hubieran
traicionado**

tanta buena alegría,
tanto sencillo pan o vino,
tantos hermanos —lo repito—,
hijos,
compañeros
del que nacía (¡oh! pesebre
humilde, testigo del designio)
también ya pobre
y compañero?

Porque, vosotros, habladme:
¿qué asunto
como éste del amor puro,
del nacimiento puro del amor,
ha sido y es más nuestro
y olvidado?

(*Cuadernos Hispano-americanos*, 1964)

6

INTERVALO

24-25 Diciembre

Estos son días
de mover las palabras más hermosas: amor,
paz, felicidad; de estrechar
cordialmente la mano del vecino, ofrecer
nuestra ayuda, la casa que tenemos, el calor
fraternal de nuestro vino; poner
en riguroso olvido los rencores, los pequeños
odios que nos distancian, y hacernos
solidarios del resto
de los hombres.

Pero mañana, una vez
rebasado este bache de alegría, este ingenuo
creer en la esperanza
como un niño, volveremos
a componer la máscara, a gritar
las palabras del coro: odio,
guerra, muerte y otras tantas
que son la vida del hombre.

Después

de un intervalo sabiamente
dispuesto, la comedia
reanuda su trama.

(Cartel, 1964)

PEDRO LEZCANO

POEMA A LA RAZA

**Estamos en octubre;
se desnudan las ramas.
Y henos aquí, señoras y señores,
celebrando la raza.
Celebrando la raza en fiesta, en ocio,
en fin, no haciendo nada.
Para cantar la raza no hay poetas,
la cantan sus hazañas,
y cuando no hay hazañas en su historia,
ella sola se canta.
Porque he aquí que una montaña dice:
así mi tierra es, así mi agua,
así mis hombres son,
así mis amapolas y mis zarzas...**

**Hombres negros, cobrizos, amarillos:
arco iris de sangre derramada.**

**Hay quienes sueñan aves, por ejemplo.
Rojos de piel, con la nariz de águila,
con voladores nombres,
con las frentes aladas,
altos nidos habitan,
y disfrazan de ave hasta sus armas.**

Otros son más oscuros,
desde sus grandes ríos se levantan;
sólo conservan blanca la sonrisa
y de sus manos las orantes palmas;
con ruidos de cadenas y collares
bailan, lloran y bailan.

Amarillos los hay, color de oriente,
con ojos de semilla germinada,
que en la vida se sientan, esperando,
porque la vida es larga.

Lenguas, colores, sangres delimitan
la multitud humana,
que acaso sueñe siempre
igual sueño en la misma madrugada.

Y aquí estamos nosotros,
a cantar —por ser nuestra— nuestra raza.
A cantar nuestra hierba
aunque la hierba nuestra fuera mala.

Y tan mala no ha sido:
un millón de legajos nos avalan;
santos, héroes y locos regalaron
riquezas y miserias y esperanzas;
amaron a invasores e invadieron
a sangre y fuego y alma.
No exageremos mucho,
(puede haber extranjeros en la sala);
sin duda Dios sería omnipotente
sin el concurso de la espada hispana,

y América española
lloraría lo mismo en otra habla.
Pero la raza es esto que ha dejado
tantas viejas pisadas,
un oscuro mandato ante la vida
que nos inclina a esto o nos aparta.

Mirarnos al espejo de la Historia
acaso ya nos cansa.
Mas la raza no muere aunque dormite,
y cuando muere hoy nace mañana.
Peninsular o isleña,
la raza mira a España:
se le pueden contar las cordilleras,
de desnuda y de flaca.
La pisada en el polvo de los muertos
a algún sitio señala,
una puerta entreabierta,
una visión, un alba.
¡Se necesitan locos!
Que resuciten todos los que faltan.
Locos, aunque imaginen enemigos
sobre mares de lana.
Todo menos dormir entre molinos
que voltean sus aspas,
moliendo falso grano
de mies imaginada.
Todo menos fingir que son molinos
gigantes de verdad que nos aplastan.

EXECRACION DE LAS HORMIGAS

Nadie sabe por qué, pero están juntos
esos tres puntos de quitina negra,
unidos en un signo suspensivo
de amenaza perpetua.

Brillantes, misteriosas, ciegas, mudas,
mientras los demás cantan, aman, sueñan,
ellas trabajan. ¿Para qué? Es inútil
intentar comprenderlas.

En subterrenal fuga —¿hacia el infierno?—
horadan y sepultan en las eras
los frutos de la luz y de la vida.
Atentas al morir, sepultureras,
son los buitres rastrosos
de las muertes pequeñas.

Y aprovechando ahora,
en primavera,
la confianza del amor, implantan
mechas, oscuras mechas o cadenas
a través del asfalto, las montañas,
los pueblos y las selvas,
enhebrando las cajas de caudales,
los templos, los graneros, las despensas,
el ojo de los sórdidos y el ojo
central de las monedas.

El hombre, confiado, no las pisa
como a leves hermanos de la tierra,

y aún les erige estatuas
en los libros de escuela.
(¡Pero tú canta, por piedad, cigarra,
canta, regala y sueña!)

¡Oh estas hormigas sórdidas! Un día
alguien encenderá fuego en sus mechas,
e irá una hoguera en fila
a través de los pueblos y las eras.
¡Qué explosión terrenal desde el infierno
de ácido fórmico y monedas!

Y cantarán entonces las almas generosas,
inútilmente bellas,
las palmas de las manos por los siglos
de los siglos abiertas.

(Consejo de paz, (1965))

G

WENTWORTH PLACE

(KEATS HOUSE)

Yet can I stamp my foot upon thy floor.

J. K.

Hoy son las cinco y media de la tarde
por el reloj de Brawne. No se cansan
de girar sus agujas somnolientas,
de sonar su minúscula campana.

Hoy son las cinco y media de la tarde,
muchos años después. Desde la estancia
donde estuviste enfermo se ve el césped,
se escucha un ruiseñor entre las ramas.

En Londres, ahora mismo, es primavera,
si el corazón se asoma a la ventana.

Aquel viejo ciruelo ya no existe,
pero uno nuevo anuncia la llegada
de mayo con intactas hojas verdes.

Se ven niños ingleses que no cantan
y muchachas con libros bajo el brazo,
camino de mañana.

Hoy son las cinco y media de la tarde:
ya sé que los relojes no se paran,
que no se para el tiempo, aunque sucumba
un ruiseñor, se apague una mirada.

Tú cerraste los ojos, presintiendo

lo poco que quedaba,
y apretaste los labios, recordando
que tu vida fue escrita sobre el agua.
Hoy son las cinco y media de la tarde,
por el reloj de Brawne. Keats, tu casa
se ha quedado desierta. Sólo hay uno
que contemple esta tarde la nostalgia
del reloj impertérrito, del tiempo
que pasa,
del retrato de Fanny y sus tijeras
que ya no cortan nada.
Suena la campanita de la media
sobre el otoño antiguo de tus cartas,
y un eco de palabras amarillas
por los muros se arrastra.
Hoy sólo queda uno que recuerde
tu inmensa voz lejana,
uno que holla tu suelo y que te mira
la frente cara a cara,
a través del cristal que te detiene,
a pesar del reloj que te separa,
y escucha en tu silencio lo que nunca
se apaga.

Londres, mayo, 65

(Cartel, 1965)



LÁ

DOMINGO VELAZQUEZ

CAMINO DE LA ESPERANZA

Y los pueblos tendrán hermosas plazas,
extensas plazas llenas de hombres nuevos
que habrán humanizado la palabra.

Ignoro quién sea el héroe
que le arranque las puertas a las casas,
a esas casas que el miedo ha construido
para cerrar la puerta a la esperanza.
Las casas donde habita el egoísmo,
donde nacen las voces afiladas.

Os digo que habrá plazas en los pueblos,
inmensamente amplias.

El ideal sería
hacer de cada pueblo una gran plaza
donde los hombres puedan
cederse el corazón como quien cambia
una sonrisa,
un gesto,
una mirada.

Las plazas serán altas.
(Los hombres necesitan elevarse,
purificar sus almas).

**Tal vez sea necesario
ejercitar las alas.
Las manos nunca han sido
lo suficientemente
aptas.**

(Los caminos, 1965) 0

BALTASAR ESPINOSA

SIEMPRE LAS MISMAS PALABRAS

**«No hay duda de que la tristeza debería
llegar a su colmo; pero el alma humana
siempre piensa disparatadamente».**

AL-SARIF AL-TALIG

**Siempre las mismas palabras: «Sol;
se alumbrará mañana el campo; conténtase
el que halla su destino; ciega
el amor, apremia y nos envuelve».**

**Habla el muchacho. Torna otra vez al pueblo
de memoria. Recuérdase a sí mismo:
venido del misterio, llegó
al misterio, y hacia el misterio
partirá, igual que un círculo.
(No hay más libertad
que ésta de la muerte, y a ella,
indefectible, nos lleva el pensamiento.)
(¿Qué opción, qué otra salida,
qué otro puro aire para el cuerpo?)**

**Mas, siempre —igual
que las palabras—, un algo le detiene,
le dice deteniéndole que acaso acudan
hoy, o en la semana, y**

de improviso, tal un llover en el estío,
hablen, citen ya de veras lo pedido.

Sale del cuarto. Día arriba
va; mejor; camina. De la ciudad
se aleja mucho, se llega a los charcales,
esquiva hilosos cobres últimos.

Descansa. En medio del silencio
nada escucha, y duerme, y le sorprende
el frío, un jaramago volandero.

«Tendrá su fin lo que ahora veo».

«Todo, aun si digo muerte, ha sido y será eterno».

Vuélvese. Mil veces como ésta
ha regresado. Está la casa abierta
y pasa, la soledad abierta y pasa.
Entra en el patio: las losas bien conocen
tal pisada. (Encima, azul espejo alto,
fijas aves de fuego comienzan su trabajo.)

Es así como vive: sueños
o verdades
juntos, cierto, preparado el corazón
para la gracia, para cuando resuene
el aldabón, aquí,
y empiece la esperanza.

(Caracola, núms. 156-157, 1965)

G

PIE PARA EL CUADRO DE ANTONIO PADRÓN
«LOS NIÑOS Y EL TROMPO DE MADERA»

Lo

¿Qué silencio lamina
con la danzante púa moledora
ese mínimo astro, casi frutal, surgido
en las manos del hombre
como una cósmica nostalgia?

¿Qué son maravilloso, sólo
para vosotros perceptible, se alza
de cada grano macerado?

¿Qué música secreta de afiladas volutas
entra por vuestra sangre y va agrandando
en incesante siega de latidos
la tensa bóveda del éxtasis?

¿Qué pájaro profundo
unta de magia su garganta
en las fragantes venas del aceite
que, al latigazo del zumbel, rezuma
la tierra?

Ya posado
el dócil torbellino
sobre la abierta palma de la mano,
¿el pico ebrio sigue aún succionando
la melodiosa savia embelesante?

(Caracola 136-157, 1965)



LUIS FERIA

EL FUNERAL

Nos persignamos con agua hechicera.

J. V. FOIX

I

**Pero tú ya no habitas vastas zonas reñidas.
La soberbia del órgano, los gestos concertados,
el untuoso incienso,
enmascaran tu muerte a su manera.
Pero tú ya no habitas vastas zonas reñidas,
días inconquistados, defendidas acciones,
un gesto último aventó tu triste
corporación humana y derrumbó de un soplo
cuanto a través del humo acarreaste.
¿Qué es esto ahora? ¿Apariencias, palabras, recitados
inútiles? ¿Qué intentan evitar?
¿Qué ocultan cuando estallan?**

**En el día de abril, blanco y de acero,
el vitral con su ardiente crestería
vibra en lo alto; ráfagas de palomas
exteriormente cruzan y de pronto
es sueño y nada más
su vuelo tardo. Un terne bisbiseo
se acrecienta, aumenta el coro
su pretencioso ruido, van besando**

las beatas los sucios pies inertes
de las imágenes: ¡Santificado
Tú, que haces los milagros!
La oquedad del recinto redondean
las letanías: suplen, pero es vano
su intento de explicar lo no explicable,
dorar el pasmo de la muerte; nada
podrán falacias y rituales,
majestuosa irrealdad,
liturgias, rezos, ampulosos
mármoles y ornamentos, rezos,
festín de la piedad, murmullos,
turbios labios que imploran seguir vivos.

II

Sólo un hecho persiste, y es la torpe
inexperiencia tuya ante la muerte. El día
decisivo ha llegado; lo anterior
es nada; nunca vale
el largo ensayo general: la vida.
Mientras vivimos falsamente amados
fuimos, nadie nos enseñó
lo que debía: ¿es que fue amor
un espejismo que ocultó la sima?
¿Es que debemos a pesar de todo
agradeceros, padres, los llamados amigos,
el que nos engañaseis? Un día
solos nos dejaréis, entonces
comprenderemos la razón. Todo consumado,
hemos de dar el paso irrevocable
y todo acabará: ¿va a comenzar la vida

otra vez, la otra vertiente
donde la soledad anterior no vale nada,
no nos compra la paz por el precio pagado?

III

Aquí, oculto a la sazón, alguien nos mira.
¿Pide ocasión el muerto? ¿Quiere
que lo amen otra vez y de otro modo? Ciego
estoy como antes; nadie acude
si llamo, y tengo miedo. Ya no existen
latines, preces, órgano sonante;
tanto oropel con que nos amortizan.
El dosel de la bóveda demanda
la verdad; el sol fustiga
a cuantos secundamos
la irresponsable acción.
Todos somos culpables de este juego.
Las largas retahilas de sílabas hinchadas,
las hornacinas con ficción de santos,
defienden la mentira; todo en vano; mirad,
¿es que no veis el rostro acusador?,
¿no oís la voz que pide paz ahora?
No mancilléis recuerdos; vivos:
dejad que el muerto se haga
su destino, que hable con los suyos
esta noche, los vaya conociendo
mientras ruedan los astros en el orden previsto.

IV

Nada oculta su gesto: ved que el rostro
nos contempla y se calla, y sólo tiende

la mano al que comprende, llora
de amor por los que quedan.
¿Es que somos los muertos? ¿Quizás somos
los desterrados?
Ved que ahora descansa:
¿será cierta
nuestra figuración? Que cesen
llantos, ficciones, falsas
misericordias: que los muertos
entierren a sus vivos. Todo el culto
es excusa, falacia que no quiere
el muerto para sí. Materia inútil. Dadlo,
dadlo a su última noche.
El acto ha concluído.

(El funeral, 1965)

B

1
A
MANUEL GONZÁLEZ BARRERA

ANOTACIONES DE UN REGRESO AL CASTILLO
DEL ROMERAL, PUEBLO DEL SUR DE MI ISLA,
EN DONDE VIVÍ, COMO HIJO DE LA MAESTRA,
LOS DIEZ PRIMEROS AÑOS DE MI VIDA

El tiempo se adelgaza, sutil,
como un remolino de viento inocente,
y penetra, y me trae, y se sienta
al lado izquierdo de mi pecho,
—perro familiar y triste—,
recuerdo lejanísimo,
mis diez primeros años.

Aún suenan
en mi oído palabras, gestos
de esos días lejanos:
«El hijo
la Maestra». «Es aquél».
Y yo iba importante sabiéndome mirado.

*(Las piedras, las colinas, los matos
del camino, el lagarto impasible,
la cabra en lo alto
como un símbolo extraño.
Y los hombres, geografía más alta de la vida,
mirando al cielo con los ojos tristes
del que espera la lluvia y con ella el milagro.)*

Amigos todos, Antonio, Rubén, Pelenque,
Mingoso, (te recuerdo Mingoso, te recuerdo
gagueando tu inocencia:

—*A ver, cuántos Dioses hay.*

—*Uno.*

—*Cómo que uno si está en todas partes?*
(picarona mi madre.)

—*Pues serán doce.)*

Yo os recuerdo a todos.

Como un vino fermentado agria está mi alma
a la hora del recuerdo. Algunos habrán muerto.
Pero sé que es mentira, que no pueden dejarme
sólo con mi niñez a cuestas
como un fardo inútil.

Pero hoy que he vuelto
a desandar los pasos, a pasear por tu pecho
la tristeza, a sorprender un signo
de mi infancia, yo te recuerdo, campo mío.

Como en un álbum te tengo colgado en la retina.
Recuerdo mis pasos furtivos buscando el nido,
arrancando el junco para morder su tallo fresco.
Yo te recuerdo alegre y puro. Infantil.
Mas hoy me dueles con un dolor antiguo,
telúrico, de raíz tercamente arraigada...
...Las acequias sedientas, cuarteadas de sol,
con el triste lagarto perezoso en sus cauces.
El polvo, el viento chillando como un loco
entre las cañas. Viento y viento y viento.
Ruina y ruina. ¡Oh campo de mi infancia!
Todo yace inclinado. La vida horizontal,

de rodillas como una plegaria. Todo yace
inclinado con una sed metafísica de muerte.
Las cañas agrupadas en conos, los hierbajos,
los cardos, las aulagas, los millos,
y hasta los hombres mismos se inclinan a la tierra.
Como un acordeón sin fuelle, flácida, rota,
inservible, la vida ha cesado en sus latidos.

Los hombres cachazudos, fatalistas, impasibles,
como estatuas moldeadas trágicamente por la vida,
la mirada perdida en un punto perdido,
piensan en sus cosas o tal vez en nada.
O en mucho: «la zafra no da para vivir,
la mar es muy ingrata, los hijos
van desnudos, el pejín no alimenta».

Alguno, de vez en cuando, se sacude una mosca,
y habla
no se sabe ni con quién. Tal vez
con el silencio:

«Hoy han pasado muchos coches
de turistas hacia el mar». Los otros
inclinan la cabeza y siguen impasibles.

*—(Sí, han pasado muchos turistas, quizás
yo sea un turista, y ellos son el typical folklore,
la diapositiva de color, el ejemplo santísimo
de la exquisita vida campesina. En fin,
toda una tesis bucólica y manida. ¡Qué ascol!—*

Pero he querido apurar hasta el borde tu cáliz,
el cáliz de tu sed, Castillo del Romeral,

**pueblo de mi niñez tan cuento de hadas,
y me he acercado más y más a ti,
piedra por piedra, cardo por cardo,
aulaga por aulaga, sed por sed, y poco
a poco, has levantado tus ardorosos senos
y has tocado mi corazón
ya dolorosamente adulto.**

(Afirmación y acercamiento de mi isla, 1966)

6

1Á DOMINGO VELÁZQUEZ

1Á LAGRIMAS PARA EL RESPONSO
DE ANTONIO MACHADO

No hizo falta preguntarlo a nadie.
Llegué hasta Soria y, en el alto Duero,
sentado en una piedra,
oteaba los caminos de tu sueño.
El río me lo dijo —lo dice a todo el mundo—
como un «golpe de azada»:
—¡Antonio ha muerto!

Soria la alta.
Tierras de Alvargonzález que te vieron,
donde las tardes grises
acunan tu recuerdo...
...(No puede ser, Señor, lejos de España.
Me resisto a creerlo.)

En mi imaginación seguí hasta Francia
y llegué a un apartado cementerio.
Llamé a su puerta. Pronuncié tu nombre.
Allí —me respondieron—.
Y quise despertarte
con un afán tremendo:
—¡Antonio! ¡Antonio! ¡Antonio!...
Pero sólo acudía el susurro del viento.
Tú eras perfil de sombra.
Tu voz era silencio.

(Cartel, 1966)

MANUEL PADORNO

SOL DE LAS CANTERAS

Cv4.
Bajo la luz de Las Canteras puse mi cuerpo al sol, y mi alma toda entre algún libro: Herman Hesse, Sartre, Dostoyevski, Alberti, Nietzsche. Todavía está mi cuerpo al sol sobre la arena aún tibia de la tarde roja. Todavía están mis huellas en la arena, hundidas entre la Sise y La Puntilla. Donde tú has puesto el pie, mi pie debajo está, donde tu cuerpo, estuve siempre yo también. Yo no buscaba el sol sólo para dorar mi cuerpo como aquellos extranjeros esbeltos y muchachas altas y rubias, bellas como el fruto mordido, ni buscaba el amor entre los cuerpos, aunque el deseo me llamara a gritos; tantas veces acudiera fiel como un hombre que se entrega a la justicia de la vida. Yo buscaba el pensamiento, ocioso, vagabundo bajo el sol más grande que tuviera la juventud por mí vivida, llena de esperanza y de dicha, tuve tanta fe en fe como dolor, y mi conciencia

del sediento, el clamor de multitudes
hambrientas; y soñé entre mis amigos
y aquellos extranjeros olorosos
a cremas y a perfumes una tierra
de libertad. Entonces vino Alonso,
Neruda, César Vallejo, Machado,
me levantaron de la arena, tuve
que trabajar el pan que me comía
entre aquellos que fueron mis hermanos:
los pescadores; La Puntilla, Arguineguín,
San Cristóbal, Castillo Romeral,
Gando. Dejé los libros sobre la misma
playa y comencé a leer en otro
libro abierto de par en par; la lucha
humana. El corazón fue dando pasos
de mano en mano, de hombre en hombre,
de desgracia en desgracia fui viviendo
otras vidas, fundiéndome con ellas.
Bajo la luz de Las Canteras puse
mi pensamiento, mi conciencia de hombre;
el mar me cubrió el pecho y también el amor.

(Cartel, 1966)

C

VENTURA DORESTE

POEMA

Nos elevamos pronto,
en mágico ataúd resplandeciente.

Yo todavía miro y acaricio,
desde el vaivén del aire,
tu piel distinta y áspera,
tu piel igual y suave,
pequeña patria mía.

Todavía prendido
maternalmente,
veo
tus barrancos y surcos,
tus montañas y orillas,
tus pardas sequedades
y los verdes remotos.

Todavía me siento
latiendo en tu latido,
isla de piel y entraña,
círculo de pasión:
infierno, paraís♣ cotidian♣.

Y luego, lentamente,
dices adiós,

adiós:
tú, prisionera fúlgida del agua;
yo, prisionero fúnebre del aire.

**Este mar me contempla,
inmenso y absoluto,
mientras navego solo:
huérfano suspendido
de tu recuerdo,
patria diminuta.**

**Cierro entonces los ojos
y penetro en mi alma:
tiempo interior, abismo
de la propia memoria.**

De pronto: maravilla.

**Otra piel, otros surcos:
un latido de tierra
parda, rojiza, verde
(bética o castellana),
bajo las raudas alas se revela.**

España.

**Y al instante
te reconozco, sí, te reconozco:
y sé que estás también aquí, conmigo,**

única patria mía.

(Cartel, 1966)



LA REALIDAD

Fue en la remota infancia
—isla sonora, dádiva sin lindes—,
cuando el tiempo prudente no me hería:
fue en la remota infancia.

Paraiso perdido:

vasto prado,
un agua diamantina y susurrante,
tierno sol, el azul cercano y mío,
y redondas palomas.

(El horizonte fúlgido y mis sueños
eran la misma cosa).

Ay, más tarde, sabedlo...
Isla muda, fronteras invencibles,
fugaz tiempo heridor
y prado diminuto,
agua de sangre y sombra,
quemante sol oscuro,
presentes esqueletos de palomas.

Entonces (todavía
con esperanza niña)
quise buscar la luz en las alturas.

Pero el cielo, plumizo y distanciado,
sin amor gravitaba
sobre mi alma desnuda,
sobre

mi patria
entera.

(Cartel, 1966)



1A

LÁZARO SANTANA

GALILEO GALILEI

Tal si el aire pesara
sobre mí, dura losa,
o el pensamiento. Escucho
las voces, mas no entiendo
qué dicen o disponen.
Ante mis ojos pasan
colores, rostros, gestos
airados, persuasivos
y vanamente alegres.

Pero soy yo el origen
de esa alegría. Cuanto
he dicho, las palabras
contrarias a mi fe,
a mi trabajo, así
los han sobreexcitado.

Tantos años de lucha
para acabar en esta
farsa, de la que soy
actor y responsable;
no hechos a mi medida
los disfraces que exhibo,
las mentiras que admito
como verdades para

**salvaguardar mi vida,
aunque si yo a su justa
estatura medido.**

**No sé qué dirá el tiempo
futuro de mí, acaso
de mártir o de héroe
me califiquen. Mas
de estos hombres que ponen
su celo en convencerme
de mi engaño, en salvar
mi alma inmortal del fuego
eterno, ¿qué dirán?**

**Sujetos a costumbres
invariables, que nunca
discutieron, en cuyos
moldes fueron sus cuerpos
forjados y sus mentes,
¿cómo puede verdad
opuesta a sus principios
crecer y hacerse fuerte
en ellos?**

**No culpables
de crimen, si de fieles
guardianes del buen orden
que viven, su defensa.**

**Como el hombre que anda
entre nieblas, a ciegas
caminando tan sólo
a su mundo interior**

atento, se sorprende
cuando el sol, penetrando
aquel humo, dispersa
la ficción, y descubre
cuánta hermosura en torno
se oculta, así mis ojos,
limpios de niebla ahora,
la realidad advierten
de los hombres y el tiempo
en que viven y vivo.

Pero inútil es todo:
nuestra doble algazara
por mi retorno al pródigo
hogar de la verdad
y de la fe; la inocencia
de estos hombres, mi cierta
culpabilidad,
pues,
aún a pesar mío, el mundo
se mueve.

(El hilo no tiene fin, 1966)

G

CHONA MADERA

lú

SEGURO, ÚNICO DUEÑO...

Ya vencida la última luz de la tarde, me las encontré.
Eran sí; eran ellas, las dos,
pero distintas.

En el acto comprendí que habían cambiado
totalmente;

como si por ellas hubiesen pasado muchos años.

Al mirarlas comprendí que un cansancio de modas
y afeites les dominaba.

Que un fingir que aún les quedaba «abril»,
las había agotado.

Y que, rotas ya las infinitas tramas
de los sueños,

habían gastado la última ilusión
de una juventud harto prolongada,

y ya

sólo en la memoria de los que, en aquellos años,
les conocieron.

Pero que ellas, inmersas en ilusorios
prometerse,

no daban aún por cancelada.

Iban como al margen de sí mismas; de aquellas
que habían sido, sí; pero fingidas, largamente disfrazadas
por una extrema presunción y pacientes horas

de modista.
Por recomendadas milagrosas cremas faciales,
y ese sol de playa,
de uno y otro año acumulado sobre sus pieles,
al máximo
bronceadas.

Hasta allí fueron la negación de un tiempo
ya transcurrido, el que por sus aspectos,
era evidente una rectificación,
ahora llevada a cabo.
(Qué difícil les debió ser la aceptación
de reencarnarse en un «otoño» hasta allí,
obstinadamente rehusado.)

(Qué piadosa había de ser la sonrisa
para hacerles creer que eran las mismas.)

No parecía si no que hubiesen vivido una tragedia.
(Qué voluntariosa, qué firme resolución
la de sus yos,
la de sus mundos interiores,
para que ni siquiera una vaga, una pequeña huella
del aire de sus «anteriores»,
fuera posible.)

Iban como si no hubiesen conocido aquellos años
de obstinado forcejeo
entre ellas y el tiempo.

Ya eran ellas, totalmente ellas
asomadas ya a su «hora», sin mistificaciones
ni artificios.

Abandonadas a sí mismas, sin ilusorios «renuevos».
Liberadas de todo adorno.
Ya reconciliadas con el tiempo.
Amigas ya sin dolor ni recelos...

(Cómo les dejó hacer cuanto quisieron:
fingiéndolo. Disfrazándolo. De él, evadiéndose.)

(Oh, el fundamentalmente seguro. El absoluto
—a pesar de esas acotaciones, de esas fechas
con que el hombre, le condecora el apacible,
el sereno pecho—.)

(Oh, el de él,
—mientras Dios lo permita— ¡único dueño!)

(Málaga, 1966, inédito)

É

JUAN JIMÉNEZ

POR EL ARADO

Arado, porque tu aliento viene
profundo y me rodea.
Porque podrías también cruzar el mar.
Porque es tuya la tierra.

Porque vas a lo hondo de las horas vacías
y estás sin mirar tan cerca,
gozando el sereno siempre y nunca hablas.
Porque nunca te quejas.

Porque hace cuarenta y cinco años, cuarenta y siete
años, sesenta años, eras
arado y ahora sólo eres arado.
Tú llenaste de sombras de hombres la tierra,
fuiste tú mismo sombra de sus cuerpos.

Oh sombra de la mar que aras la arena.

(*Poesía canaria última*, 1966)

G

EUGENIO PADORNO

11
M. S., TRANSEUNTE SIN PRISA

Lo he visto por aquí, justo por esta calle
de Albareda,
caminar entre la luz de agosto y detenerse.
Como un castigo, allí la ondulación del mar
rompiendo con justicia,
libre y soñada, contra grandes espejos. Como
bajo la cúpula de un templo vibra la música
en un rayo de sol,
aquí, la sal acaso de la hospitalidad,
acogedoramente amarga.

Cosas que un día le dieron la sencilla
compañía del vino,
la tranquila ebriedad de sus proyectos
para hoy,
han sido humo, pólvora hiriente
de la implacable realidad de ayer,
cuando acaso diera los mismos pasos
que ahora da,
aunque sin fe, porque para qué iba
él a necesitarla.

Vasto y virgen el reino de su ocio
ahora transita
entre reclamos que lo hacen extraño:

*On Sale,
Flat to let.*

Una playa cercana y, congregados
en torno a ese cálido diamante del mar,
los que encontraron un amor pasajero
ni aun en apariencia noble.

La mañana y toda su hermosura natural,
y el delicado oro de los árboles,
como un viejo retablo provincial y monótono,
daña
muy en lo hondo del que nada posee,
del que ahora camina
bajo esta luz muy hecha al lucro,
del que ahora me mira con la tristeza
del que va cesante, definitivamente
despedido.

Tomará el autobús hacia su barrio alto
de Schamann,
lo sé,
inventaría su vida
porque único es el argumento del dolor:
a un lado y otro de la calle,
las inquietas gallinas del suburbio
alzan sus ojos de cristal y vibran el estúpido
párpado viscoso de la indiferencia;
alucinado, beberá su café; leerá de nuevo
nuevas ofertas de trabajo.
Sobre su rostro, todos nuestros rostros.

(Poesía canaria última, 1966)

BALTASAR ESPINOSA

AB INITIO

Y piensa hoy
qué miraran los ojos
que él ya no mira, dónde
la pupila
vivisima,
tanto amor que había,
la dilatada feria del vivir
de aquellos días,
los volteadores lienzos enemigos.

Qué gran panadería, tahona,
qué útil molleta:
mejor no vimos nunca.
Todo se amasa aquí;
humilde panadero, la levadura
corre, finge
deshacerse
entre sus manos, se va y traiciona.
Pero mirad el pan,
el viejo fruto del rescoldo.
Aún queda. Probad.
No está en sazón
pero probad.

**Será su propia sangre
la masilla, y robaréis
con él
lo que anda lejos, aquello del principio.**

(Poesía canaria última, 1966)

ANGEL SANCHEZ

POEMA 19

Padre
tú no hiciste la guerra ni
has contado a tus hijos la razón
por qué te hicieron guarecer bajo
un toldo de palmeras me imagino que lo habitual
era meterte en un carguero hacinado y harto
de pan de mar con otros soldaditos
pero nunca sonó la voz de embarque para ti
dónde estuviste
qué oscuro corredor de obstáculos jugaste
al tiempo que castilla bebía sangre y mis tíos
la negaron pero presentes en las líneas
socavadas con estacas donde ponían el ojo
ponían la bala multiplicaron el amor y la muerte
en campo ajeno
uno quedó cojo otro soltero tú fuiste
a la larga mi padre no es que te pida cuentas
de este fallo
sin trascendencia (yo aseguro que las guerras deben
evitarse a escala individual)
pero podías decirnos qué te obligó a la inocente
retirada.

(29 poemas, 1967)

ANA FRANK

Iluminaba el cuarto luz prohibida.

Cruzaba

tu padre como una
sombra, tu madre como una
sombra, Margot como una
sombra, dejando
tras sus furtivos pasos
el silencio del que huye de la muerte.

Tú eras ya una mujer
sin recuerdos de infancia
ni juventud; en la penumbra
del recinto brillaba tu emoción
destinada a nosotros,
en un rincón palpabas con sorpresa
diaria tu delgado cuerpo;
el crecer de tus senos, te turbaba
su oculto volcán
destinado a ceniza,
tu vida recordabas sin vivirla.

Qué podía esperarse de ti,
habiendo madurado en un cuarto sin luz,
sin aire, sin amigos.

Ahora,
todos te recordamos, te sentimos
junto a nosotros; deja
que yo pueda gozar
esa luz silenciosa de tus ojos amables,
si bien sé que tras ellos
ha de mirarme un pueblo de hombres
muertos, mujeres
muertas, niños
asesinados, niños
que aún sin nacer estaban
a la vida emplazados; entregarte
una nueva esperanza
de vida o libertad,
de este modo
decirte que algo mío
ha muerto con tu muerte,
andar contigo de la mano
por esta playa, escuchar tu risa
sin temores, hablarte
despreocupadamente de amor
mientras
tu cuerpo delgado entra jubiloso en el mar
rozando el mío, todo
cuanto la vida te negara,
haciéndome
feliz tu alegría, en ella
reconocernos,
cuando
pesa en nosotros el recuerdo
de tu tiempo, que es brasa

**permanente en el nuestro, iluminando
la infortunada historia de los hombres.**

**Aunque ahora yazgas bajo la tierra,
escúchame.**

**Escúchame
aunque las olas rompan en la orilla
y borren nuestras huellas perdurables.**

(Cartel, 1967)

EL BUFÓN

l^o

Tu cabeza es la plaza de un pueblo,
y tu pelo es de crin, tus ojos de cristal
negro y dentro una gota de agua puesta
por Dios; tus brazos cortos y tus manos
grandes, tu boca abierta o prieta como
la puerta que se abre y cierra cuando
le dan los aires de tu pensamiento.
Y gruñes, gimes, pataleas, llamas
la guardia de palacio: vienen, miran
mi tiempo, mi existencia, y se alejan,
nos dan la espalda, y entonces ries
y saltas, me haces gracias, dices tonterías,
te revuelcas por el suelo, trepas, subes
a una mesa alta en donde cantas, cantas
la miseria de tu tiempo y del mío.

(Cartel, 1967)

○

ARTURO MACCANTI

EL DESPIERTO

Mueren las tardes.
Mueren
noches y días.
Crecen,
oh pujanza sin límites, mis hijos
en huesos y en saber.

Atrás
me van dejando, van creciendo,
poblando mi tristeza
de amapolas alegres,
como ocurre en el trigo.

Sigue la vida y es inútil
regresar, si nos fuera
posible regresar.

Ahora que es medianoche,
y estoy en medio de la vida,
oigo
su dormir placentero,
ramas mías que tienen
vida propia, distinta, inenarrable.

El alma de la casa
tiene ligeras alas

y se posa en los ojos
de mis hijos dormidos.

Ando como un sonámbulo.

Enciendo un cigarrillo.

Escribo versos para qué.
Siempre yo con mis viejas,
inútiles costumbres.

Muchas horas en vela
me han puesto por los ojos
un halo de cansancio,
y comprendo que ya
no soy aquel de entonces,
con diecisiete años
y un montón de ideales.

Soy simplemente un hombre
despierto por su casa,
que no concilia el sueño
mientras los hijos duermen,
soñando en Blanca Nieves
y en los Siete Enanitos;
mientras ella, la dulce
novia de un tiempo viejo,
la amada de mis versos,
mi Beatriz, mi Ofelia,
mi Laura, mi amor único,
duerme hundida en un sueño
tal vez maravilloso,

**un sueño en el que acaso
no soy protagonista...**

Mueren los días.

Mueren

las noches.

Va muriendo

**lo que que fue dulce al corazón,
dejando paso
a la enemiga realidad.**

**¡Cómo a veces estamos
solos en nuestro amor,
en la negra, alta noche
del vivir!**

**¡Y cómo pesa
ser hombre y descubrirlo!**

(En el tiempo que falta de aquí al día, 1967)



HAY FAMILIAS QUE VIENEN DE LOS ALTOS

Hay familias que vienen de los altos
a pasar el domingo
a la orilla del mar cuando está bueno.
Ellas dicen el mar. La mar es sólo
para quienes, en ritual desnudez,
la trabajan a pecho descubierto.
Se desplazan siguiendo un calendario
que fluye con el paso de un ser vivo
y no puede colgarse en las paredes.
Los días de labor, páginas ocreas
de la tierra en que moran y se apenan,
conducen al azul de este domingo
brotado de las olas.
Buscan rincones solos de la playa,
donde no desentonen
de los cangrejos y los tarajales,
lejos de los atuendos y los lujos,
allí donde la sombra es el descanso,
porque el sol para ellas no es el ocio,
sino el duro sudor de las faenas.
A la hora del baño
no pregonan sus carnes las mujeres,
las reservan
para que el fuego del amor las tueste

**y las convierta en patria de sus hijos.
Y cuando el rostro de la tarde esboza
los rasgos de la noche, sus enseres
recogen y retornan
hacia las tierras altas,
cruzando entre las uñas
que sacan las aulagas como gatos.
—Vamos, ya falta poco.
Y a dormir de un tirón,
todos a una,
entre cuatro paredes,
hasta que cante el gallo.**

(Cartel, 1967)

0

LAS BUENAS GENTES

Las buenas gentes
contrahechas aman las joyas
tanto en la vitrina del joyero
como en manos del que baja
la calle apresurado

los jorobados y petudos tienen
especial cariño por las amatistas
entre heráldicos supuestos

los tullidos entienden que no
hay nada comparable a las turquesas
flores de mar estancada

los ciegos aman las perlas
por su luz blanda circular

al hidrocéfalo se le hace
la boca agua delante de una
rara esmeralda

el cretinoide incluye en el
surtido lapidario el bien tallado
terrón de azúcar

el escrofuloso busca un tipo de

canto rodado para echárselo al cuello

**el sarnoso ama en sueños
a su adorada piedra pómez**

**pocos amores más tempestuosos
que el de estas buenas gentes
cuando acarician la hojalata
febril en sus propios dedos y
disponen las uñas a la defensiva
por si vinieran aquellos malos dioses
a arrancarles el botín de hermoso
vidrio montado sobre legítimo latón.**

(Inédito. 1968)



I PEDRO GARCÍA CABRERA

PESADILLA

A mis hermanos Anatael, Yara, Diego y Carmelo

Esta casa la habian construido poco a poco mis padres,
casi engendrado como un hijo.

Más que de cal, de piedra y de madera,
era de carne y hueso igual que los hermanos.

Nosotros no teníamos más que el día y la noche,
pero eran noche y día químicamente puros,
hechos para el estudio y la ternura.

Algunas tardes íbamos a mirarla crecer.

Mi padre era maestro y le estaba enseñando
a leer en voz alta

aires de libertad como a nosotros.

La escalera tenía la viveza
de una vena en el cuello de un caballo,
blancura de conciencia las paredes,
rectitud de conducta los cimientos.

Un día quedó lista:

le pusieron un número

y ya el cartero pudo traer a nuestras manos
todas las amistades de la sangre y los sueños,
poniéndonos el mundo a nuestro alcance.

Desde el zaguán nos protegía,
hiciera lluvia, frío, miedo, calor o estrellas,
y la noria de los peldaños
nos subía

a los albergues de los cuartos,

tibios como el silencio del vientre de una madre.
Era nuestra y bien nuestra,
no por estar sentada en un registro,
sino porque todos habíamos ayudado a levantarla
quitándonos el pan de nuestra boca.
En las cuatro paredes aprendí de esta casa
a viajar sin fronteras por el mar de los hombres,
a respetar los hombros de la noche estrellada
y a no volver la espalda a las tormentas.
Muchas epifanias amanecieron los reyes sus balcones,
en los trances difíciles
la amargura calzó nuestros zapatos,
alguna que otra vez nos pusimos enfermos.
En ella no temíamos a nada.
Mi madre nos miraba desde el fondo del alma
y su sonrisa, al vernos,
tenía justamente el tamaño de un hijo.
Una noche la puerta fue golpeada,
pasos distintos a los nuestros
atropellaron su descanso
y rostros armados de centellas
violaron el pudor de sus entrañas.
No quedó libro sin abrir,
objeto por registrar
ni papel en su sitio.
Todo, patas arriba,
blancas de miedo las paredes,
horrorizado el silencio en los espejos.
Esa noche la casa
se quedó a la intemperie,
como si un vendaval hubiera roto las ventanas
y levantado el techo.

Tanto perdió de intimidad y refugio
que, desde aquel instante, los manteles,
en lugar de la mesa,
era como si se tendiesen en la acera.
Y nunca más su corazón de fruta
volvió a ser el de antes.
Se había profanado su soledad nativa,
su interior apacible,
los anillos paternos que nos justificaban,
el arca de la alianza del hogar.
Cuando al día siguiente mi madre hizo la casa
sus brazos no podían barrer tanta tristeza.

(Entre cuatro paredes, 1968)



EUGENIO PADORNO

EL MINOTAURO

A Delia y Carlos Pinto Grote

Con el cabello burdamente cortado
una noche cubrimos
la breve distancia entre dos islas,
pues tres veces al año
la juventud debe marchar para adiestrarse
en la violencia.

Sobre la intensa línea
de la playa
ardían las fogatas del verano
en el aire maldito de las islas
de todas las edades, con su sabor
nunca extinguido a alcohol de cañamo.

A punta de bota descendimos a las bodegas
y a los piojos
como semilla mineral del odio.

Arriba
una pequeña orquesta de salón
entretuvo el trayecto a los insomnes;
gente que trafica en el ágora.

A través de los siglos
mano de la vejez
firma el decreto pérfida,

segura
de que sólo el momento de la mejor edad
satisface a la Bestia.

No lo olvides, Ariadna: Creta es inmortal.

(Metamorfosis, (1968))



I
ANTONIO GARCÍA YSABAL

MIENTRAS LA NOCHE CUBRE NUESTROS
CUERPOS

Destino de la luz, nunca te acabes.

LUIS FERIA

Desde mi cuarto escucho
cuanto en la vida
sólo suena por mí.
Y en tanto cae la noche, ajenas
voces se mezclan a las que ahora
me llegan de los míos.
Sin embargo el silencio me rodea.

Sobre la mesa —en sombras
el recinto—
se cobijan papeles en desorden,
inconfundibles rastros
de extintas brasas;
trabajada materia
de oficio y de deshecho,
jalona la distancia
entre el deseo y la realidad.

Como en taller, dispersas
herramientas, —recuerdos,
experiencias—

mano eficaz reclaman;
palabras, levadura
de difícil gobierno: duro oficio
de luz entre las sombras. A mi alcance
su perenne verdad:
libros que me enseñaron honda ciencia,
una vez más aguardan que los abra,
dispuestos a entregarme su riqueza.
En sus cerradas páginas
mis años van quedando.

Sumido en este mundo,
al que nutre el recuerdo
de cuanto fuera fe
irreductible, siento
como una fría espada
alojada en los huesos,
la fuga inacabable
de solidarias horas, y la huella
del tiempo mercenario en que se arriesga
por un trozo de pan la dignidad.

Quede en pie el testimonio,
taller de luminosa
verdad inalcanzable,
de cuanta lucha no pudo salvarnos,
mientras la noche cubre nuestros cuerpos.

(Cartel, 1969)

○

É
JUAN JIMÉNEZ

Á

PÁGINA ITALIANA

I

Cerca de la plaza de San Pedro,
a las siete y media de la mañana

el viento

que viene

suave

y meridional

golpea las verduras,
mueve la tela de los toldos
y el sol va encendiendo nuestro aire español,
curioso y diario.

Rematadamente alegres

haciéndonos fotografías junto a los puestos de peras y
[castañas,

todo tan barato.

Hago estos versos en un día raído de trabajo.

Como si no estuviera yo de vacaciones

y mucha España (patria

inacabable,

mucha y pobre

y con alpargatas)

acompañándonos hasta este punto del mediterráneo.

Veo a mi mujer que mira como yo los rostros de la gente.

La mañana es hermosa, el aire aquí

ALFONSO O'SHANAHAN

TULLIA D'ARAGONA, CORTESANA EN LA
ITALIA DEL CINQUECENTO

Roma calla. Ni sus piedras ni sus
plantas dicen ya gran cosa.

CESARE PAVESE

Entonces tú solías desnudarte

(*Diálogo*

della infinitá di amore, 1547),
y quedaba tu cuerpo blanco,
de unos treinta y siete años

aproximadamente,

limpio.

Mirabas tu ropaje
mohoso sobre la silla,

dejabas

tu báculo junto a la cama,
y mirabas al hombre

que habías puesto

por encima incluso

de Platón.

Florencia,

1547

(*Diálogo...*). Ven con tus piernas

y los dedos húmedos de tus pies
sobre mí, bésame

(infinitá della amore),

acaricia

de una vez todo mi pecho

(della amore

infinito). Y quedabas muda
en la oscuridad de la estancia,
palpitando.

Tú buscabas sobre el amor
alguna consecuencia, y tu cuerpo
se prestaba con pasión al acto en sí.
Eras mujer ardiente
sobre todo,

dulce, en fin.

El arte,
cuando tú buscabas sólo

vivir,

qué ajeno en ti fue todo

eso sin más

que por sí mismo se justificaba.

Qué hubiera sido de ti por aquellos
años sin tu oficio.

Pero tampoco,

el amor bien hecho,
desatando los hilos con firmeza,
pudo ver tu más hondo calor satisfecho.
Todo estaba ya perdido a tu edad,
el hombre ebrio a tus espaldas
mientras tus ojos negros daban sombra



a todo cuanto había.

**Acaso sólo eso turbara alguna vez
el silencio.**

**Tu mano sola
acariciaba,
tu suave piel temblando
(recuerdo el lecho, la seda exquisita,
el gozo tan bien disimulado.)**

**Te encerrabas en la vanidad
de un mundo indiferente, abandonada
decididamente a todo en palacio
San Marcos, tan histórico
desde entonces.**

**Y todo era por ti, por tu deseo
recto de vivir,
el imperio de tu cuerpo.
Luego te vestías en la oscuridad,
calladamente, sin cruzar palabra
con el hombre que yacía enterrado
a tus pies.**

**Volvías a poner todo en su orden
y salías por un ancho corredor
que despreocupadamente cruzabas.
Ibas entonces al taller donde el maestro,
amparado como tú en otros menesteres,
desarrollaba sin problemas su teoría
del arte por el arte: Michelangelo
Buonarroti, ocasionalmente en Florencia,**

**con quien pasabas en amable charla
largas veladas de intimo recogimiento. Desde allí
oíais cambiar la guardia.**

Sonaban las campanas de una inútil custodia.

(Inédito, 1969)



Notas biobibliográficas

ARZARENA, RAFAEL

Santa Cruz (Tenerife), 1913. Funcionario administrativo. 12
Obra poética: *Romancero Canario* (1946). *A la sombra de los cuervos* (1947). *Coronación de Abril* (1949), Premio Antonio de Viana. *Altos crecen los cardos* (1959). *Aprisa cantan los gallos* (1964).

BAEZA BETANCOR, FELIPE

Las Palmas, 1933. Abogado.
Obra poética: en *Gánigo*, *San Borondón*, *Punta Europa*, *Cartel*, etc. Traducciones: *Diez poetas checoslovacos* (1969). Ensayo: *La amada más distante*. Sobre «La voz a ti debida» de Pedro Salinas (1967). Cra.

DORESTE, VENTURA

Las Palmas, 1923. Funcionario administrativo. Conservador de la «Casa de Colón» de Las Palmas.
Obra poética: *Ifigenia* (1943). *Dido y Eneas* (1945). *Sonetos a Josefina* (1946). *Antología cercada* (1947). Ensayo: *Examen de la caricatura* (1944). *El periódico más antiguo de Canarias* (1945). *Alonso Quesada, prosista* (1960). *Clavijo y Fajardo* (1966). *Análisis de Borges* (1967).

ESPINOSA, BALTASAR

Gáldar (Gran Canaria), 1937. Musicólogo.
Obra poética: *Poesía canaria última* (1966). *Los días* (1968).

FERIA HARDISSON, LUIS

Santa Cruz (Tenerife), 1927. Redactor de Selecciones. 119
Cra.
Obra poética: *Conciencia*, Premio Adonais 1961 (1962). *Fdulas de octubre*, Premio Boscán 1964 (1966). *El funeral* (1965). Ha traducido a Eluard, Césaire, Kavafis, Sengor, Truman Capote, etc.

GARCÍA CABRERA, PEDRO

Vallehermoso (Gomera), 1906. Funcionario administrativo.
Obra poética: *Líquenes* (1928). *Transparencias fugadas* (1934).

Día de alondras (1951). *La esperanza me mantiene* (1957). *Entre cuatro paredes* (1968). *Vuelta a la isla* (1968).

I
GARCÍA RAMOS, FERNANDO

Santa Cruz (Tenerife), 1931. Catedrático de dibujo.

Obra poética: *Tristeza del hombre* (1953). *El tiempo habitable* (1964). *De la noche a la mañana* (1969).

I
GARCÍA YSABAL, ANTONIO

Barcelona, 1939. Perito Industrial.

Obra poética: *Desnuda palabra* (1962). *La soledad y el amor* (1966). *Poesía canaria última* (1966). *Corazón en la orilla* (1968).

I
GONZÁLEZ BARRERA, MANUEL

Arucas (Gran Canaria), 1936. Funcionario administrativo.

Obra poética: *Mar humano* (1964). *Afirmación y acercamiento de mi isla* (1966). *Poesía canaria última* (1966).

I
GONZÁLEZ SOSA, MANUEL

Guía (Gran Canaria), 1921. Funcionario administrativo.

Obra poética: *Sonetos andaltesgos* (1967). *Siete poetas canarios*, antología (1967). Crónica: *Gran Canaria, Fuerteventura, Lanzarote* (1969).

L
JIMÉNEZ SANTANA, JUAN

Carrizal de Ingenio (Gran Canaria), 1940. Funcionario administrativo.

Obra poética: *La canción necesaria con María C.* (1966). *Poesía canaria última* (1966). *Y no es por el peso del sol por lo que cae* (1968).

LEZCANO, PEDRO

Madrid, 1920. Impresor.

Obra poética: *Cuatro poemas* (1944). *Poesía* (1945). *Romance-*

ro canario (1946). *Antología cercada* (1947). *Muriendo dos a dos* (1947). *Romance del tiempo* (1950). *Consejo de paz* (1965). Cuento: *El pescador* (1964). *Cuentos sin geografía* (1968). Teatro: *Desconfianza*, Premio Ateneo de Madrid (1945). *La ruleta del sur* (1958).

MACCANTI RODRIGUES, ARTURO

Las Palmas, 1934. Abogado.

Obra poética: *Poemas* (1959). *El corazón en el tiempo* (1963). *En el tiempo que falta de aquí al día* (1967). Ha traducido a Cardarelli, Quasimodo, etc.

MADERA, CHONA

Las Palmas, 1900

Obra poética: *El volcado silencio* (1944 y 1947). *Mi presencia más clara* (1955). *Las estancias vacías* (1961). *La voz que me desvela* (1965).

MEDEROS, JUAN

Las Palmas, 1926. Funcionario administrativo.

Obra poética: *Elegía a Miguel Hernández* (1946). *Poesías* (1946).

MILLARES, AGUSTÍN

Las Palmas 1917. Funcionario administrativo.

Obra poética: *Sueño a la deriva* (1944). *En el deshielo de la noche* (1945). *La sangre que me hierve* (1946). *El grito en el cielo* (1946). *La estrella y el corazón* (1949). *De la ventana a la calle* (1949). *Ofensiva de primavera* (1950). *Siete elegías a un tiempo* (1960). *Nuevas escrituras* (1964). *Habla viva* (1964). *La hebra* (1965). *Poesía undnime* (1967).

MILLARES SALL, JOSE MARÍA

Las Palmas, 1921. Funcionario administrativo.

Obra poética: *Canto a la tierra* (1946). *Antología cercada* (1947). *Liverpool* (1949). *Manifestación de la paz* (1951). *Ronda de luces* (1950). *Aire y humo* (1966).

OJEDA, PINO

Jullá Enistal

Teror (Gran Canaria), 1916. Pintora.

Obra poética: *Niebla de sueño* (1947). *Como el fruto en el árbol*, Accésit Premio Adonais 1953 (1954). *La piedra sobre la colina* (1965).

O'SHANAHAN, ALFONSO

Tafira (Gran Canaria), 1944. Periodista.

Obra poética: *Poesía canaria última* (1966). *Elegía y testimonio* (1967).

PADORNO, EUGENIO

Barcelona, 1943. Licenciado en Filosofía y Letras.

Obra poética: *Para decir en abril* (1965). *Poesía canaria última* (1966). *Metamorfosis*, Accésit Premio Adonais 1968 (1969).

PADORNO, MANUEL

Santa Cruz (Tenerife), 1933. Corrector en empresa editorial.

Obra poética: *Antología inédita* (1959). *A la sombra del mar*, Accésit Premio Adonais 1962 (1963). Teatro: *Oí crecer las palomas* (1955).

RIVERO, DOMINGO

Arucas-Las Palmas (Gran Canaria), 1852-1929. Abogado.

Obra poética: en *La Pluma, Castilla, España, Cartel, Homenaje a Domingo Rivero* (1965). *Domingo Rivero, poeta del cuerpo* (1967).

ROMERO, RAFAEL (ALONSO QUESADA)

Las Palmas-Santa Brígida (Gran Canaria) 1886-1925. Funcionario administrativo. Periodista.

Obra poética: *Hijos* (1907). *El lino de los sueños* (1915). *Los caminos dispersos* (1944). *Poesías completas* (1964). Teatro: *La umbría* (1922). *Llanura* (1950). Cuento: *Smoking-Room* (1949). Crónica: *Crónicas de la ciudad y de la noche* (1919).

IA

SANTANA, LAZARO

Las Palmas, 1940. Funcionario administrativo.

Obra poética: *Con la muerte al hombro* (1963). *Noticia de un amor* (1964). *Siete elegías personales* (1965). *El hilo no tiene fin* (1966). *Poesía canaria última* (1966). *La Puntilla* (1967).

IA IA

SANCHEZ, ANGEL

Gáldar (Gran Canaria), 1943. Licenciado en Filosofía y Letras.

Obra poética: *29 Poemas* (1967).

TOVAR, JULIO

Güimes (Cuba). La Laguna (Tenerife) 1921-1965. Funcionario administrativo.

Obra poética: *Primavera en tu ausencia* (1946). *Poesía olvidada* (1948). *Hombre solo* (1962). *Desvelada soledad* (1966). Crónica: *Crónica de una calle tranquila* (1958). Crítica: *Diálogos* (1969). Teatro: *Noche y día de verano* (estrenada en 1964). *Cita en las cuatro esquinas* (id. 1966).

IA

VELAZQUEZ, DOMINGO

Puerto del Rosario (Fuerteventura) 1911. Agente Comercial.

Obra poética: *Poemas del sueño errante* (1963). *Los caminos*. Premio Tomás Morales 1964 (1965).

LO

Indices

Primera parte

Cvz.

Alonso Quesada:

- La oración de todos los días, 71*
- El balance, 73*
- El sábado, 73*
- Tierras de Gran Canaria, 75*
- Isla del Buen Clima, 76*
- Poema truncado de Madrid, 78*
- Amanecer de Octubre, 80*
- El viejo mayordomo, 81*
- Un jesuita pasa por mi lado, 83*
- Y al fin llegaste con amor distinto, 86*
- En el sendero está la misma piedra, 88*

Domingo Rivero:

- A Tomás Morales, 89*
- De la ermita perdida, 89*
- A mi viejo barbero, 90*
- Túnel sombrío, 91*
- Yo, a mi cuerpo, 91*
- El humilde sendero, 92*
- Salvochea, 92*
- Silla de junto al lecho, 93*

Segunda parte

- 1946. Juan Mederos:**
 - Elegía de las cosas, 97*
- 1947. Chona Madera:**
 - Ausencia, 98*
- Pedro Lezcano:**
 - Edicto, 99*

1949. Ventura Doreste:
Palabras de Agustín, 101
- Agustín Millares:
Horizonte, 103
- Pedro García Cabrera:
Compañera te doy, 105
- José María Millares Sall:
El número 3, 107
1950. Pedro Lezcano:
Romance del tiempo, 110
1951. Agustín Millares:
Como todas las cosas, 119
1953. Pino Ojeda:
Deseo inalcanzado, 121
1954. Julio Tovar:
Me habéis quitado todo, 123
1957. Agustín Millares:
Elegía a la voz de mi padre, 125
1959. Fernando García Ramos:
El tiempo en mi calle, 128
- Felipe Baeza Betancor:
Poema para los niños de España, 130
1961. Chona Madera:
¿Quién reconocer puede?, 131
Hasta allí no fue nadie, 132
- Arturo Maccanti:
El tiempo y una ciudad, 135
- Manuel Padorno:
Cuando era niño, 137
- Luis Feria:
La espera, 140

1962. **Julio Tovar:**
Lo que a solas no fuera sino el sueño, 143
- Manuel González Sosa:**
Llanto sobre la noche, 145
- Manuel Padorno:**
Alguien siembra la luz entre los surcos, 147
1963. **Rafael Arozarena:**
No sabemos por qué nos plantaron, 148
1964. **Pedro García Cabrera:**
Tengo un amigo marinero, 150
Voces de servidumbre, 150
- Agustín Millares:**
Poema a José, 153
- Rafael Arozarena:**
Abri la ventana, 156
- Juan Jiménez:**
Día de recuerdos, 158
- Luis Fera:**
Salón «La Taurina», 160
Los frutos, 162
- Baltasar Espinosa:**
Más nuestro y olvidado, 165
- Lázaro Santana:**
Intervalo, 167
1965. **Pedro Lezcano:**
Poema a la raza, 168
Ezecración de las hormigas, 171
- Felipe Baeza Betancort:**
Wentworth Place, 173
- Domingo Velázquez:**
Camino de la esperanza, 175
- Baltasar Espinosa:**
Siempre las mismas palabras, 177

- Manuel González Sosa:**
Pie para el cuadro de Antonio Padrón, 179
- Luis Feria:**
El funeral, 180
1966. **Manuel González Barrera:**
Anotaciones, 184
- Domingo Velázquez:**
Lágrimas para el responso de Antonio Machado, 188
- Manuel Padorno:**
Sol de Las Canteras, 189
- Ventura Doreste:**
Poema, 191
La realidad, 193
- Lázaro Santana:**
Galileo Galilei, 194
- Chona Madera:**
Seguro, único dueño, 197
- Juan Jiménez:**
Por el arado, 200
- Eugenio Padorno:**
M. S., transeunte sin prisa, 201
- Baltasar Espinosa:**
Ab Initio, 203
1967. **Angel Sánchez:**
Poema 19, 205
- Antonio García Ysábal:**
Ana Frank, 206
- Manuel Padorno:**
El bufón, 209
- Arturo Maccanti:**
El despierto, 210

- Pedro García Cabrera:**
Hay familias que vienen de los altos, 213
- 1968. Angel Sánchez:**
Las buenas gentes, 215
- Pedro García Cabrera:**
Pesadilla, 217
- Eugenio Padorno:**
El Minotauro, 220
- 1969. Antonio García Ysábal:**
Mientras la noche cubre nuestros cuerpos, 222
- Juan Jiménez:**
Página italiana, 224
- Alfonso O'Shanahan:**
Tullia D'Aragona, 226

ÍNDICE ALFABÉTICO

LE'

ARAZARENA, RAFAEL:

No sabemos por qué nos plantaron, 148
Abrió la ventana, 156

BAEZA BETANCORT, FELIPE:

Poema para los niños de España, 130
Wentworth Place, 173

DORESTE, VENTURA:

Palabras de Agustín, 101
Poema, 191
La realidad, 193

ESPINOSA, BALTASAR:

Más nuestro y olvidado, 165
Siempre las mismas palabras, 177
Ab Initio, 203

FERIA HARDISSON, LUIS:

La espera, 140
Salón «La Taurina», 160
Los frutos, 162
El Funeral, 180

GARCÍA CABRERA, PEDRO:

Compañera te doy, 105
Tengo un amigo marinero, 150
Voces de servidumbre, 150
Hay familias que vienen de los altos, 213
Pesadilla, 217

GARCÍA RAMOS, FERNANDO:

El tiempo en mi calle, 128

GARCÍA YSABAL, ANTONIO:

Ana Frank, 206

Mientras la noche cubre nuestros cuerpos, 222

GONZALEZ BARRERA, MANUEL:

Anotaciones, 184

GONZALEZ SOSA, MANUEL:

Llanto sobre la noche, 145

Ple para el cuadro de Antonio Padrón, 179

JIMENEZ, JUAN:

Día de recuerdos, 158

Por el arado, 200

Página italiana, 224

LEZCANO, PEDRO

Edicto, 99

Romance del tiempo, 110

Poema a la raza, 168

Excreción de las hormigas, 171

MACCANTI, ARTURO:

El tiempo y una ciudad, 135

El despierto, 210

MADERA, CHONA:

Ausencia, 98

¿Quién reconocer puede?, 131

Hasta allí no fue nadie, 132

Seguro, único dueño, 197

MEDEROS, JUAN:

Elegía de las cosas, 97

MILLARES, AGUSTIN:

Horizonte, 103

Como todas las cosas, 119

Elegía a la voz de mi padre, 125

Poema a José, 153

MILLARES SALL, JOSE MARIA:

El número 3, 107

OJEDA, PINO:

Deseo inalcanzado, 121

O'SHANAHAN, ALFONSO:

Tullia D'Aragona, 226

PADORNO, EUGENIO:

M. S., transeunte sin prisa, 201

El Minotauro, 220

PADORNO, MANUEL:

Cuando era niño, 137

Alguien siembra la luz entre los surcos, 147

Sol de Las Canteras, 189

El bufón, 209

RIVERO, DOMINGO:

A Tomás Morales, 89

De la ermita perdida, 89

A mi viejo barbero, 90

Túnel sombrío, 91

Yo, a mi cuerpo, 91

El humilde sendero, 92

Salvochea, 92

Silla de junto al lecho, 93

ROMERO, RAFAEL (Alonso Quesada):

La oración de todos los días, 71

El balance, 73

El sábado, 73

Tierras de Gran Canaria, 75

Isla del Buen Clima, 76

Poema truncado de Madrid, 78

Amanecer de Octubre, 80

El viejo mayordomo, 81

Un jesuita pasa por mi lado, 83

Y al fin llegaste con amor distinto, 86
En el sendero está la misma piedra, 88

SANTANA, LAZARO:

Intervalo, 167
Galileo Galilei, 194

SANCHEZ, ANGEL:

Poema 19, 205
Las buenas gentes, 215

TOVAR, JULIO:

Me habéis quitado todo, 123
Lo que a solas no fuera sino el sueño, 143

VELAZQUEZ, DOMINGO:

Camino de la esperanza, 175
Lágrimas para el responso de Antonio Machado, 188



INDICE GENERAL

Dedicatoria, 9

Algunas precisiones, 15

Introducción:

DIEZ NOTAS SOBRE POESIA CANARIA

Uno

0. *Escuela de La Laguna, 21*
1. *El Modernismo, 27*
2. *El lino de los sueños, 33*
3. *Las Rosas de Hércules y el retroceso, 38*
4. *Saulo Torón y Fernando González, 41*
5. *Poesía al margen, 45*
6. *Otros poetas, 48*
7. *Gaceta de las Artes, 50*

Dos

8. *Nuevos fines, nuevos medios, 54*
9. *Mensaje, 60*
10. *Antología cercada y otros años, 63*

ANTOLOGIA:

Primera parte, 71

Segunda parte, 97

Notas biobibliográficas, 233

Indice cronológico, 241

Indice alfabético, 247

OTRAS PUBLICACIONES:

Serie TAGORO

1. Saulo Torón: *Frente al muro* *
2. Antonio Murciano: *Nuevo cuaderno de Navidad* *
3. Fernando Ramírez: *Mar que yace* *
4. Agustín Millares: *Nuevas escrituras* *
5. Mario Angel Marrodán: *Textos líricos* *
6. Pedro Lezcano: *El pescador* *
7. Lázaro Santana: *Noticia de un amor* *
8. Pino Ojeda: *La piedra sobre la colina* *
9. Chona Madera: *La voz que me desvela*
10. Alonso Quesada: *Poesía* *
11. Juan Marrero Bosch: *Juanito Torres* *
12. Ramón de Garciasol: *Herido ver* *
13. Fernando Ramírez: *La piedra y el recuerdo* *
14. Antonio García Ysábal: *La soledad y el amor* *
15. Juan Jiménez: *La canción necesaria con María C.*
16. Varios: *Homenaje a Domingo Rivero.*
17. José Batlló: *La mesa puesta* *
18. Manuel González Barrera: *Afirmación y acercamiento de mi isla.*
19. Baltasar Espinosa: *Los días*
20. Lázaro Santana: *Poesía Canaria* (antología)

En preparación: libros de Alonso Quesada, Pedro García Cabrerá, Carlos Sahagún...

Serie GAMBITO, nueva poesía española.

En preparación: libros de José Miguel Ullán, José Elías, José Batlló, Manuel Vázquez Montalbán, Joaquín Marco, Manuel Padorno, Juan Jiménez, Pedro Gimferrer...

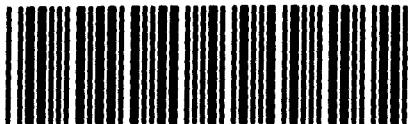
Serie MAFASCA

1. José Luis Pernas: *Hombre aprendiendo* *
2. Carlos Pinto Grote: *Siempre ha pasado algo* *
3. Fernando García Ramos: *El tiempo habitable* *
4. Manuel González Barrera: *Mar humano* *
5. Eugenio Padorno: *Para decir en Abril* *
6. Emilio Sánchez Ortiz: *Las primeras horas*
7. Alfonso O'Shanahan: *Elegía y testimonio*
8. Jorge Rodríguez Padrón: *Geografía e Historia*

* agotados.

**POESIA CANARIA, antología realizada
por Lázaro Sántana, n.º 20 de la Co-
lección Tagoro, se acabó de imprimir en
la Imprenta Lezcano el día 1 de Agosto
de 1969.**

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



453890

BIG 860-82 SAN poe